

DANIEL SCHAVELZON

TUNELES Y CONSTRUCCIONES SUBTERRANEAS

ARQUEOLOGIA HISTORICA DE BUENOS AIRES



 CORREGIDOR

Daniel Schávelzon
con apéndices de Héctor Greslebin
y Pablo López Coda

ARQUEOLOGIA HISTORICA
DE BUENOS AIRES
II
TUNELES Y CONSTRUCCIONES
SUBTERRANEAS

 **CORREGIDOR**

"Pensaba (...) que toda la historia de los pasadizos era una ridícula invención o creencia mía y que en todo caso había un sólo túnel, oscuro y solitario: el mío".

Ernesto Sábato
El túnel 1948

Diseño de Tapa:
Daniel Villalba
Foto de Tapa:
Túnel del Tercero del Sur bajo
la calle Defensa

© Ediciones Corregidor, 1992
Rodríguez Peña 452 (1020) Bs. As.
I.S.B.N.: 950-05-0698-X
Hecho el depósito de ley
Impreso en la Argentina

Agradecimientos

Este libro ha sido hecho con el trabajo de todo el equipo del Centro de Arqueología Urbana del Instituto de Arte Americano e Investigaciones Estéticas, de la Universidad de Buenos Aires. Resultaría imposible enumerar a todos los que han colaborado en una u otra forma, muchas gracias a todos, pero debo un especial agradecimiento a Fêlix Luna que tuvo la primer ocurrencia de que escribiera este libro, y a María Sáenz Quezada que publicó en **Todo es historia** versiones preliminares de dos capítulos de los aquí incluidos. A quienes me acompañaron en las excavaciones, como Ana María Lorandi, Sandra Fantuzzi, Marcelo Magadán, Sergio Caviglia, Jorge Ramos y Cecilia Plá. A Alberto de Paula debo mucha información y algunos planos. La primera búsqueda en los archivos la hicieron Marisa Gómez, Marta Lazzari y Teresa Di Martino. A los voluntarios de Earthwatch les agradezco su apoyo, su interés y su trabajo en la Imprenta Coni. A Dafne y Jorge Eckstein les debo el haberme facilitado sus edificios de Defensa 751 y Perú 678 para excavarlos. A Pablo López Coda el apêndice sobre las Galerías Pacífico, y muy especialmente a Alberto Greslebin por autorizarme a reproducir el trabajo de su padre. A José Pérez Gollán le debo el haberme avisado del pozo frente al Museo Etnográfico y el excavarlo. A Pancho Liernur le debo el que este trabajo aún continúe existiendo, al igual que a los compañeros del Instituto y a todo su personal. A Graciela Silvestri se debe la investigación documental sobre la Imprenta Coni; a Luis Buchalter el plano y las fotos de Castelforte. Agradezco a María Angêlica Vernet mucha información sobre el Cabildo. Y a la Comisión Nacional de Museos, Monumentos y Lugares Históricos su apoyo incondicional a mi trabajo.

Prólogo

Indagar acerca de la historia bajo la ciudad es siempre un trabajo arduo pero, además, sorprendente. Lo primero por la necesidad de afrontar con seriedad y rigor metodológico un tema con amplios márgenes de incertidumbre; de realizar con gran delicadeza una labor en sí pesada; y abordar con entusiasmo, un asunto que puede desalentar si se dilatan o no se satisfacen las expectativas depositadas en él. En cuanto a lo segundo, los resultados pueden sorprender tanto por su insignificancia como por su magnitud, por una diversidad de interpretaciones posibles, y por el debate que, eventualmente, pueden generar.

La historia subterránea del Buenos Aires virreinal y decimonónico se enmarca en un contraste entre la comprobada realidad de los restos materiales, y la parquedad y hasta cuasi silencio de las fuentes documentarias oficiales. A ello debemos agregar la destrucción casi total del patrimonio “de superficie” construido durante aquellos siglos, lo que implica la desaparición de las claves naturales, de su correspondiente arquitectura subterránea y además, que el recambio de la edificación, principalmente en nuestro siglo, al avanzar en profundidad con sucesivos sótanos y cimentaciones, ha destruido también la continuidad de algunas de estas desconocidas construcciones subterráneas.

En tal contexto, la indagación acerca de la historia bajo la ciudad constituye el modo de enriquecer el conocimiento de un pasado edilicio que, habiendo perdido sus testimonios principales, puede todavía registrar sus accesorios. O tal vez no tan “accesorios”, pues las comprobaciones que pueden lograrse acerca de ellos y de sus circunstancias, permiten replantear con la debida seriedad las viejas disquisiciones en torno a su función, muchas veces nutridas de frivolidad.

Ingresar al conocimiento de este mundo urbano paralelo y tomar razón de elementos construidos para usos secundarios de la vida cotidiana, o para circunstancias especiales de la biografía de la ciudad y que, dentro de su modesta técnica, merecen incorporarse al catálogo de su arquitectura, y lograr —aunque sea en parte— un resarcimiento en la pérdida de las evidencias externas de su pasado, configura un modo de enriquecer la historiografía bonaerense, incorporando datos de una índole poco trabajada.

Daniel Schávelzon, graduado en la Universidad de Buenos Aires, doctorado en la Universidad Nacional Autónoma de México, y docto y erudito investigador científico del CONICET y del Instituto de Arte Americano e Investigaciones Estéticas “Mario J. Buschiazzo” (U.B.A.) donde dirige el Centro de Arqueología Urbana, sintetiza en estas páginas su conocimiento del tema, producto de sus minuciosas búsquedas bibliográficas y archivísticas, y de la experiencia adquirida durante varios años de trabajo de campo, personal y grupal.

Es posible que este trabajo no cierre la nómina de libros y de artículos con que diversos autores han incursionado en esta temática; podrán o no compartirse las interpretaciones de su autor acerca de puntos específicos como, por ejemplo, si para liberar el suelo en la obra del templo porteño de San Ignacio, el “pasadizo” mandado hacer en 1710 era subterráneo o en altura; es factible, en síntesis, que la última palabra todavía no esté dicha. Pero a quienes son sus partícipes o se interesan en ella, siempre les resultará útil y enriquecedor el aporte que este trabajo significa.

Alberto de Paula

Introducción

Si sólo hace algunos años alguien me hubiera preguntado acerca de la posibilidad de escribir un libro sobre este tema estoy seguro que me hubiera parecido imposible y totalmente lejano a mis intereses. Es más, ni siquiera pensaba que mi trabajo actual tendría un contacto estrecho con un sinnúmero de construcciones subterráneas en la ciudad. Cuando Félix Luna me pidió un artículo en relación con lo que acababa de excavar en la calle Defensa 751, en San Telmo, por primera vez tomé conciencia del mundo inusitado de la literatura existente sobre el tema; para mí, igual que para muchos historiadores y arqueólogos, no era más que otro aspecto de la arquitectura porteña al cual se le había agregado mucho condimento fantástico, pero nada más; pero el trabajo diario me llevó a encontrar uno y otro túnel, a permanecer mucho tiempo dentro de ellos, y lentamente fui compilando una cantidad de información que hoy permite una relectura del tema. Aquí está el resultado de todo eso. Creo que es una buena puesta al día, un muestrario de lo que sabemos y de lo que no sabemos sobre el particular y de lo mucho que aún hay para estudiar en el subsuelo porteño.

Cuando en 1985 comencé junto con Jorge Ramos y nuestro primer grupo de voluntarios a excavar el Caserón de Rosas en Palermo, se acercaron cientos —quizás miles— de curiosos, de interesados, de fanáticos y de otros ejemplares de la variada fauna humana que habita las ciudades. Ahora pienso que, para muchos, los *raros* éramos nosotros, un grupo de jóvenes —para colmo la mayoría eran chicas— excavando en pleno invierno en medio de una plaza tratando de encontrar la “casa del tirano” como la bautizara algún diario, confundidos con las cuadrillas

municipales salvo por el hecho de que se trabajaba 24 horas al día. Los curiosos llegaban y conversaban y alguno de los colaboradores los dividió en dos grupos: *los que sabían todo* y *los que no tenían nada que hacer*. Quiero hablar de los primeros, personas que nos indicaban donde estaba “de verdad” el Caserón, los que nos recordaban haberlo visitado (aunque fue demolido en 1899), los que nos demostraban que eran los restos de otro edificio y hasta los que decían que Rosas ni siquiera pudo haber tenido una casa, o que encontraríamos miles de cadáveres dispersos. Pero sólo en un tema hubo consenso: la existencia de largos y misteriosos túneles. De allí surgió una nueva tipología, la de *los locos del túnel* que formaban legiones.

El tema de los túneles llegó por cierto a fascinarnos: nos mostraban el recorrido, nos indicaban vagamente la presencia de viejas casonas hacia donde se dirigían, datos seguros dados por amigos de amigos sobre la boca de entrada, e incluso quienes recordaban la existencia en el barrio de casas en las que colgaban cadáveres y armas en las puertas de acceso a las escaleras. Esto podrá parecer algo así como un delirio, pero el oír a diario esas historias me hizo pensar, y mucho. Demás está decir que ni en esa excavación ni en otra mucho mayor que hicimos en 1988 encontramos nada parecido que tuviera relación con Rosas o su residencia. Lo interesante de todo esto es que en muchas imaginaciones se encadenaban aquellos túneles misteriosos con otros más; algunos cruzaban la ciudad completa a lo largo de kilómetros y hasta hubo quien insistió que llegaban hasta Macchu Picchu. Esos túneles en el centro de la ciudad estaban poblados de supuestos cadáveres, de trenzas de Patricios sublevados, de negros torturados, de monjas, de tesoros olvidados por algún Sobremonte, o por los Jesuitas cuando su expulsión. Por supuesto por esos túneles habían *huido los tiranos* como Sobremonte, Liniers, Roca, Rosas, Perón y cualquier otro que, para uno u otro bando, haya hecho el papel del malo. Manuel Bilbao en su libro clásico sobre Buenos Aires (1) narró la historia de un soldado inglés que en 1867 penetró en un túnel en la Iglesia del Socorro y salió más tarde por la Recoleta! Y la existencia real de túneles y antiguas construcciones le daba a esa fantasía un margen de realidad difícil de deslindar.

Se hacía verdadero el mundo subterráneo de Ernesto Sábato, salvo que a él le sirvió para crear una literatura magistral: “era para desconsolarse por la naturaleza humana el pensar que entre ciertos instantes de Brahms y una cloaca, hay ocultos y tenebrosos pasajes subterráneos” (2). Queda esto como un tema que tendrá que ser estudiado por los sociólogos o por quienes se interesen en las mitologías urbanas. Pero la descripción

más fiel de la literatura nos la dejó Beatriz Guido (3) cuando escribió: “Tenés las llaves de las catacumbas del Nacional Buenos Aires. Las llaves de la Manzana de las Luces. Las llaves que nos llevarán hasta la Casa de Gobierno, hasta la Casa Rosada. Desde el sótano de tirar al blanco una puerta de hierro se abre al misterio. Somos dueños del mundo, te miran, te observan. Operación Catacumbas, a empujones a tientas, porque los fósforos se apagan (...) Las catacumbas del Nacional Buenos Aires son transitadas por las almas de los Unitarios. Y ahora dicen que Perón —¿no lo sabías?—, pasó lingotes de oro a Suiza (...) y sólo pienso en encontrar un cráneo de Unitario para regalárselo a Rodolfo, para su escritorio”.

Lo que me preocupaba de esto era la bibliografía publicada sobre el tema y la posibilidad de asumirla con seriedad científica. Por lo general había dos ideas que marchaban siempre juntas: los túneles formaban una red bajo la ciudad y habían sido construidos por los Jesuitas. Es decir que eran contemporáneos entre sí y todo lo que había bajo tierra era parte de la misma megaestructura misteriosa. En parte lo que trataré de demostrar es que hubo una variedad inusitada de obras bajo tierra, que estas corresponden a diferentes épocas y autores, y que tuvieron multitud de propósitos. Obviamente hubo una serie de túneles hechos por los Jesuitas, y alguno fue usado para el contrabando —la hipótesis más sostenida—, pero son la minoría. Bajo la ciudad hay, además de túneles, es decir una circulación que tiene una entrada y una salida por un lugar diferente, sótanos muy complejos, cisternas, depósitos, aljibes, pozos ciegos enormes, conductos de agua, de carbón y de electricidad, heladoras para carne, depósitos, enfriadoras de cerveza, cavas y tantas otras obras que desde el siglo XVI se fueron haciendo cotidianamente. Muchas son más modernas de lo que se podría suponer. Esto permitirá desbrozar el terreno y mostrar en cada caso cual fue su función y su cronología. Valga como ejemplos de la confusión reinante que bajo la casa de los Ezcurra en la que viviera Rosas, se descubrió un sótano y varios pozos ciegos, y pese a que la información original insistía en que no eran más que eso, veremos como en cada texto posterior se los fue ampliando hasta transformarlos en una verdadera red de túneles. Cada autor citaba al precedente y los agrandaba un poco más.

Otro aspecto que me sorprendió al estudiar el contenido de túneles y obras bajo tierra fue lo que encontrábamos en el interior: la bibliografía habla constantemente de armas, tesoros, momias, huesos de esclavos negros ¿si son huesos como saben que son de negros?, monedas de oro y hasta una enorme caja fuerte. Nosotros en cambio hallamos simples restos de la vida cotidiana: cerámica de vajillas, vidrios de botellas y

vasos, huesos de animales domésticos y basura, mucha basura; todo eso al ser recuperado, restaurado y analizado ha posibilitado la reconstrucción de la vida cotidiana doméstica que en parte ya hemos publicado (4).

El otro lado del tema es el poco interés que los historiadores, arqueólogos y los verdaderos interesados en la historia urbana le han dado al tema. Quizás el mejor ejemplo sea que en el Jardín del Museo Etnográfico, que reúne los mejores arqueólogos del país, estuvo abierta la boca de un túnel por muchos años, allí se tiraba la basura diariamente hasta que en los finales de la década del 70 fue tapado y rellenado con hormigón. Nadie lo estudió con detalle ni hizo un plano de él. Al día de hoy y pese a que los túneles de Casa Rosada y un par de tramos de los túneles de la Manzana de las Luces pueden visitarse desde hace años y a que los más formidables túneles de la ciudad estuvieron abiertos al público por una década en Ayacucho y Las Heras (antiguo restaurante *El Lagar del Virrey*, demolido en 1985), sólo existen dos estudios serios sobre el tema. Uno de ellos fue escrito por Héctor Greslebin y lo incluyo como apéndice, ya que versión original se editó en una publicación científica de mínima circulación en 1966, aunque el estudio fue hecho en 1920. El otro es de Carlos Krieger, fue publicado como un folleto privado en 1971 y adolece de muchos errores, aunque incluye alguna información por demás importante. Es decir que han pasado 20 años sin ulteriores novedades.

Cuando en 1985 trabajaba en la exploración de un túnel en Palermo debajo de la antigua Usina Eléctrica en la isla del lago, por cierto a pocos metros del Caserón de Rosas —no tenía contacto con éste ya que se construyó recién en 1887—, me hice algunas preguntas sobre la cuestión de los túneles y las versiones que había escuchado, tan diferentes a lo que estábamos viendo: un túnel de excepcional calidad, perfectamente conservado, que había sido rellenado y tapiado por un intendente militar salvo en una parte que fue aprovechada para desaguar un baño. Allí, con el agua inmundada hasta la cintura, debimos trabajar varios días y coincidimos todos en que por cierto no había en el túnel ningún extraño misterio, salvo dos preguntas que aún me continúo haciendo: ¿por qué nadie se preocupó por conservarlos? y ¿por qué nadie se preocupó por estudiarlos con suficiente detalle?, no hablo de hacerlo como hechos individuales, sino como un proyecto real, concreto, a nivel urbano. Como obra de preservación hubiera sido fácil, menor que cualquier otra hecha en países incluso más pobres en recursos que el nuestro. Los atractivos turísticos, si los culturales no son suficientes, bien lo hubieran justificado y financiado.

Para terminar esta presentación necesito aclarar que este libro no

termina ni cierra el tema de los túneles en Buenos Aires; tampoco el lector encontrará aquí una respuesta fácil, sencilla, a sus dudas. Quien quiera un libro que de soluciones en lugar de abrir nuevas preguntas, mejor debe cerrarlo de inmediato. Sólo he intentado revisar lo que sabemos, mostrar en ese contexto lo que hemos encontrado y tratar de plantear nuevas hipótesis que salgan del encuadre historiográfico tradicional. Debemos tener en mente que pese a que aún mucho se conserva, la enorme mayoría de estas obras subterráneas ha sido destruida; y en los túneles no hay misterio alguno que no pueda ser desentrañado, *el misterio está en nosotros, que hemos destruido nuestro propio pasado en aras de un progreso de muy dudosa calidad.*

Historiografía de los túneles de Buenos Aires

Las construcciones subterráneas de la ciudad han dado lugar a un sinnúmero de escritos de toda índole, desde la seudociencia hasta la literatura y han permitido que el habitante pueble sus lugares comunes, sus aburridos sitios de trabajo, sus calles congestionadas y a veces muy sucias, sus plazas y parques, con duendes, fantasmas, historias de dictadores huyendo con cajas de caudales, de novios llevando a sus queridas lejos de sus incomprensivos padres —eran otras épocas por cierto—, de esclavos olvidados y tesoros que esperan ser descubiertos. Allí quedaron las trenzas de los Patricios tras su motín, allí fueron ultrajadas vírgenes y monjas, allí pasó todo lo que a veces no podemos aceptar que en realidad pasó y a la luz del día. Los recolectores de historias, los historiadores de barrio, los entusiastas de lo maravilloso escribieron miles de páginas, a veces hermosas, a veces equivocadas, a veces ciertas y muchas veces mentirosas. Pero la más de las oportunidades la bibliografía es parca: nos habla de descubrimientos sin dar la dirección, de ladrillos sin dar las medidas, de dimensiones sin que se haya usado un metro y cuando no se encuentra en el interior nada impresionante simplemente se descartó lo que allí hubiera, sin siquiera citarlo. Iremos lentamente revisando todo lo que se ha escrito sobre esto, leyendo cada cita a partir de su autor original y los cambios que otros le introdujeron, y más adelante lo compararemos con lo realmente existente y descubierto a la fecha. Es indudable que los túneles existen, pero primero será necesario desbrozar el camino bibliográfico con rigor y detenimiento. Este es el primer paso para una tarea aún enorme a seguir en los archivos históricos del país y de España, y de excavación y estudio de muchísimas obras subterráneas que aún permanecen bajo la ciudad.

Túneles de tradición y túneles nuevos: las primeras noticias (1848)

Las primeras referencias publicadas en el siglo pasado sobre la existencia de túneles en el centro de la ciudad aparecieron en 1848: la causa fue un escándalo producido por un supuesto atentado contra la vida de Juan Manuel de Rosas. El motivo de la publicación fue que los rosistas aprovecharon el descubrimiento para inculpar a un viejo enemigo y así estigmatizar a los Unitarios, a la vez que se mostraba la eficiencia de la policía y los buenos amigos del Brigadier General. Los Unitarios por su parte divulgaron la noticia a los cuatro vientos para mostrar lo contrario, la inocencia de Claudio Stegman y para señalar los errores de la barbarie policíaca. Justamente el jefe de policía fue quien pensó en la posibilidad de un error y poco más tarde dejó libre a Stegman. Para nosotros lo importante es que por primera vez se describió con detalles la presencia de dos túneles coloniales y se hizo un recuento simple, pero detallado, de lo que se sabía a la época sobre ese tema.

La primer denuncia policial se produjo cuando el 3 de febrero de 1848 se descubrió, cavando un pozo en Belgrano 93 (de la vieja numeración), un túnel desconocido; tras penetrar en él se encontró una salida tapiada construida en mampostería en Belgrano 97 propiedad del citado Stegman. Este ya había sido denunciado como Unitario y la policía había allanado la casa y excavado en el patio del fondo buscando armas; es gracioso ver que se excavó a sólo pocos metros de donde estaba el túnel de verdad. Nuevamente fue encarcelado y se inició una investigación larga y minuciosa: se abrió el túnel, se lo recorrió, se hizo un plano—hoy perdido— y se enumeró lo descubierto; incluso se llamó como peritos a Felipe Senillosa, Saturnino Salas, José de Arenales y Feliciano Chiclana, todos ellos personajes de primera categoría intelectual de la época. Lo llamativo es que el resultado del peritaje, que fue inculpativo, aportó un conjunto de pruebas que hoy la arqueología usaría precisamente para lo contrario: todo demostraba su inocencia y así lo interpretó el jefe de policía.

En la investigación se encontró un túnel al cual se accedía desde la boca de un pozo de agua, con orientación este-oeste con un tramo de 20 metros; luego torcía hacia el norte. Presentaba evidencias de no habérselo terminado. Sus bocas de acceso habían sido tapadas con escombros, apisonado y más tarde se le construyeron dos pisos sucesivos encima. El último piso de ladrillos había sido colocado por Eduardo Taylor en 1839 sin haber notado que el más viejo cubría la entrada. En el interior el tramo más alto tenía “la altura de un hombre”, la que luego se reducía hasta “andar

a gatas"; el ancho máximo llegaba a una vara. Aun estaban en las paredes las marcas de los picos y azadas usados en la obra; tenía una escalera tallada en la tierra misma. Más tarde, tras nuevas excavaciones se descubrió la existencia de por lo menos un tramo más, al parecer independiente y con otras dos entradas.

La investigación comenzó en las primeras actuaciones diferenciando ese túnel de otros más antiguos que la población recordaba o conocía. Constantemente se habla acerca "de una tradición de que en tiempos de los antiguos Jesuitas expulsos había un conducto subterráneo que conducía al actual Hospital de Hombres o Residencia" (5). Se insistía en que era necesario definir "si la mina descubierta era una mina de explosión o más bien una de esas mismas de que hay tradición se hicieron en el país en otros años", dejando claro que existían túneles antiguos, que se separaban de otras obras como los aljibes, sótanos o pozos "que tenían algún uso en las familias o casas de comercio". Quedaba claro que el panorama era complejo y que la variedad de obras bajo tierra era grande. Se enumeraron los túneles de tradición sobre los que se pudo encontrar información ese año:

"La primera vía subterránea de que se ha hablado desde tiempo inmemorial se halla debajo de la calle Potosí (actual Alsina), es decir, atravesando desde el templo de San Ignacio hasta una de las casas que fueron de don José María Coronel, casas que pertenecieron antiguamente a la Compañía de Jesús, y en la cual daban aquellos padres ejercicios espirituales. El objeto para que se construyó esta vía de comunicación subterránea es desconocido, pero se sabe que ella fue obstruida completamente después de su expulsión. La segunda, que es la que puede llamarse legítimamente mina, sobre cuya construcción, que fue en 1806 (...) queda en otra manzana y en distinta dirección que la que se contrae la presente nota. La tercera de que se ha hablado también, y que se decía ser construida en 1812, no fue más que una excavación de poca profundidad, que se hizo en la calle Belgrano 97, es decir, el de Stegman (...) aquel trabajo tuvo como objeto buscar un armamento que entonces se denunció (...)

También se ha hablado de una vía subterránea que se decía conducía desde el ya citado templo de San Ignacio, hasta la Residencia, actual Hospital General, más esto no es cierto según he podido inquirir hasta no quedarme duda. De donde infiero que es equivocada con la que atraviesa la calle Potosí". (6)

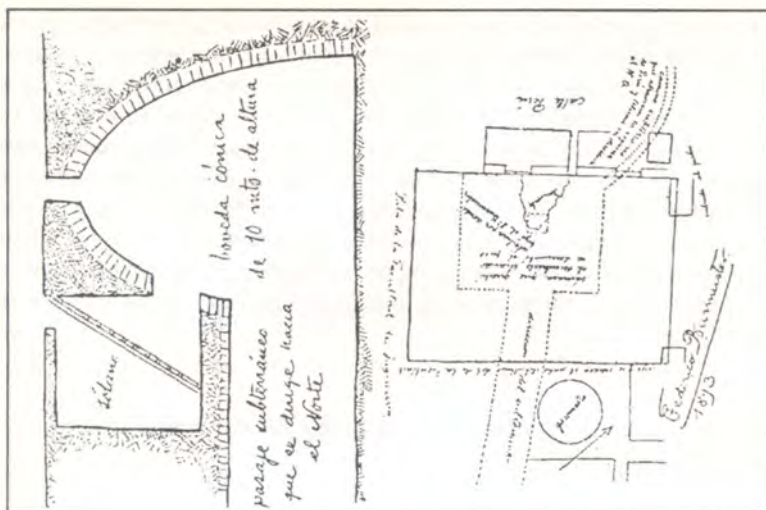
Todo esto demuestra que la memoria urbana es fuerte y se tenía clara

conciencia de la existencia en la ciudad de túneles antiguos hechos por los Jesuitas, además de varias construcciones de uso domiciliario. Pese a lo parco de la información, se hacen muy confusas las descripciones de los túneles de Belgrano 95 y 97 y de los hallados en la calle Universidad 115 y 117, actualmente Bolívar, que parecen que estaban emparentados. Según se lee había pozos por los que se accedía, algún tipo de "cubos" de mampostería y a veces parecería que la comunicación entre uno y otro fue producida por los excavadores y no que era preexistente. De todas formas esta primera información será de importancia para ulteriores estudios; no sólo constituyeron los primeros datos sino que fueron los más amplios por muchos años.

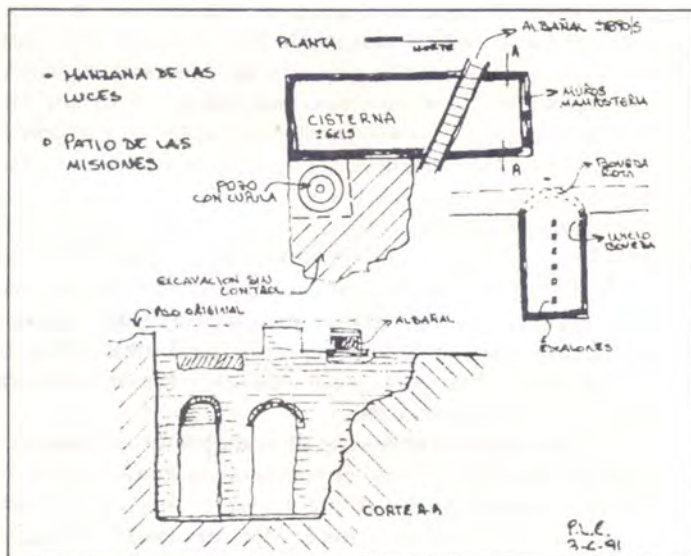
Los primeros descubrimientos y las Obras de Saneamiento Municipal (1881-1920)

En el año 1881 el arquitecto Pedro Benoit, favorito del intendente Alvear y quien tuvo un papel importante como constructor de la Generación del 80, se hallaba a cargo de la remodelación del Cabildo (7). Mientras llevaba a cabo esas obras que implicaron no sólo cambiar la torre y las fachadas, sino modificar todo el interior, le tocó en suerte descubrir dos túneles y una extraña construcción que estudió someramente y describió en forma más parca aún. No se preocupó demasiado por su contenido, lo que es de lamentar ya que luego se tejieron muchas fantasías sobre lo que allí hubo. Además de la importancia del descubrimiento en sí mismo se inició con esto una etapa nueva en relación con el tema, que si bien liberó mucha imaginación constituyó un periodo en el cual se trabajó, se estudió y se publicó sobre el particular. Prácticamente todo lo escrito lo fue por periodistas, muchas veces más preocupados por vender sus noticias que por la verdad estricta, pero las revistas y periódicos dedicaron hojas y más hojas al tema. Esta es la única evidencia que nos quedó de muchos túneles y otras construcciones que en esos años, o más tarde, fueron destruidos sin que quede ninguna otra información.

Esta etapa se centra en una serie de trabajos de saneamiento que la Municipalidad encaró para todo el centro de la ciudad entre 1905 y 1910. Si bien el responsable era el director de la Asistencia Pública el doctor Della Penna, el ingeniero Carlos E. Martínez estuvo a cargo de las cuadrillas que debían ubicar cualquier posible foco de infección, sean viejos pozos fuera de uso, aljibes no tapados o cualquier contravención a la Ordenanza del 8 de junio de 1895 que prohibía el uso de aljibes, pozos



Cámara subterránea descubierta en 1893, supuestamente conectada con un túnel, bajo la Manzana de las Luces, en su dibujo original de Burnmeister (Vidal 1904).



Plano esquemático de una cisterna en el patio de la Manzana de las Luces, recientemente redescubierta, al parecer la misma de 1893. Se trata de un aljibe para agua de planta rectangular y un pozo ciego conexo (dibujo P.L.C.).

de agua a la primera napa y pozos ciegos en la ciudad. Martínez hizo una obra sistemática penetrando a cuanto túnel o pozo hubiera, investigando todas las tradiciones y descubriendo que hubo o no de verdad en ellas, y cegando toda obra anterior al proyecto de Obras Sanitarias de Bateman. La mayor parte de la información existente sobre estos temas partió de la difusión de sus descubrimientos y de lo que los periodistas escribieron sobre ellos.

Pero volviendo a Benoit y los túneles del Cabildo, la descripción de ellos dice lo siguiente: "se encontró un pequeño patio en el que se halló un subterráneo que comunicaba con otro por medio de una galería; parecía más bien un calabozo que aún conservaba la lumbrera sobre la puerta, este calabozo no fue posible explorarlo por haber convertido parte de él en letrinas, comunicándose también con otro, que por su gran dimensión y clase de bóveda, en donde se notaba ojivas, se deducía que no fue su primitivo destino" (8). Si bien la información es mínima, muchos años más tarde esos túneles volverían a ser descubiertos durante la demolición de una parte del edificio y en esa oportunidad se llegó a levantar un plano (9). Los describiremos en detalle más adelante. Habría que destacar que en ningún lugar Benoit habló acerca de la presencia de objetos en el interior de esas construcciones, lo que no impidió que Julián Vilardi publicara en 1940 una lista que incluyó las omnipresentes trenzas de los Patricios, lanzas rosistas, una enorme caja fuerte y otros objetos más, sin presentar ninguna prueba o evidencia. Incluso aún se guardan en el Cabildo objetos que la tradición asume que fueron descubiertos allí dentro (10).

Pocos años más tarde se produjo un hundimiento en el interior del viejo Museo Nacional, en la esquina de Alsina y Perú en la Manzana de las Luces. Se trataba de la parte que a partir de la construcción jesuítica de la Procuraduría de las Misiones había sido remodelada para la Universidad a mitad del siglo pasado. Por suerte, el hijo del antiguo director, Federico Burmeister, hizo un esquema de la ubicación y un corte que pecó de exagerado. Si bien es evidente que en ese dibujo anotó lo que vio y agregó en punteado lo que suponía que existía, sin escalas ni medidas exactas, fue lo único que quedó. Se trataba de un recinto abovedado al que se penetraba por un sótano o pequeña habitación al que Burmeister le agregó algunos datos que no hay duda que no observó personalmente, como un túnel que suponía que por allí pasaba y dimensiones exageradas pero respetando la proporción general. Ahora es tarde para identificar lo que encontró, pero todo permite suponer que era, por lo menos, una clásica cisterna abovedada; o en todo caso una

construcción conexas a la red de túneles que existe en esa Manzana. Una cisterna para agua, con su bóveda rota, se excavó en el patio hace muy pocos años, aunque nunca ha sido publicada y ahora se halla semiderruida; muy probablemente se trata del mismo hallazgo.

Fue en 1904 cuando lo hallado por Burmeister se publicó en un artículo de Blas Vidal incluido en la revista *Caras y Caretas* (11) y en tan sólo dos páginas. Pero pese a lo corto, lo bien armado del texto, las excelentes ilustraciones y el tono misterioso que le supo dar el autor llamó la atención y creó toda una escuela. Por otra parte fue el primer artículo dedicado al tema y caracterizó toda una corriente historiográfica. Bajo el título de *Una excursión por los subterráneos de Buenos Aires* escribió lo siguiente:

“Rehuyendo de intento las disgresiones históricas a que podríamos recurrir, preferimos concentrarnos a relatar lo que hemos visto en nuestra excursión por el Buenos Aires subterráneo. Desconocemos la procedencia de la primera noticia que llegó hasta nosotros: alguien debió decirnos ¿sabe usted que en Buenos Aires hay catacumbas? Y preguntando aquí e indagando allá hemos comprobado la existencia de pasajes subterráneos, cuyo fin no deja de ser sugestivo puesto que obedecen a un plan general de comunicaciones entre los conventos que datan de la época colonial”.

“No cabe suponer que hayan servido para el desagüe de la ciudad pues hemos comprobado que esos subterráneos nada tienen que ver con los *Terceros* que en aquella época hicieron oficio de cloacas, siendo el principal de ellos el que va de la calle Chacabuco a la de Chile (...) y que mide cuatro metros de ancho por dos y medio de alto, mientras que los subterráneos en cuestión tienen de ocho a diez metros de alto por siete de ancho, capacidad exageradísima que impide admitir hayan sido construidos para desagüe. Uno de ellos va de la calle Piedras y Alsina, donde está el convento de San Juan, hasta la calle Defensa, atravesando el Museo Nacional, la Facultad de Ingeniería y las iglesias de San Ignacio y San Francisco”.

“Sucesivos hundimientos en el Mercado del Centro y en la esquina de Perú y Alsina, orienta la existencia de esa comunicación (...). Este mismo camino corta en ángulo recto con la iglesia de San Francisco, atraviesa por la calle Victoria entre Defensa y Bolívar y sigue en dirección a la calle Viamonte; y es



Las grandes cámaras bajo el Mercado del Centro descubiertas en 1907: periodistas y bomberos las visitan asombrados por sus dimensiones; dieron lugar a leyendas que no explicaban su historia sino que creaban nuevas incógnitas (PIBT 1907).

posible que por el sur tenga otra comunicación que una el citado convento con el de Santo Domingo que dista dos cuadras. Una parte del primer recorrido lo hemos hecho nosotros, habiendo podido comprobar que esa comunicación se extiende por el oeste (...) al convento del Salvador; siguiendo de allí (...) al antiguo convento de los Irlandeses (...). Dicese que en el hundimiento que hubo hace unos 20 años frente al convento de San Juan, se encontró una vía subterránea y unos huesos humanos dentro de ella, dicese que en un boquete que hicieron en la esquina de Perú y Alsina, el general Nazar encontró unas trenzas de mujer; dicese... dicese tantas cosas que no asentamos nosotros por no haberlas podido verificar. En la calle Ecuador entre Paraguay y Mansilla se produjo un derrumbe en el año 1878 y su dueño, el señor Colombo, vio el subterráneo que quedó al descubierto”.

“En posesión de esos informes que reputamos fidedignos, logramos dar con los boquetes que nos permitieron la introducción en los subterráneos. Y bajamos. Nuestra retina pasó rápidamente de la claridad callejera a la obscuridad de infierno que rellenaba el ambiente. La linternita que llevábamos apenas nos permitía distinguir el círculo móvil que iluminaba débilmente y que rondando a nuestras figuras le daba perfiles dantescos en aquellos antros en donde reinaba un silencio de muerte (...) Y avanzamos, avanzamos con lentitud (...) No sabemos lo que anduvimos caminando medio a oscuras y en semejantes condiciones que pierde el concepto de la distancia. Nos orientamos: la aguja señalaba el N.NE., es decir que íbamos en camino a la calle San Martín, cortando transversalmente a la Plaza de Mayo. Quizás pasáramos debajo de la Catedral. Seguimos avanzando. La linterna se amortiguaba poco a poco, falta de gases combustibles. La respiración era cada vez más fatigosa. Tropezamos con algo; nos agachamos a recogerlo del suelo y ¡horror!: un fémur descarnado era lo que teníamos entre manos...! Agujíneos por esa maldita curiosidad (...) proseguimos aún por aquella vía crucis, escoltados por el fotógrafo, hasta que un derrumbe que obstruía la galería por completo nos hizo retroceder a buen paso, ávidos de aire oxigenado que tonificara nuestros embotados pulmones”.

Solamente tres años más tarde salió otro artículo en *PBT* (12) aunque sin nombre de autor, en el cual se informaba sobre varias cámaras descubiertas bajo el viejo Mercado Central. Este conjunto que ocupaba casi una manzana céntrica había sido construido en 1865 y estaba siendo demolido en 1907; se ubicaba entre las calles Chacabuco, Perú, Alsina y Moreno. Allí se hallaron dos grandes cámaras rectangulares, por lo menos una con estructura abovedada como cubierta y un nicho en el extremo, construidas en mampostería aunque no sabemos si total o parcialmente, y según los datos el piso se hallaba a 14 metros bajo el nivel de la calle. Las cámaras debieron tener piso de tierra según lo que podemos ver en las fotos existentes. El artículo que las describe, al igual que otros posteriores, es por demás sensacionalista y habla de cárceles, de las omnipresentes trenzas de los Patricios, de osamentas y de armas:

“Impulsado por móviles de higiene pública, el director de la Asistencia se propuso sanear las galerías que hay en el subsuelo del Mercado del Centro. Esos amplios conductos inhabitados desde tiempo inmemorial eran nidos de colosales ratas, que tenían infestada una buena parte de la ciudad. Ignórase con que objeto se hicieron esas amplias galerías o pasadizos: tal vez se hicieron como lugares de refugio donde el vecindario pudiera escapar a los ataques de los indios. Acaso se hicieron para esconder las riquezas de la colonia. La tiranía los habilitó como mazmorras para recluir a las infelices víctimas sepultándolas en vida en una horrorosa tumba. Las exploraciones practicadas en esas galerías no han tropezado con los tesoros que algunos imaginaban encontrar. Osamentas más o menos completas, restos de furnituras y de uniformes, y bastantes trenzas de cabello, es lo único allí hallado”.

La información que da esta nota es interesante porque muestra cómo se estaba construyendo la mitología de los túneles; sin ninguna demostración resultaba ser de “tiempo inmemorial”, se confundían cárceles con pasadizos, se los llevaba a una función absurda como era la de protegerse de los indios, sin tener en cuenta que meter “al vecindario” en una cámara de 14 metros de profundidad pero sólo de 2 metros de ancho sin duda era bastante difícil. Para completar el cuadro la “tiranía” los había usado como tumbas en vida. Prácticamente ya no faltaba nada; los mismos lugares comunes se continuaron repitiendo todo a lo largo de nuestro siglo. Lo que nadie recordaba es que allí habían funcionado en

1882 las maquinarias de la Brush Electric Co., empresa que bajo la dirección de Cassel instaló parte de las primeras luces de la ciudad. Tampoco que un siglo antes había estado en ese sitio la Ranchería de los Jesuitas. Veremos más adelante que es muy probable que esa sea toda la explicación, ya que fueron construidas como cisternas de agua para la maquinaria de vapor. Pocos días más tarde hubo más información en *La vida moderna* (Nº 124, Pág. 18).

Al parecer las obras de salubridad ya citadas dieron su máximo golpe de efecto dos años más tarde, en 1909, cuando una serie de artículos de *La Nación* comenzó a describir cada uno de los descubrimientos que se estaban haciendo. Los cuatro artículos en cuestión volvieron a despertar la curiosidad, aunque esta vez el trabajo fue hecho por alguien mucho más serio y cauto, que cuidó mucho lo que dijo. Eso tuvo su contraparte en otros medios que luego describiremos. La primera nota de *La Nación* (13) trataba del descubrimiento de dos grandes cámaras de planta circular debajo de la casa de un tal Aguirre, en Bolívar 107, esquina con Victoria, predio demolido en 1914 para el paso de la nueva avenida. Ese lote tenía una historia interesante ya que había pertenecido al Delegado Inquisidor, hasta que a inicios del siglo XIX se levantó la casa de Aguirre. También debemos tener en cuenta que era una de las esquinas de Plaza de Mayo que enfrentaba al Cabildo por su fachada lateral (14). El articulista escribió que:

“La serie sorprendente de estos subterráneos encierra más de una sorpresa, desde el antiguo convento de Jesuitas, hasta la casa de Rosas (moreno entre Bolívar y Perú) recientemente hallados (...). Pero limitándonos al subterráneo que hoy nos ocupa, el hallado bajo la casa del señor Aguirre (...) Se trata de dos cámaras (...) la otra igualmente grande está en comunicación con la primera por medio de un corredor. ¿Qué destino han tenido? Esto es un misterio ¿depósito? ¿refugio? ¿culto? No puede establecerse ni lo uno ni lo otro, pues la afirmación que se ha hecho de que aquello sirviera de tribunal religioso no es posible comprobarlo (...) Se han practicado perforaciones en todo sentido buscando comunicaciones; pero como en los otros casos nada se ha encontrado. Son obras aisladas, no sucediendo así con los sótanos que existen debajo del Museo de Historia Natural (...), esos sótanos deben comunicar con la casa situada en la esquina de Perú y Alsina, antiguo seminario de los jesuitas, ligado por un subterráneo con el convento de San Ignacio”.



Las cámaras del mercado del Norte y la estructura de ladrillos de las bóvedas de cierre, mostrando la estructura constructiva y su forma (La vida moderna, 1909).



Una de las más extrañas construcciones bajo la ciudad, las cámaras de Aguirre en una fotografía anterior a su destrucción (La vida moderna, 1909).

Ese trabajo fue notable para su época por varias razones: por un lado insistió en que todo lo descubierto hasta la fecha a excepción de lo que se halló bajo la Manzana de las Luces eran sólo construcciones aisladas, quizás muy impresionantes pero no comunicadas entre sí. No intentó dar una función determinada a lo encontrado en lo de Aguirre y mostró una fotografía excelente que, junto con las pocas existentes, nos permite presumir que se trataba de una construcción hecha en el inicio del siglo XIX.

Al día siguiente se publicó una nueva nota titulada *La casa de Don Juan Manuel de Rosas, escondrijos misteriosos* (15) en la cual se describía lo descubierto durante la demolición del edificio. Se trataba nuevamente de una construcción autónoma ubicada bajo el patio principal, que se componía de tres cámaras subterráneas no muy grandes y cuatro pozos, algunos de los cuales estaban comunicados. En realidad es difícil recomponer la forma verdadera de lo descubierto ya que los planos y cortes publicados no corresponden bien con la descripción, de la cual lo único que queda claro es que la obra era de relativa simplicidad aunque sin duda no era lo que aparentaba a simple vista. En principio se puede asumir que se trataba de dos cisternas para agua que luego fueron reformadas para usarse como sótanos, lo que se reconfirmaría por el canal que une un pozo con la parte de mampostería. No hubo rastros de túneles ni nada parecido y, si bien se publicó una lista de los objetos descubiertos, no se aclara si éstos estaban en el piso de los sótanos o si eran parte de otra basura arrojada al fondo del pozo ciego como solía ser habitual. Es más, ni siquiera se intentó separar lo que eran construcciones de la época de Rosas de otras posteriores hechas cuando el edificio tuvo otras funciones, como las de correo y escuela. En las fotos se ve que el edificio tenía un sistema de agua corriente bien instalado, por lo que cabría la posibilidad de que alguna de las obras que tanto llamaron la atención hayan sido posteriores a Rosas. Pero la respuesta quedará ya insoluble.

Otro de los errores cometidos en la nota fue darle al conducto de bajada de agua de la terraza a una de las cisternas-sótanos, que tiene sólo unos 15 centímetros de ancho por un tiraje vertical de 10 metros, la función de un extraño paso —todas las casas con aljibe los tenían—, o transformar en túnel a un conducto que no tenía 40 cm de alto. El artículo en cuestión decía en la confusa descripción hecha en base a lo informado por Martínez: “Aquellos emparedados, aquellos cuartos, ocultos, aquellos subterráneos profundos, aquellas vías entre paredes y en el subsuelo, el misterio de las salidas y entradas por pozos en el patio ¿a qué han

respondido?” (16). Más adelante se incluía una lista de los objetos recuperados: “Se ha buscado con todo empeño hasta el más leve rastro con el objeto de esclarecer el misterio. Nada se ha encontrado de preciso pues el inventario es el siguiente: 1 pedazo de plato con el retrato de Napoleón I, 1 bozal, 2 cuernos tal vez de chifles, 9 cucharas, 3 tenedores, 5 cuchillos, varias botellas, 1 cacerola de cobre, 5 tinteros, 1 espada, 1 bayoneta, 1 pito (pipa de caolin), 2 vasos de noche (bacinicas), varios trozos de granito y piedra mármol, restos de loza, 1 mate, 1 embudo, 1 canilla y 1 puerta en pedazos con su cerrojo”. Que no parezca nuestra crítica una proyección desde lo que sabemos hoy, veremos más adelante que en ese momento hubo quienes supieron bien diferenciar una cosa de otra.

Al día siguiente nuevamente apareció otro artículo de esa serie (17) en el cual se incluía una nueva descripción de las cámaras bajo el Mercado del Centro y una excelente fotografía. Había alguna diferencia con lo publicado hasta ese entonces: en primer lugar se hablaba de otro hallazgo casual, hecho muchos años antes al hacer un pozo de cimentación de la entrada; allí se habría hallado ni más ni menos que una bayoneta y cabellos de mujer (trenzas). Esto para nosotros no sería más que una repetición si no fuera porque en el interior de las cámaras se las volvió a encontrar: “a los 14 metros de profundidad había una sala enorme con bóveda y muros gruesos, aunque en mal estado. ¿Que había allí? basura, despojos de todas clases y trenzas de cabellos en gran cantidad (...) un esqueleto de perro, una aceitera, un pito (una pipa), un estuche, una jeringa y una calavera de gato”. Y aunque se excavó hacia los lados buscando comunicaciones con otros túneles u obras cercanas, nada se pudo descubrir; eran cámaras aisladas y solitarias. Según el articulista las cámaras eran 6 y no 2; es difícil saber ahora si era cierto o era parte de un repentino crecimiento del número con el pasar de los días. Las dimensiones fueron de 12,80 por 5; 12,50 por 5 y 12,60 por 7,50 metros. Es curioso que una de ellas, arreglada y limpia, se siguió usando como depósito de frutas del local del señor Camuyrano. En este caso tampoco hubo referencias a las maquinarias de la Brush Electric y su necesidad de agua en grandes cantidades pese a que no habían pasado tantos años.

Esas construcciones tan complejas dan que pensar, eso es cierto, pero por lo que hemos visto actualmente de las cisternas construidas en los siglos XVIII y XIX, por cierto son únicamente un poco más grandes. Sus dimensiones son, pese a todo, lógicas para los sistemas constructivos de la época: la forma rectangular es habitual y la profundidad la necesaria

para la cantidad de agua utilizada en un mercado importante. Creemos que fueron sólo cisternas de aljibes unas y pozos ciegos otras, y las estructuras de ladrillos en forma de arcos para sostener las paredes superiores son similares a las ya conocidas. Algo similar, pero más reducido, puede verse ahora en el patio de la Procuraduría de las Misiones en la Manzana de las Luces, aunque en estado de abandono tras su excavación. Pero regresando a los anteriores, por lo que se ve en las fotografías es posible asumir un fechamiento para la mitad del siglo pasado, quizás coincidente con la construcción de toda la obra. No es posible avanzar más con tan pocos datos.

La secuencia de notas periodísticas siguió con otra dedicada a los túneles de San Ignacio y a un pozo hallado en Belgrano 550 (18). Siempre tras los pasos del Ingeniero Martínez, héroe de la epopeya tunelera de inicios de siglo, el periodista describió ese pozo ubicado en una vieja casona que había pertenecido a los Dominicos. El pozo era un aljibe y se penetraba por su brocal de mármol y el arco de hierro tenía aún una cruz en su parte superior. En realidad lo que llamaba la atención no era el pozo, ya que había uno en cada casa de la ciudad, sino el que éste se ensanchaba hacia abajo: "El hecho aislado no importaba más que una simple curiosidad, pero se sabía que en toda esa manzana comprendida entre las calles Defensa, Bolívar, Belgrano y Venezuela había muchos subterráneos interesantes, como los hallados en los talleres Drysdale". El pozo media 13 metros de profundidad y el diámetro en la base era de 4,5 metros; se excavó hacia los lados y nada se pudo hallar. Era evidente que se trataba sólo de un extraño pozo que por algún problema constructivo fue excavado en esa forma poco habitual. Era raro, pero sólo eso. En este caso, el aljibe que aún existe en el Museo Sarmiento, de forma abotellada, daría mucho más que hablar que el ya citado.

Más adelante le dedicó un párrafo a lo que encontró en los Talleres Drysdale: esta vez sí nos hubiera gustado tener mayores datos pero lo único que dice es que "esta cámara situada a la profundidad de 4 metros (sin techo) es tal vez la más interesante de todas por su decoración; ha sido fuera de dudas un sitio de lujo en la remota época en que fue construida, pues los ornatos, la decoración toda, artesonados, etc., en su regular extensión de 5 metros de largo por igual de ancho, revelan que aquello no era un simple escondrijo vulgar, sino una cámara, puede decirse, señorial" (19). Aquí sí que las dudas son grandes y no es posible ahora determinar la función de este espacio cuadrado con artesonados, aunque no deja de llamar la atención como podía ser, a la vez, subterránea y "sin techo".



Fotografía del patio interior de la Casa de Rosas—Ezcurra bajo el cual se encontraron varios pozos y aljibes que levantaron muchos interrogantes: se observa que aún no había sido excavado y está abierta la tapa para bajar a uno de los sótanos (La Nación 1909).



Bajo una vivienda de la calle Belgrano al 500 se descubrió un pozo de agua de forma especial: los obreros de la Municipalidad bajan al fondo para estudiarlo (La Nación 1909).

El eco de esos artículos y la repercusión de los trabajos de saneamiento municipal hizo que *Caras y Caretas* volviera a publicar una nota, pero esta vez destruyendo fantasías e ilusiones que al parecer, estaban en boca de todos (20): “la noticia produjo honda impresión pues se encontraban los ánimos predisuestos (...), pero el ingeniero Carlos E. Martínez que dirige las obras ha venido a estropear todas las ilusiones (...), de instrumentos de tortura ni siquiera una navaja de afeitar; de cadáveres de monjas y chiquillos clavados en la pared, ni el pelo; y de onzas de oro... ¿habían de ser precisamente onzas de oro lo que se olvidase algún abuelo nuestro en el sótano? Colóquense ustedes en el caso del presunto abuelo y verán como la pretensión carece de base”. Lamentamos ahora no tener el nombre del autor de esa nota ya que por cierto evidenciaba un criterio superior al de otros contemporáneos.

Las cuitas de barrio y los artículos sensacionalistas fueron lentamente creando la necesidad de que alguien hiciera estudios más serios, abriendo las puertas para que investigadores tomaran cartas en el asunto. Fue en esos años cuando un grupo de estudiantes del Nacional Buenos Aires, construido justamente encima de los túneles de la Manzana de las Luces, a un lado de San Ignacio y en lo que fuera el convento y edificios jesuíticos más grandes de la ciudad, comenzaron a visitar el subsuelo. Con la edificación del nuevo colegio varios túneles quedaron a la vista pasando a ser noticia y esto fue lo que llevó a que una nueva generación de jóvenes los visitara y describiera: Félix Outes, Héctor Greslebin, Angel Gallardo, Vicente Nadal Mora y Rómulo Carbia se empezaron a involucrar en el tema y con los años harían su aporte al problema. Al respecto hubo una nota muy elocuente publicada en *La Nación* (21) escrita por Gallardo, si dejamos de lado algunas ideas extrañas de su autor, quien llegó a ver en los túneles puentes levadizos y otras obras medioevales. Decía lo siguiente:

“Hace 32 años formaba el sexto año (...) un grupo distinguido de jóvenes (...); cierta tarde en que, llevados por la curiosidad, visitaban varios de ellos la parte antigua del colegio, donde en la época del internado funcionaban las cocinas y otras dependencias, la casualidad hizo descubrir un amplio sótano que constituía, probablemente en épocas remotas, las bodegas del establecimiento jesuítico. El travieso espíritu estudiantil supo sacar provecho de este hallazgo, fraguando una novela de subterráneos y catacumbas que no fue difícil pasar por historia verídica, entre aquellos condiscipulos de imaginación más

exaltada, o de menor grado de malicia. Hábilmente sugestionados éstos emprendieron la tarea de explorar las galerías, comenzando por abrir un boquete en el muro, que al decir de los inventores de la broma había sido cerrado para evitar visitas indiscretas. Todas las tardes después de clase, el equipo (...) se dedicaba, pico en mano, a la tarea de apertura (...). El entusiasmo de los crédulos muchachos llegó al colmo un día en que, en plena obra de perforación, descubrieron nada menos que una vieja caja metálica en la cual se encerraba una cantidad de monedas del siglo XVIII, acompañada del plano de los subterráneos, con indicación de las galerías que conducían a la Catedral, los conventos y otros lugares. Inútil parece decir que los interesantes objetos habían sido previamente colocados por los autores de la broma”.

“Lo curioso del caso es que éstos, sin sospecharlo siquiera, engañaban con la verdad, por una de esas raras intuiciones, al describir con cierta aproximación lo que el hallazgo de ahora ha venido a corroborar tan curiosamente. En los nichos del sótano de entrada en la galería se ven esculpidos los números romanos que los jóvenes autores de esta novela (...) grabaron en 1886 para indicar las diversas ramificaciones subterráneas del arcaico plano por ellos fraguado”.

La nota en cuestión nos trae una historia por demás interesante, pero creo que desde una visión actual lo es mucho más la lista de invitados a ese recorrido: entre otros estuvieron Alejandro Christophersen, Angel Gallardo, Antonio Dellepiane, Martín Noel, Eduardo Lanús, Juan Waldrop, Alejandro Moy, H. Gres, Enrique Udaondo, Rómulo Ayerza, Martín Jacobé, Ricardo Cernadas, Severo Pizarro Almagro, Ricardo Güiraldes y Jorge Demarchi. Era un conjunto selecto de intelectuales y arquitectos, varios de los cuales escribirían acerca de la historia de la ciudad. Ninguno de ellos le dedicó jamás una página al tema; incluso uno de ellos, Udaondo, los negaría en 1920 en un libro sobre San Ignacio. Lo que queda como anecdótico es que ese plano hecho en broma aún circula y he visto varias copias, hechas una sobre otra y cada una con nuevos agregados. Se la identifica no sólo por la fantasía que evidencia sino por el pésimo latín en que está escrita.

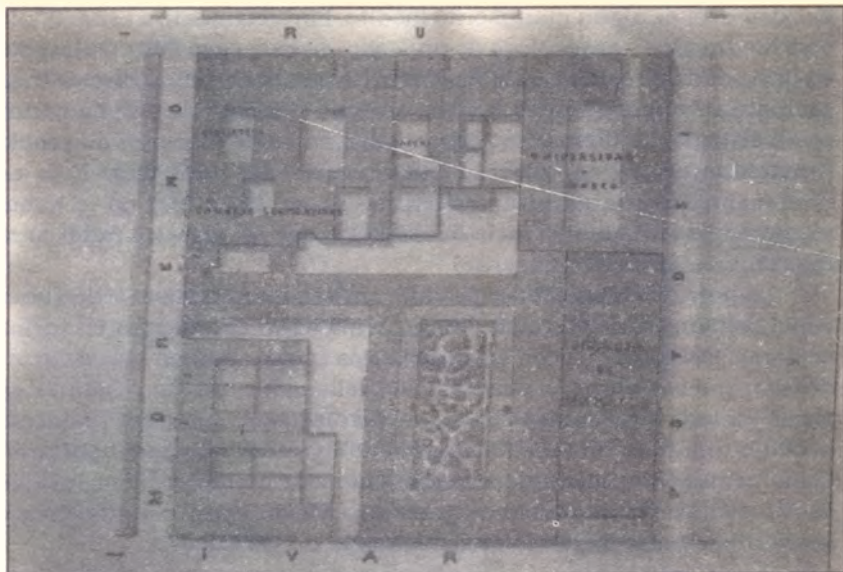
En esos años se produjo un hecho positivo cuando la Municipalidad envió a un topógrafo a levantar planos detallados de los túneles de esa manzana. El ingeniero Topelberg hizo un estudio muy detallado, inclu-

yendo no sólo el plano, sino también los cortes de cada tramo de túnel para compararlos entre sí y los ubicó en relación con las construcciones superiores (22). Al parecer hubo un plano municipal más antiguo, hecho en 1890, que nunca he logrado ver (23) y que sería de interés publicar.

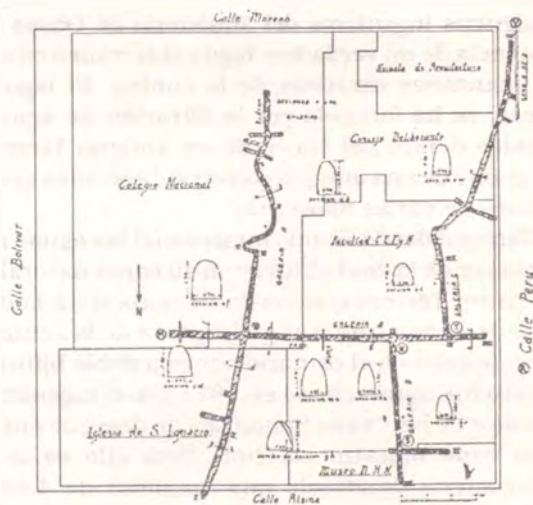
En 1920 apareció el primer estudio académico sobre estos asuntos: se trataba de una investigación que desarrollaron Rómulo Carbia como historiador y Héctor Greslebin como arquitecto preocupado por la arqueología. Era interesante la idea inicial de que Greslebin haría un estudio técnico de los túneles de la Manzana de las Luces y lo inscribiría en sus ya amplios conocimientos de la historia de la arquitectura porteña (24); por su parte Carbia llevaría a cabo la investigación documental y de archivo. El artículo publicado (25) fue el primer aporte científico al tema, le dio sustento material a varias hipótesis manejadas con anterioridad y, en cierta manera, cerró la discusión por un tiempo.

Ese largo escrito se inició con un lista de los antecedentes conocidos, como el Mercado viejo, el pozo de Belgrano al 500 y los artículos ya citados de 1909. Como dato interesante se aclaró que lo encontrado por Burmeister en 1893 “no presentaba comunicación alguna con los subterráneos de la Manzana” lo que contradice el dibujo original y lo aseverado por Blas Vidal, y por cierto brindó una explicación más lógica a lo descubierto. Si bien es imposible transcribir el texto, se hace un análisis minucioso de los túneles centrado en varios puntos: la red que existe bajo la Manzana de las Luces es independiente de cualquier otra construcción; está compuesta por dos partes diferentes construidas con poca separación de tiempo pero con marcadas diferencias técnicas; se observó la forma de excavarlos, la altura de sus bóvedas, los declives, las intersecciones y otros detalles; también notó que uno de los ramales pasaba bajo uno de los pilares centrales de San Ignacio y el peligro que ello significaba. También hizo una lista de lo descubierto en el interior. Para terminar se hace un esquema reconstructivo de las direcciones y fines de esos túneles, fechables para 1780, y se identificó los probables edificios que unía. En síntesis solo “quedaría por probar si estos ramales son comunicaciones interconvencionales o de orden militar”. Lógicamente se cometieron ligeros errores como incluir la casa de los Ezcurra-Rosas entre los intercomunicadas con la red citada.

Si bien se dice que esas notas eran parte de un libro que estaban escribiendo entre Greslebin y Carbia, algo debe haber pasado ya que de allí en adelante Greslebin seguiría solo, publicando el resultado completo de sus estudios pioneros en 1966, después de años de olvido. De Carbia en cambio nunca hubo más noticias en este tema y desconocemos



Plano de la Manzana de las Luces hacia 1860/65 según el catastro de Pedro Beare.



Plano de los túneles bajo la Manzana de las Luces según Héctor Greslebin en base al plano de Topelberg hecho antes de la construcción del Nacional Buenos Aires, mostrando la red casi completa tal como llegó a nuestro siglo.

la existencia de algún manuscrito inédito. Paralelamente a ese artículo otro historiador—arqueólogo de prestigio, en este caso Félix Outes, dio a publicidad que estaba escribiendo un libro sobre el tema. En este caso tampoco se publicó nunca la obra aunque él mismo la citó en varios otros artículos, e incluso la incluyó poco antes de morir en su propio Curriculum Vitae en una nota manuscrita de 1939 (26). Esto es interesante ya que en otra versión previa de 1922 (27) no lo había siquiera citado. También sería de interés el que se llegara a publicar si todavía existiera el manuscrito.

La nota de Outes (28) se produjo ante el descubrimiento de que el túnel del Zanjón del Tercero del Sur tenía agua acumulada en varios sectores. Debido a que con los años varios tramos habían sido destruidos por nuevas obras, o simplemente rellenados, en los restantes se había juntado gran cantidad de agua. La discusión sobre ese problema produjo una nota de Luis Macheroni (29) y otras más que aportaron como conjunto valiosa información. Llama la atención la medida de esos artículos, la intención de tener una visión clara del problema y separar ese túnel de la red de la Manzana de las Luces.

“El profesor de la Universidad de Buenos Aires doctor don Félix Outes (...)ha tenido la suerte de descubrir, en compañía de algunos ingenieros del Ministerio de Obras Públicas, la existencia de un verdadero lago subterráneo en el corazón de dos manzanas céntricas de la ciudad. El lago, que según parece, se ha formado por la filtración de agua de lluvia y servidas dentro del cauce de un antiguo Tercero, es parte integrante de una antigua galería subterránea que se extiende a través de varias manzanas”.

“El Tercero: desde tiempo inmemorial las aguas pluviales del barrio sur de la ciudad tuvieron su canal natural de salida al río, en un Tercero que corría de noroeste a sudoeste y que luego de formar un recodo a la altura de la actual calle Chile desembocaba en el estuario por una doble bifurcación. Este Tercero fue aprovechado en 1871 por el ingeniero Bateman, iniciador de las Obras Sanitarias de desagüe entre nosotros, como caño maestro colector. Para ello se le revistió de mampostería dándosele una amplitud de 4.40 metros de ancho por 3.50 metros de alto (...), prestó excelentes servicios (...). Pronto se perdió la memoria de su existencia” (30).

No hace falta destacar la seriedad con que se estaba escribiendo aunque se incurrieron en algunos errores que hoy podemos salvar: la construcción del entubamiento del Tercero no fue hecho por Bateman sino casi 10 años antes y fue éste quien lo sacó de uso, no para transformarlo en colector maestro, sino todo lo contrario, porque se le cruzaba con sus nuevos colectores debido al trazo irregular que presentaba.

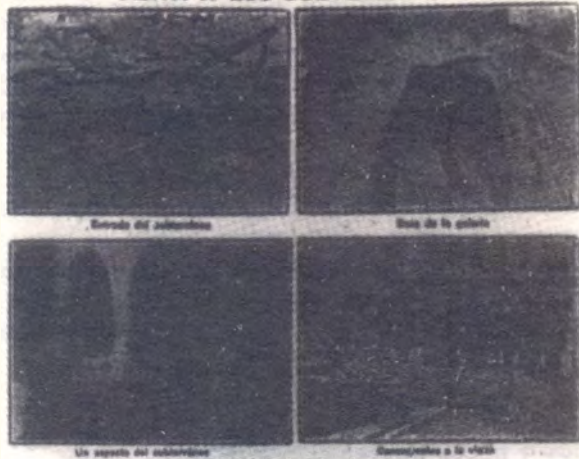
La etapa que estamos considerando se cierra sí con un cambio importante: por un lado se iniciaron artículos serios, se anticiparon libros enteros, se buscaron documentos históricos que avalaran las hipótesis y se marcaron bien las diferencias entre el sensacionalismo y la investigación científica. Incluso se llegaron a establecer diferencias de criterio en la interpretación de los hechos, entre Greslebin por un lado y por Outes en el otro.

Mucho ruido y pocas nueces (1920-1930)

La década anterior había terminado positivamente y se anunciaban estudios y libros importantes. No había ni siquiera surgido la idea de preservar esas obras descubiertas, pero si se seguía en esa línea probablemente eso también hubiera ocurrido. Pero por razones hoy difíciles de explicar las cosas cambiaron abruptamente: se entró en un decenio de olvidos, desconcierto, fantasía y abandono. Únicamente Outes volvería de cuando en cuando a la carga, aunque con posturas cada vez más críticas. Fue un decenio en el que se publicó mucho, se aprendió poco y se avanzó menos aún; todo quedó teñido por un manto oscuro de abandono que permitió que se iniciara la gran destrucción de los años siguientes. Fue el principio del fin.

En 1920 el historiador Enrique Udaondo escribió una historia de la iglesia de San Ignacio (31) en la que negó la existencia de túneles, si bien ya lo habíamos citado como un visitante a estos junto con Gallardo. La única explicación puede basarse en la que el presbítero Jorge Molás Terán, cura de dicha iglesia, negaba insistentemente en el púlpito que éstos existieran, lo que debe haber puesto en aprietos a un historiador tan católico como él. Quizás otros hubieran tomado las cosas con una actitud diferente. El mismo año escribió una nota Leopoldo Lugones titulada *El hundimiento de Buenos Aires* (32): allí se hablaba de un túnel que existiría en Callao y Corrientes y que partía de un convento cercano para unirse a una supuesta enorme red bajo la

COLEGIO NACIONAL DE BUENOS AIRES
VISITA A LOS SUBTERRANEOS



El acceso de los visitantes a principios de siglo a los túneles bajo el Colegio Buenos Aires, una aventura típica de la época (La Nación, 1918).



El túnel descubierto en 1928 en la calle Victoria entre Bolívar y Defensa (La Nación, 1928).

ciudad. Es obvia la falta de seriedad de Lugones, quizás confundido con algún conducto de Obras Sanitarias si queremos pensar bien de él, pero a pesar de todo no podemos tomarlo más que como una muestra de exagerada fantasía. Lo mismo sucede con otra nota periodística de 1926 titulada *El cuartel de Plaza Lorea y un misterioso subterráneo*. Este caso extremo vale la pena transcribirlo ya que hay alguna información sobre la que luego volveremos:

“El cuerpo (militar) ocupaba en 1877 un edificio municipal, Moreno entre Defensa y Balcarce. Este y el de Policía, en la plaza de la Victoria fue preciso desalojarlos. Se eligió en reemplazo el que tenía las famosas crujiás en la Plaza Lorea. Maillard, el instructor (sic) preparó los planos, yo era el técnico dibujante (...). Las antiguas crujiás del siglo de los virreyes se demolieron. Los tirantes, intactos, eran de lapacho. Entre los ladrillos, formidables adobes, se hallaron envueltas en género negro, monedas de oro con el busto de Carlos III, fecha 1792 y 1799. Cavando en profundidad se vio un túnel o subterráneo que daba paso a la iglesia de la Piedad. Esto alborotó la opinión. Me metí en el hueco y comprobé el hecho. ¡Creo que hasta había esqueletos!... Pero un día el jefe de la obra, por orden del jefe, ordenó tapar el túnel.” (33).

Tras leer esto las dudas nos abruma: en primer lugar es un hecho ocurrido 49 años antes de escribirlo; nos es difícil entender cómo el autor tiene dudas sobre si vio o no cadáveres cuando hace alarde de tanta memoria para otros detalles; no son cosas que uno olvide fácilmente. Lo que sí quedó claro, a no dudar, es que las monedas estaban entre los ladrillos de la casa y no tenían relación con el túnel mismo, cosa que luego otros autores afirmarán insistentemente.

Una visión muy diferente apareció en un artículo de Félix Outes publicado en 1927 en *La Prensa* (34). Se trataba de una entrevista con motivo de la demolición de la Farmacia Rolón en Bolívar y Alsina, donde se habían descubierto extrañas construcciones subterráneas. El diario incluyó una interesante descripción, aunque muy confusa, sin datos exactos y con medidas tomadas a ojo, lo que es de lamentar por la importancia de lo hallado:

“El subterráneo se inicia en el ángulo sudeste del terreno. En ese lugar hállase la boca de acceso. Descendiendo por la



Félix Outes



Héctor Greslebin

misma unos 15 metros al interior aparece una habitación desde la cual, hacia la derecha, se ve una balaustrada con rejas de hierro y de ahí se desprende una escalera que tendrá cuatro metros y conduce a un plano inferior. Hacia la izquierda existe otra entrada que conduce a una rotonda en la que aparece una puerta con reja, tras la cual se advierte la continuación de un tramo de 10 metros. Pasando dicha reja se observa una gran cantidad de escombros que no permiten avanzar; pero se ven hacia el fondo grandes boquetes que dan la impresión de que el subterráneo tiene otras ramificaciones. La forma del subterráneo, que está construido en mampostería revestida con cal, es abovedada. Un subsuelo que aparece en el subterráneo está inundado seguramente por las filtraciones exteriores, aunque el agua no tiene gran altura. A cada lado de la galería pueden apreciarse dos habitaciones de dimensiones regulares. Se suceden después otras galerías que conducen al exterior del subterráneo, cuya salida hállase ubicada en el otro extremo del terreno”.

Ante ésto Outes volvió a informar acerca del libro que estaba escribiendo titulado *La leyenda de los subterráneos históricos de Buenos Aires*, y a la vez hizo una síntesis de sus pensamientos acerca del tema. Todo el trabajo intentó mostrar la hipótesis de que eran sólo construcciones aisladas, de uso domiciliario, más o menos complejas pero sin nada de misterioso. Sus ideas pueden sintetizarse en los siguientes puntos: 1) “se puede afirmar que no existe (...) un complejo de construcciones subterráneas que obedezcan a un plan orgánico; es decir que se hayan hecho con un propósito de vincular entre sí, mediante galerías, a edificios públicos y privados”; 2) “se encuentran numerosas construcciones subterráneas de diferente tipo y modalidades constructivas, todas ellas de carácter domiciliario. Algunas son sumamente interesantes por los dispositivos que ofrecen y la amplitud que alcanzan”; 3) “existen otras que se han ejecutado con otras finalidades: por ejemplo las que se encuentran en la manzana comprendida entre Belgrano, Bolívar, Perú y Moreno, una de las cuales se atribuyeron en su tiempo a volar la residencia de Rosas y que dieron lugar a un proceso ruidoso; otras que existían bajo la misma casa que ocupó el dictador y cuya aplicación es muy difícil de conocer”, 4) “además de estas construcciones (...) existe en la manzana de Perú, Moreno, Bolívar y Alsina un rico complejo de galerías, todas modernas,

construidas en 1909 por el ingeniero Carlos Martínez (...) con el objeto, según se decía, de estudiar el subsuelo de la ciudad y proceder a su saneamiento"; 5) "en el bloque Diagonal Sur, Alsina y Chacabuco deben encontrarse los restos de la galería de mina construida por Felipe Centenach (...) con el propósito de hacer volar el cuartel de La Ranchería (...) en 1806"; 6) "la versión tan difundida de que existe en el subsuelo de Buenos Aires una red de subterráneos que ligaba a las viejas iglesias y conventos, carece en absoluto de sustento". Las explicaciones para las obras domiciliarias eran simples ya que "nadie se figura en la actualidad el tipo tan singular de retrete que solía construirse en la época colonial", mientras que otras son bodegas, y otra posiblemente fue un oratorio (bajo el taller de Drysdale) aunque no le halló explicación a las que estaban bajo el viejo Mercado del Centro.

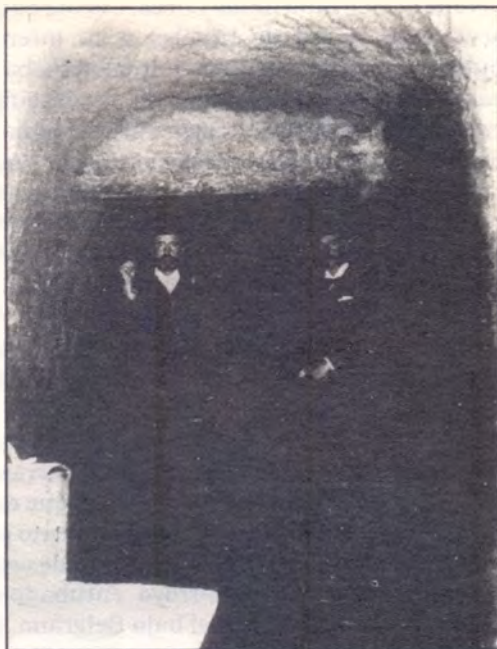
Este trabajo de Outes definió una postura diferente a la de Greslebin, por la que la hemos llamado *crítica*, y entre otros temas insistía en que los túneles bajo la Manzana de las Luces eran modernos; negó la existencia de una red y se centró en lo domiciliario como explicación de todo lo hallado. Pero se olvidó de explicar que era lo descubierto bajo la Farmacia Rolón y que había sido la excusa para la entrevista. Creemos que, pese a la rotunda lógica aplicada y a lo mesurado de su juicio, no es cierto lo de la Manzana de las Luces, ya que son túneles indudablemente jesuíticos. El resto de los argumentos los iremos discutiendo en las páginas siguientes.

En 1928 se dio a conocer el descubrimiento de un nuevo túnel (35) en la calle Victoria, actual H. Yrigoyen, entre Bolívar y Defensa. Se trataba de un túnel del tipo clásico, excavado en la tierra, con bóveda baja y acceso desde un sótano de paredes enladrilladas. Su recorrido aparenta haber sido perpendicular a la fachada y luego doblada hacia Defensa. El autor de la nota presupone su unión con otros túneles pero no hay evidencias ni pruebas al respecto. Se aclaró que una parte estaba revestida con ladrillos unidos con barro y que el acceso tenía una reparación "reciente" hecha con ladrillos refractarios.

1930-1957: El olvido y la destrucción

Todavía hacia 1930 era posible hacer algo por los túneles porteños; si bien la década anterior había sido propicia para su estudio, los últimos diez años no lo fueron tanto; pero aún quienes se habían interesado en el tema estaban activos. Greslebin había estudiado con

Antigua fotografía de uno de los túneles del centro que pasaba justo bajo un cimierio; es evidente que el túnel era posterior a esa construcción (Archivo General de la Nación).



Vista de un túnel del siglo XIX en la calle Balcarce recubierto de ladrillos (foto C. Krieger).

detalle la Manzana de las Luces, Carbia había establecido una hipótesis acerca de la red de túneles y su intercomunicación con edificios públicos y religiosos. Outes intensificaba sus planteos acerca de las características domésticas de lo descubierto y ponía en duda la cronología, más no la existencia misma de las construcciones. El público lo leía en los periódicos a diario. Pero la trágica transformación de la sociedad, que abandonó la democracia para entrar en un nuevo régimen militar-dictatorial y los cambios profundos que vivió la cultura, también tuvieron su eco en esto. Un nuevo régimen cultural cerrado, regresivo, impermeable a nuevas ideas, iba a ir lentamente imponiéndose: Greslebin debió abandonar Buenos Aires y exilarse en San Luis; Outes estaba escribiendo cada vez menos y falleció en 1939, Carbia abandonó el tema y nunca más volvió a tratarlo. El libro de Greslebin tardaría casi 40 años en publicarse, el de Outes murió con él. Las instituciones se despreocuparon definitivamente, el gobierno más aún. La arquitectura moderna, destructora del subsuelo, arrasó con todo lo que pudo. Ya imperaba en el país la idea de que lo que era de todos, no era de nadie.

En ese momento un descubrimiento policial vino a obstaculizar la historiografía: se encontró un grupo de contrabandistas que entran sus productos por un arroyo entubado de Obras Sanitarias. Esto sucedió en 1934 (36) en el bajo Belgrano, para entonces aún tierra de ranchos y arboledas y el arroyo era el Vega bajo la actual calle Blanco Encalada. Esto permitió que se asociara la idea, hipotéticamente establecida antes, de que los túneles antiguos también habían sido usados para el mismo motivo, sin entender siquiera como funcionaba el contrabando en tiempos coloniales. Esto se transformó en un caballito de batalla para los 50 años posteriores.

En esos dos decenios, casi tres, se descubrieron muchos túneles y construcciones de toda índole bajo el suelo: la ciudad crecía y se transformaba aceleradamente y la nueva arquitectura de hormigón armado necesitaba tener fundaciones profundas para poder soportar muchos pisos, destruyendo así todo el terreno sobre el cual se asentaban. Por ejemplo, en 1931 se remodeló la Asistencia Pública y en 1936 el Cabildo, en ambos aparecieron túneles que fueron observados pero nada se hizo por protegerlos o estudiarlos con detalle. Estos últimos debieron esperar hasta que Vicente Nadal Mora los describiera someramente en 1957; en 1934 Manuel Bilbao publicó un interesante libro sobre la ciudad pero solo incluyó vagas referencias (37).

En 1937 se comenzó la demolición de la fachada sur de la Casa Rosada para ampliar, absurdamente, la calle Hipólito Yrigoyen, destru-

yendo para ello también el edificio de la vereda sur que había construido Eduardo Taylor conexo a la Aduana Nueva. Durante la demolición se encontraron dos enormes túneles paralelos que corrían de norte a sur bajo la fachada este de la Casa de Gobierno. Se publicaron varias notas en los diarios y quiero destacar la que incluyó una nueva entrevista a Félix Outes, escrita por Dardo Cúneo, quien aprovechó para insistir en la ya vieja hipótesis que asociaba los túneles con la defensa de la ciudad. Eso llevaba el tema a la tradición defensiva medioeval europea de túneles de escape en fuertes y castillos, idea que al igual que las del contrabando y de la comunicación entre conventos fue central en la historiografía. En sus propias palabras:

“Circula bajo la Casa de Gobierno de Buenos Aires un sistema de antiguos subterráneos. Subsisten desde la época de la Conquista unos; desde el coloniaje otros, y fueron construidos todos por el español (...) ¿Con qué fines? Los de la defensa. Los de conservarse en sus posiciones ante el habitante de la tierra huraña que descubría y ante el río (...) No extrañará pensar en la posibilidad de su construcción, el saber (...) que era, en la época, una desarrollada costumbre de propietarios europeos que los hacían excavar para unir sus distintas posesiones inmediatas, mediante una combinación de ellos. Pocos son los castillos (...) que no los cuentan. La ciudad de París está atravesada por infinidad de anteriores comunicaciones. (...) Donde hoy, y desde 1857, se levanta la Casa de Gobierno, estaba el viejo Fuerte de la ciudad colonial (...) En el siglo XVII, a fines del gobierno de Salazar, o al comienzo del de Robles, se abrió en la tierra un silo con el propósito de hacerlo depósito de granos. Hacia la misma época existía ya la Puerta del Socorro. (...) El Fuerte no fue totalmente derribado. No se clausuraron sus construcciones subterráneas ni tal vez algunos fosos, la Puerta del Socorro y el silo, que aún existen bajo la Casa de Gobierno actual” (38).

Lo que resulta increíble es que nadie se tomó el simple trabajo de buscar el libro más importante que había en el país sobre el Fuerte, publicado por Enrique Peña en 1910 (39), y en el cual había una descripción de la construcción de esos silos bajo tierra. Los dos túneles paralelos eran precisamente los depósitos de la Real Hacienda dentro

del Fuerte, hechos en el siglo XVII a nivel del río; es posible que tuvieran comunicación con la entrada pequeña citada por Outes como sistema de escape ante ataques de piratas. No así acertó en que eran túneles defensivos, por lo menos no lo eran éstos. Al revisar actualmente esas construcciones es posible observar algo más: cuando Eduardo Taylor construyó la Aduana Nueva los aprovechó en parte para ampliar su área de depósito. Las reparaciones y ampliaciones hechas por él se pueden distinguir por el uso de ladrillos más pequeños que los originales. Los túneles miden ahora 124,28 metros de largo máximo y cada crujía mide 4 metros de ancho. El extremo sur está cortado por el túnel del Ferrocarril del Oeste construido a inicios del presente siglo, pero ese es otro tema que más adelante desarrollaremos. En 1957 surgió la iniciativa, a través de la Comisión Nacional de Monumentos, de restaurar esas construcciones y transformarlas en museo. Mientras los túneles estos estuvieron en uso fueron preocupación constante de las autoridades, por el temor a que se derrumbaran: una nota aparecida en *El Nacional* en 1871 decía que “los terraplenes que se construyen en la plazoleta de la Aduana Vieja para el tranway de la Boca, comprometen el estado de las bóvedas que sirven de depósitos de aduana”.

Un caso opuesto al de Outes lo representa un artículo publicado por Julián Vilardi en *La Prensa* (40) en 1940, en el cual hablaba del Cabildo y su remodelación por Benoit. En ese texto incluía un párrafo en el cual decía que “durante esas obras el arquitecto Pedro Benoit encontró en un túnel —recientemente se puso al descubierto uno— una caja de hierro que perteneció al Cabildo en la época del Virreinato, y trenzas de pelo, cartucheras y guarniciones que pertenecieron al Regimiento 1o. de Infantería de Patricios, sublevado el 7 de noviembre de 1811”. Las omnipresentes trenzas y armas, además del tesoro (¡en este caso una caja fuerte completa!), volvían a aparecer incluso donde nunca las encontró nadie. Pero Vilardi publicó pocos meses más tarde un opúsculo sobre el mismo tema en el cual lo descubierto crecía aún más: “Pedro Benoit encontró en uno de los túneles una caja de hierro que perteneció al Cabildo (...). Recientemente se puso en descubierto otro de los túneles donde fueron encontradas puntas de lanzas, un cepo, rejas de calabozos y otros objetos probablemente de la época de Rosas”. Ahora sí todo quedaba completo: también hubo lanzas mazorqueras, cepo y rejas de Rosas! Todo esto fue aún más lejos: en 1941 el entonces director del Museo de Luján Enrique Udaondo solicitó al Museo Histórico Nacional un canje, en el cual entregaría una antigua caja fuerte a cambio de una litera de la época de Rosas. Esa caja fuerte del

“año 1800” había sido hallada “en 1884 en una galería subterránea por el arquitecto señor Benoit” y fue vendida por sus herederos al museo de Luján “alrededor de 1930” según los documentos originales existentes en la Comisión Nacional de Museos y Monumentos. Hoy es posible observar que la caja de hierro que se exhibe en el Cabildo porteño es mucho más antigua, quizás del siglo XVI tardío o del XVII temprano, y según los demás documentos no habría sido hallada dentro de los túneles sino empotrada en una pared del edificio.

En 1943 el historiador José A. Pillado ubicó en uno de sus libros, con mayor precisión (41) el túnel de Setenach hecho en 1806 hacia el Fuerte. Según él estaba en “la manzana norte de la Plaza de Mayo, exactamente donde estuvo la casa de la madre del almirante Blanco Encalada, se construía el Coliseo de Comedias, y hacia la calle Nueva o del Santo Cristo (actual 25 de mayo) seguía la casa de Santiago Castilla, atrás del teatro, casa de los Gascones y cruzando la esquina de F. Esquivel, ahora de Domingo Belgrano construida en 1779, la antigua Elejalde y la del presbítero Martiniano Alonso, con salida a la Alameda”. Tres de esas casas tenían el túnel debajo de ellas. También escribió que los túneles habían tenido por objetivo un doble propósito, el introducir contrabando y esconder negros esclavos: “cuando este negocio tomó incremento, sus dueños los alojaban en sótanos o habitaciones abovedadas construidas bajo nivel del suelo de algunas casas de los colonos dedicados a este comercio”. Pese a la erudición poco es en realidad lo que quedaba en claro y menos aún las pruebas que sostendrían su hipótesis.

En 1936 se habían iniciado las obras para la restauración del Cabildo, las que sólo pudieron terminarse más tarde bajo la dirección de Mario J. Buschiazzo en 1939. En ellas se hicieron no sólo demoliciones sino que también hubo varias excavaciones en el sector central; se redescubrieron los viejos túneles que ya describió Benoit, los que fueron aprovechados para colocar caños de Obras Sanitarias. Es extraño pero nadie se preocupó mucho por el tema y lo único que se hizo fue un plano simple levantado por los ingenieros municipales. Luego todo fue cubierto por una gruesa capa de hormigón para borrarlos nuevamente de la historia. Y pese a que se instaló allí la nueva Comisión Nacional de Monumentos presidida por Ricardo Levene, nunca surgió una propuesta para reabrirlos o estudiarlos. Únicamente hubo unas referencias publicadas por Vicente Nadal Mora en 1957 y las palabras incluidas en los artículos de Vilardi de 1940.

RELATA EL DR. HECTOR GRESLEBIN ASPECTOS DE LOS ANTIGUOS SUBTERRANEOS SECRETOS DE BUENOS AIRES

En estos subterráneos se han encontrado... (Text continues with details of the underground system)



En estos subterráneos se han encontrado... (Text continues with details of the underground system)



Subterráneo de Buenos Aires, de fines del siglo XVIII, en relación al desarrollo de la zona metropolitana... (Caption describing the map)

En estos subterráneos se han encontrado... (Text continues with details of the underground system)



El sistema de los túneles de la zona de la calle Rosales... (Caption describing the smaller map)

En estos subterráneos se han encontrado... (Text continues with details of the underground system)

En estos subterráneos se han encontrado... (Text continues with details of the underground system)

En estos subterráneos se han encontrado... (Text continues with details of the underground system)

En estos subterráneos se han encontrado... (Text continues with details of the underground system)

En estos subterráneos se han encontrado... (Text continues with details of the underground system)

En estos subterráneos se han encontrado... (Text continues with details of the underground system)

En estos subterráneos se han encontrado... (Text continues with details of the underground system)

En estos subterráneos se han encontrado... (Text continues with details of the underground system)

En estos subterráneos se han encontrado... (Text continues with details of the underground system)

En estos subterráneos se han encontrado... (Text continues with details of the underground system)

En estos subterráneos se han encontrado... (Text continues with details of the underground system)

En estos subterráneos se han encontrado... (Text continues with details of the underground system)

En estos subterráneos se han encontrado... (Text continues with details of the underground system)

En estos subterráneos se han encontrado... (Text continues with details of the underground system)

En estos subterráneos se han encontrado... (Text continues with details of the underground system)

En estos subterráneos se han encontrado... (Text continues with details of the underground system)

En estos subterráneos se han encontrado... (Text continues with details of the underground system)

En estos subterráneos se han encontrado... (Text continues with details of the underground system)

En estos subterráneos se han encontrado... (Text continues with details of the underground system)

En estos subterráneos se han encontrado... (Text continues with details of the underground system)

En estos subterráneos se han encontrado... (Text continues with details of the underground system)

En estos subterráneos se han encontrado... (Text continues with details of the underground system)

En estos subterráneos se han encontrado... (Text continues with details of the underground system)

En estos subterráneos se han encontrado... (Text continues with details of the underground system)

En estos subterráneos se han encontrado... (Text continues with details of the underground system)

En estos subterráneos se han encontrado... (Text continues with details of the underground system)

En estos subterráneos se han encontrado... (Text continues with details of the underground system)



El sistema secreto aparece a la izquierda... (Caption describing the second photograph)

La primera gran síntesis del tema publicada por Héctor Greslebin en 1964, retomando su trabajo de 40 años atrás (La Prensa, 1964).

Los túneles están compuestos por dos ramales que se interceptaban a 90 grados y cuya proveniencia es desconocida. Estos se conectan con una habitación subterránea de 12,70 por 5,10 metros y de profundidad no definida, techada con bóveda de ladrillo. Por cierto esta obra no es de menor envergadura que las descubiertas bajo el Mercado del Centro y que ya describimos. Todos los túneles se hallan aproximadamente a un metro del nivel del piso, teniendo 1,10 de ancho, salvo el tramo este—oeste que mide entre 2 metros y menos de 1 en el otro extremo. La salida al este se pierde tras pasar debajo del vestíbulo y del primer cuarto del Cabildo, para doblar hacia el norte y quedar interrumpido, no sabemos si por no haberse seguido su búsqueda o debido al cimiento allí presente. En total son 66 metros de túneles; el extremo sur quedó destruido al trazar la Diagonal Sur y es posible que cruzara la calle en esa dirección donde hoy en día falta buena parte de lo que fue el edificio original. Recordemos que este edificio fue construido por el arquitecto jesuita Andrés Blanqui (o Bianchi) terminándose la obra en 1765, aunque había sido iniciada en 1725 (42). Como desarrollaremos más adelante, la factura jesuítica del edificio explica en gran medida la presencia de estas construcciones, aunque por otra parte su trazado abre varios interrogantes nuevos.

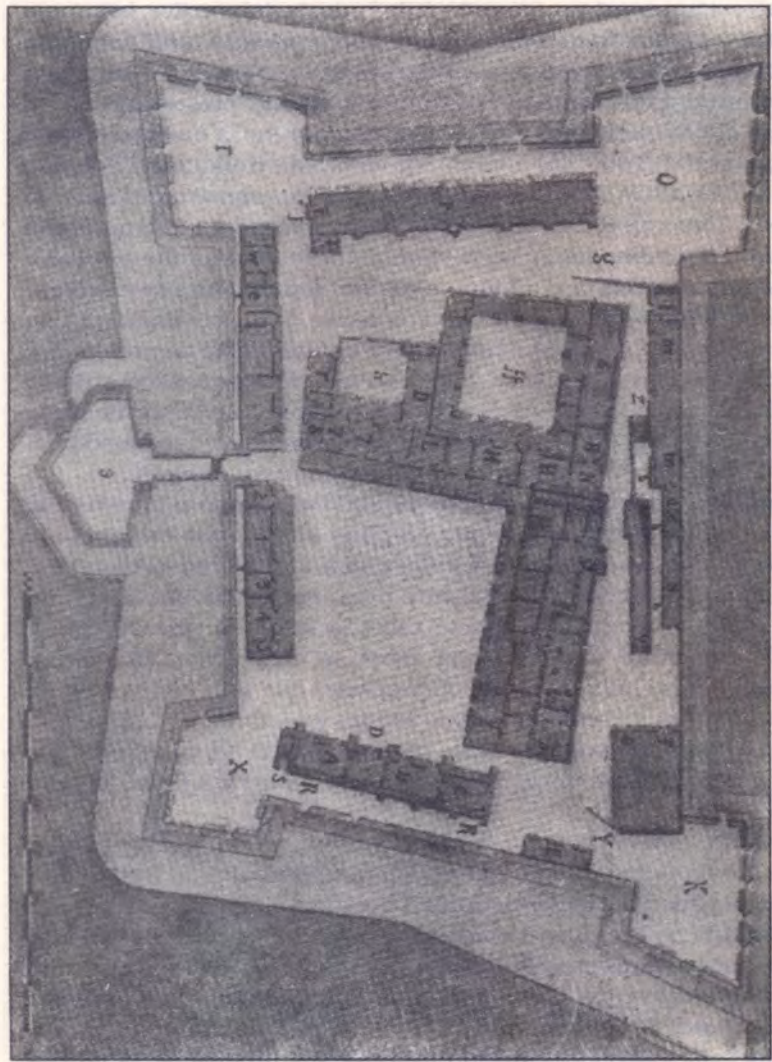
Cuarenta años más tarde escribiría Krieger, dándole aún más sabor al tema, que cuando se hicieron las excavaciones para la entrada del actual subterráneo que corre por Hipólito Yrigoyen, bajo la vereda del Cabildo, se encontró "en el fondo de un pozo negro, una bolsa de cuero conteniendo 30 monedas con la efigie de Carlos III". Desconozco otras referencias al hallazgo pero no deja de llamar la atención que sean las mismas monedas que las descubiertas en Plaza Lorea y que su número sea el bíblico.

Por último quiero traer a colación una tardía discípula de Udaondo que, en 1946, publicó un libro sobre San Ignacio (43) en el cual volvía a insistir en la inexistencia de los túneles. Escribió Stella Genovese-Oeyen que: "se ha conservado como una tradición, el que debajo de la iglesia existen subterráneos. Después de diversas perforaciones practicadas en el subsuelo de los alrededores de la Iglesia, y aún abajo de los cimientos de la misma, no se han hallado galerías. Solamente cámaras que sirvieron en otras épocas como depósito o sumideros".

Recuperando la memoria: 1957-1967

En 1957 se produjeron dos hechos que mostraban un cambio de actitud: por un lado se inauguró el nuevo Museo de la Casa Rosada hecho en el interior de los túneles descubiertos años antes, por otra parte Vicente Nadal Mora publicó en la vieja revista *Historia* un artículo nuevo (44). En él recopiló información antigua que incluía desde el dibujo de Burmeister de 1893 hasta los túneles del Cabildo sin olvidar los salones circulares de Bolívar 107. Pero además traía nuevos datos como el túnel bajo el actual Museo Etnográfico en Moreno 350 y el de la Asistencia Pública de la calle Esmeralda. Cometía algunas pequeñas injusticias, como el de atribuirse el descubrimiento de los túneles de la Manzana de las Luces pese al trabajo hecho mucho antes por Topelberg y por Greslebin; y cerró con la hipótesis indefinida de que “no sabemos con certeza para que sirvieron (...) más presumiblemente es que fueran, pues, comunicaciones secretas con un fin desconocido”. Respecto al túnel bajo la Asistencia Pública que había sido descubierto en 1931 —actualmente se encuentra bajo la plaza Roberto Arlt— posiblemente se remonte a los construidos en el siglo XVIII ya que el edificio original en el sitio era el viejo Hospital de Mujeres construido en 1774.

Dos años más tarde volvió sobre el tema Carlos Tero (45), quien por debajo del sensacionalismo barato de la presentación traía nuevos datos e incluso alguna hipótesis. Comenzaba citando los túneles de la Manzana de las Luces, del Cabildo, del Mercado Central, de Rosas y otros lugares comunes, para luego mencionar el descubrimiento de otro bajo la Catedral (primera y única noticia al respecto) e incluso hizo una atenta apología de Greslebin. Pero cayó en los errores de siempre: aseverar la existencia de los túneles de la casa de Rosas, atribuir los mechones de pelo del Mercado Central a las trenzas de los Patricios y dar otros datos nunca comprobados. Entre éstos habla de túneles descubiertos al hacer el subterráneo de Constitución a Primera Junta (no da ubicación precisa) que “parece unir” al Cabildo con Capuchinas uno de ellos, y el otro “llegaba hasta la Casa de Ejercicios”. El extremo a que se llegó es llamativo: se asumía al contrabando como la explicación final y planteó la existencia de una red suburbana gigantesca: incluía además de San Telmo, a Palermo y Villa Crespo. Pero como eso era poco, se aseveraba que en el túnel que unía San Ignacio con el Cabildo (¿quién había probado su existencia?) había celdas “con argollas adosadas a sus muros, como para sujetar prisioneros”, destinadas a los negros traídos de contrabando los que eran bautizados a escondidas en una capilla descubierta poco antes



Plano del Fuerte de Buenos Aires tal como lucía a fines de la colonia: en la parte posterior pueden verse parte de los túneles (V), una escalera para bajar a ellos (Z) y las construcciones conexas en la parte superior (M, N, d y b) [Archivo General de la Nación].

(¿sería lo que estaba bajo el Taller Dreysdale?). Todo esto, según el autor, era verdad, pero la falta de pruebas se debía a una confabulación montada para impedir que se publicaran libros sobre los túneles, como el de Outes. Para nosotros, más allá de la fantasía del escritor, bajo cuyo seudónimo se escondía al parecer un ingeniero que más tarde escribiría sobre el tema, la única confabulación era la de la ignorancia y la de una sociedad incapaz de comprender su propio pasado y preservarlo.

Otra noticia periodística que dio que hablar fue la que el diario *La Prensa* publicó en 1960 (46) informando acerca del hundimiento de una casa en la calle Chile 370. Era una de las viviendas construidas sobre el zanjón del Tercero del Sur y parece que sus cimientos cedieron por la humedad, derrumbándose, con lo cual la dueña de casa fue a parar a muchos metros bajo el piso. El municipio hizo reparaciones de emergencia y eso fue todo. Pero la noticia hablaba acerca de un lote lindero, Chile 378, donde el edificio que se estaba construyendo había destruido otra parte del túnel; más adelante se repiten errores clásicos como el atribuir a éste un fechamiento colonial pero identificándolo correctamente como el entubamiento del Tercero. También se informó que en el fondo del edificio de Defensa 735 había aún otro tramo, lo cual es cierto.

En el año 1957, ya hemos dicho, se abrió al público el Museo de la Casa de Gobierno, organizado por la Casa Militar con el objeto de dedicarlo a la historia de los presidentes que allí ejercieron su mandato. La bibliografía que se publicó es muy poca, nada más que guías del museo, casi sin información exacta sobre la fecha de construcción y objeto de esos túneles. Menos aún sobre su excavación, los objetos encontrados en su interior y las modificaciones que se le hicieron en su momento. De todas formas el trabajo se hizo y se abrió al público. A lo sumo los textos indicaban que había pertenecido a la Aduana hecha por Taylor y a que allí funcionó la Tesorería Real del Fuerte a fines del siglo XVIII (47).

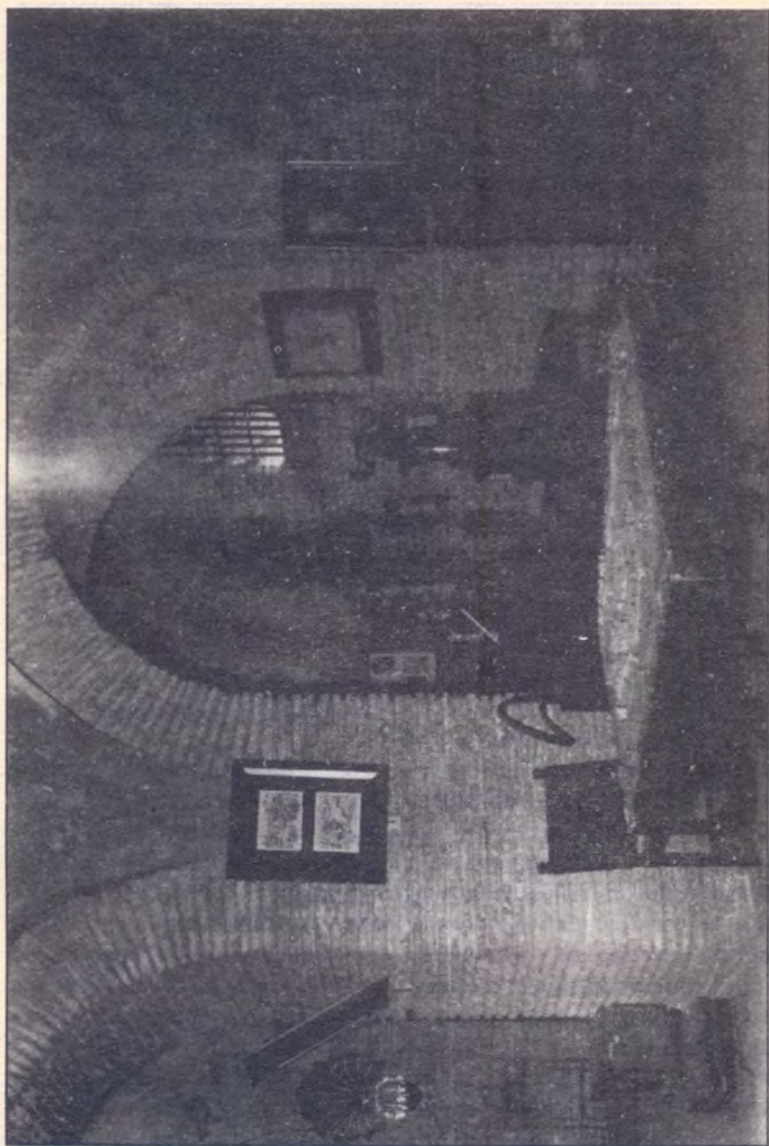
En 1964 volvió a la carga Héctor Greslebin, ya un hombre mayor, tras 44 años de su estudio inicial con Rómulo Carbia. En *La Prensa* (48) presentó un panorama general y armó su estudio alrededor de un plano de la Manzana de las Luces —simplificado del de Topelberg—, y de un plano de Buenos Aires en el siglo XVIII mostrando los edificios que unía esa red y dando una explicación en la que desarrollaba las hipótesis del contrabando y de la defensa. Además hizo un llamado a la preservación ya que incluso se había destruido parte de los túneles de la misma Manzana; luego identificó uno de los ramales, el denominado E, como el hecho por Centenach para dinamitar La Ranchería en 1806. También

incluyó lo descubierto en las décadas pasadas, dejando de lado muchos hallazgos que podían considerarse como sótanos u obras particulares. Y si bien hoy podemos hacer algunas críticas al trazado de su red, ya que peca de errores en especial en lo relativo al Cabildo y sus cercanías, fue un estudio serio, metódico, de lo que hacía falta en la ciudad ya que desde su trabajo inicial en 1920 no se había avanzado demasiado. Había un vacío que llenar de casi medio siglo. Se cerraba así una etapa de cambio en la cual el tema volvía a resurgir, incluso con un túnel preservado bajo la Casa Rosada, y se rescataban las viejas hipótesis sumándole nueva información. Se tendía un puente sobre un espacio abierto hacia 1930, un espacio vacío que nunca se logró llenar.

Volver a comenzar: 1967-1985

El mismo Greslebin marcó la nueva etapa al publicarse en 1967 la versión completa de su estudio sobre la Manzana de las Luces en los *Cuadernos del Instituto Nacional de Antropología* (49). No sólo era un merecido aunque tardío reconocimiento sino la primera vez que el tema tomaba un lugar dentro de la arqueología y la historia oficial. El trabajo compiló básicamente sus estudios de la década de 1920 más información posterior. Quizás lo más flojo haya sido la falta de documentación histórica, la que originalmente iba a ser estudiada por Rómulo Carbia, pero eso no quita méritos al autor. El mismo le dedicó un recuerdo al igual que a su oponente de muchos años, Félix Outes, quien insistió en la hechura reciente de los túneles.

El texto se inicia con sus propios recuerdos y andanzas por los túneles, para luego traer información sobre el Tercero del Sur, obra diferente y mucho más moderna, separándola así de la red jesuítica. El capítulo siguiente es una historia de la Manzana de las Luces desde 1661 cuando se instalaron los jesuitas. Luego comienza la descripción de cada túnel, sus recorridos, técnicas constructivas, accesos, ángulos, nichos, paramentos, bóvedas, relación entre cada tramo y muchos otros datos. Era un relevamiento minucioso y único, con ideas magistrales tales como la identificación de la función de los testigos de las bóvedas, o los pozos que interceptan el trazado, negando así la idea de Gallardo de que eran fosos defensivos. También asumió que el abandono del túnel bajo San Ignacio se debió a problemas técnicos por la composición del suelo. Completa el estudio una revisión de las hipótesis existentes: 1) sistema defensivo, 2) contrabando, 3) obra de saneamiento moderna, 4) unión de



8. Foto de los túneles bajo la Casa Rosada cuando allí funcionaba el museo (Archivo General de la Nación).

edificios religiosos, 5) funciones políticas o gubernamentales, mostrando que puede haber de verdad o mentira para cada caso. Fechó las obras como anteriores a 1780 y trató de presentar un esquema razonablemente claro del trazado original y sus puntos de origen y terminación.

Hay ciertos aspectos de ese plano que podemos discutir aquí en función de una relectura de la información existente. En primer lugar el túnel C se dirigía, según él, a la Casa de la Virreina. No hay ninguna prueba al respecto y esto es más que dudoso. Sabemos que la casa fue construida en 1782 por Pedro Medrano como vivienda privada y su nombre lo lleva sólo por haber vivido allí el virrey del Pino entre 1801 y 1804 y luego su viuda. No fue sede de poder alguno ni funcionó ningún edificio público durante la época colonial; es más, no existía en la época de los jesuitas. Al edificio le cupo la suerte increíble de ser demolido por el arquitecto danés M.F. Ronnow en 1909 (50), quien procedió a un relevamiento del edificio detallando cada moldura y cada herraje de puertas y ventanas. El mismo escribió más tarde acerca de ese edificio y parte de sus dibujos están ya publicados junto a la investigación hecha por Mario J. Buschiazzo en 1951 (51). Tras el estudio de la casa antigua Ronnow levantó en el lugar un edificio que aún existe; es obvio que si hubiera encontrado un túnel lo hubiera escrito en su trabajo, o en la correspondencia que más tarde mantuvo con Buschiazzo. Es más, al ser demolida la casa vivía allí Rómulo Carbia quien no hubiera dejado de citar eso en su artículo de 1920. Esto descartaría a la Casa de la Virreina como destino del túnel. Lógicamente esto no cierra el problema sino que lo abre nuevamente.

Otro error es que el ramal que se dirige al norte aparece terminando en la Catedral, previo paso por lo de Aguirre en Bolívar y Victoria. Es cierto que las cámaras circulares de Aguirre eran construcciones extrañas, pero bien vimos en las descripciones de época que no tenían conexión con túnel alguno, que incluso se excavó en sus costados tratando de buscarlos y que nada se pudo descubrir. Era una obra domiciliaria compleja pero aislada; nada llegaba o salía desde allí. Lo extraño es que Greslebin no aprovechara los túneles del Cabildo para esta hipótesis, lo que estaba publicados desde que los descubriera Benoit y por Nadal Mora en 1957. Juntando toda la información sería mucho más lógico pensar en esa unión que en otra. De todas formas tampoco hay pruebas ya que lo que pudiera haber existido entre ambos puntos conocidos ya ha sido irremediablemente destruido. También el ramal que sale del Cabildo hacia el este podía haber sido planteado en esta idea como dirigiéndose a Catedral o incluso al Fuerte. Esto tampoco podría demostrarse no solo

porque las calles ya han sido destruidas, sino porque toda la Plaza de Mayo fue excavada en profundidad para el Monumento al Centenario que, por suerte, nunca se pudo terminar.

Existe otro aspecto que Greslebin pasó por alto y que si lo hubiera pensado le habría permitido avanzar más: un plano que correlacionara los túneles con los edificios existentes encima, con el mayor detalle posible proyectando eso sobre los planos históricos. Esto le hubiera permitido fechar los túneles en relación con los cimientos, ya que acerca de lo construido encima hay documentación publicada bastante buena. Es mas, si los túneles pasan debajo de habitaciones o de pasillos, o de patios, es por alguna causa especial, ya que siempre se trataría de hacer el mínimo esfuerzo posible en la construcción; lo mismo nos diría la intersección con cimientos de diferentes épocas y su relación con el trazado. El ramal C evita a todas luces el interceptarse con cimientos ya existentes en la época, mientras que otros túneles fueron trazados con entera libertad. Solo muchos años más tarde se haría este plano, pero no se lo usaría con ese objetivo.

Casi simultáneo la revista *Todo es historia* publicó un artículo extenso de Jorge Larroca (52), dando a conocer la formación de una Comisión Municipal para estudiar el tema. Esa comisión estaba encabezada por el ingeniero Carlos Krieger y en la cual Greslebin fue dejado de lado por su edad. El artículo de Larroca presentaba el tema como un problema insoluble: reseñaba las viejas publicaciones de los diarios desde 1904 sin incluir nueva información ya que el autor nunca había visitado un túnel. Los datos eran muchos pero sin depurar y repitiendo los errores y lugares comunes ya clásicos. Casi de inmediato el historiador Ricardo Lafuente Machain incluyó una referencia a un túnel en Belgrano 450 (¿será 550?), construido según él en 1778 en la casa de los Montero de Espinoza, luego de Constanzó y "de las abadesas", aunque eso fue todo.

En 1971 se publicó el primer libro sobre túneles. Se trataba de un pequeño librito de edición privada escrito por Carlos Krieger (53) resultado de sus trabajos con la Comisión Municipal primero y por su propia cuenta más tarde. El título por cierto no ayudaba, salvo en lo comercial, ya que lo titularon *Túneles con misterio*, aunque más adelante aclarase que "lo narrado en este cuaderno no tiene nada de fantástico". El libro se iniciaba con una suscita historia del puerto y en ella se detallaban los motivos que podían haber hecho que una red de túneles uniera los edificios más importantes: el contrabando y la permanencia de negros esclavos, hipótesis que serán sustentadas a lo largo de todo el libro. La información histórica usada es amplia y recuerda los túneles del caso

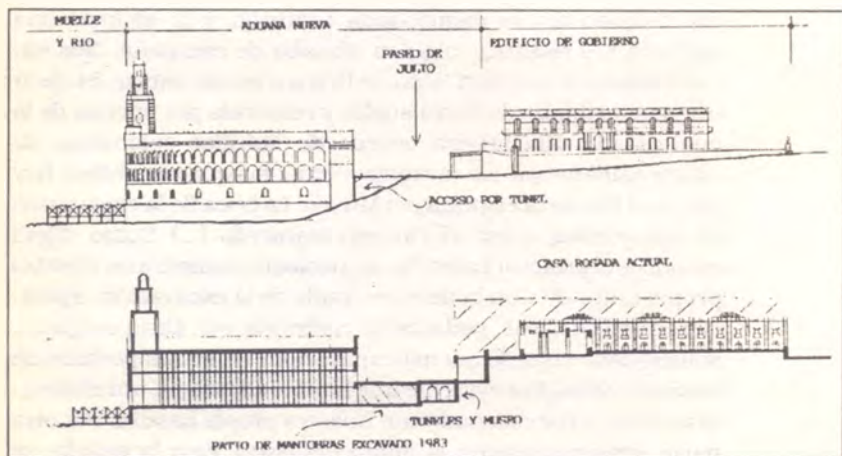
Stegman en la época de Rosas y el que ya entonces se diferenciaran los túneles viejos de otras obras más modernas. Luego continuó con la información que podemos llamar clásica, asumiendo así errores viejos y repetidos, como el de las trenzas de los Patricios, aunque agregó algunos nuevos datos.

La información nueva era producto de sus pesquisas en la zona céntrica: describió una cámara abovedada en Moreno 350 a la que logró descender y que se comunicaba a un túnel que según él llevaba a Moreno 330 y a otro lote baldío cercano. Allí descubrió dos pozos ciegos cegados en 1894. Por cierto el túnel de Moreno 330 no es tal, ya que se trata de una construcción de la década de 1880 para la instalación eléctrica del Laboratorio de Química de la Municipalidad, que dirigiera y creara Pedro Arata (54) y que conduce aún a los tableros eléctricos en cada sala. De todas formas el túnel bajo Moreno 350 es de gran interés, ya que el edificio tiene un lote extremadamente largo, mucho mayor que el del edificio vecino citado, por lo que si el túnel pasa por el jardín, tal como sabemos, es imposible que también pase por el lote vecino ya que la diferencia es de casi 20 metros. Hace poco se publicó una descripción de un visitante que aprovechó el hecho que Krieger y su comisión lo hubieran reabierto en 1968 (55):

“Con mucho más entusiasmo y curiosidad que ciencia, los habitués del Museo nos organizamos para bajar al túnel de contramano con la mencionada comisión, y lo hicimos una mañana (...) mientras alguien oficiaba de campana. Nos encontramos en un túnel lleno de tierra a medio vaciar, es decir un piso inclinado de tierra suelta y removida por encima de la cual existía una gruesa bóveda de ladrillos coloniales, de mayor tamaño que los normales, como los que se exhiben hoy día en el bar de la esquina del Museo. La boca de la excavación se encontraba sobre el cantero izquierdo (...) Como dijera entonces el profesor Lafón “la arqueología comienza en nuestro propio umbral” Con la tierra extraída de la excavación, aparecieron restos óseos, pedazos de cerámica, etc. Gran enigma... solucionado cuando además aparecieron algunos pedazos de calcos de yeso. Era evidente que había existido un hundimiento anterior y fue rellenado con nuestra propia basura. Por otra parte, exactamente en la mitad del patio, bajo la vereda, se localizó una cámara séptica de unos 18 o 20 metros de profundidad”.



La Aduana Nueva construida por Taylor: a su izquierda se ve el túnel curvo que conducía hacia la Playa de Maniobras, sistema de acceso original y por cierto único en su época (Archivo General de la Nación)



Ubicación de los túneles de la Casa Rosada en relación con la Aduana y el antiguo Fuerte (Cortesía H. Pando y M. Magadán).

Estos datos más las fotos publicadas por Krieger constituyen toda la información existente a la fecha.

Otra idea usada por Krieger es la hipótesis de Gallardo acerca del uso de los pozos, algunos de los cuales son atravesados por túneles. Sabemos que desde el siglo XVI se hicieron en todas las casas pozos de agua y para desagüe; cada vez que uno se llenaba simplemente se hacía otro al lado, por lo que en las excavaciones se hallan varios en el mismo patio. Tanto al cavarlos como al hacerse los túneles éstos se fueron interceptando. Cuando el pozo atravesó al túnel es posible ver cómo se aprovechó la existencia de éstos para ampliar la capacidad de desagote, y cuando sucedió a la inversa los pozos fueron tapados para que no impidieran el paso. No tiene sentido pensar en puentes levadizos como lo supuso Gallardo, menos aún cuando se trata de algo tan habitual como un pozo ciego o un aljibe. Krieger recuerda varios testimonios, algunos muy interesantes, como los que indican la existencia de túneles o de algún tipo de construcción subterránea en Independencia 735, en Venezuela 70 y algunos otros.

También fue importante haber destacado la existencia de las cinco grandes galerías de la calle Ayacucho donde funcionó el restaurant *El Lagar del Virrey* por tantos años. Estos fueron destruidos en 1985 al igual que la casa que había encima sin que nada pudiéramos hacer. En este caso tampoco coincidimos con el autor, ya que por lo que pudimos observar en la destrucción son del mismo sistema constructivo que el entubamiento del zanjón del Tercero del Sur, coincidiendo al parecer en dimensiones, sistema constructivo, tamaño de ladrillos y muchos otros detalles cuya descripción rebasaría la extensión de este libro. Según la información histórica se trataba de un sector deprimido en el cual se formaba una laguna que el municipio saneó por indicación de Torcuato de Alvear. Ni son coloniales ni salían al río, cuya orilla estaba a varias cuadras de distancia. De todas formas eran de incalculable importancia y su destrucción fue una pérdida irreparable.

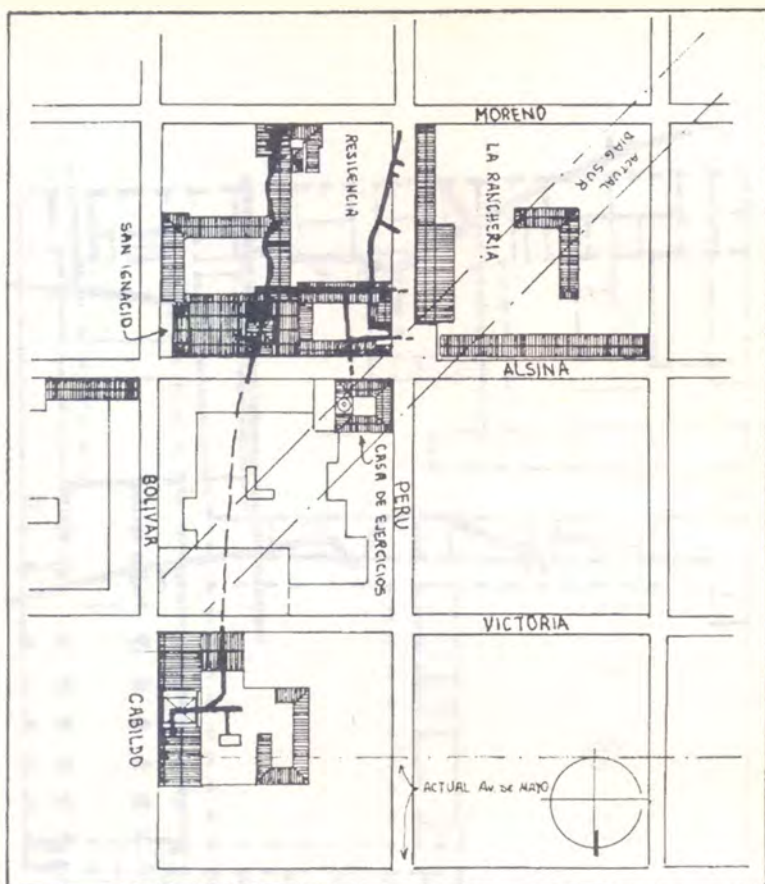
Para terminar con el análisis del libro de Krieger debo insistir en su importancia como apertura pública del tema y la toma de una postura clara dentro de las muchas posibles. Algunas de las debilidades mostradas fueron siendo cambiadas con el tiempo en nuevas publicaciones del autor. Lo que si lamentamos es que la Comisión Municipal nunca llegó a publicar resultados, lo que creó conflictos personales difíciles de superar. Larroca comentó estos pormenores en su artículo ya citado. Años más tarde se reeditó nuevamente (56) pero sin cambios. En 1982 se publicó un artículo de Federico Kirbus (57) quien asumió un plano

apócrifo como verdadero, atribuido a los jesuitas; en realidad tampoco era el plano mismo, sino una referencia a su existencia y a otros textos conexos. Ya he dicho que de ese plano he tenido en mi mano varias versiones con diferente letra y con errores graves de latín porteñizado. Creo que se trata del plano hecho en 1886 para engañar a los estudiantes del Nacional Buenos Aires del que ya hablamos, que con los años fue redibujado, ampliado o modificado una y otra vez.

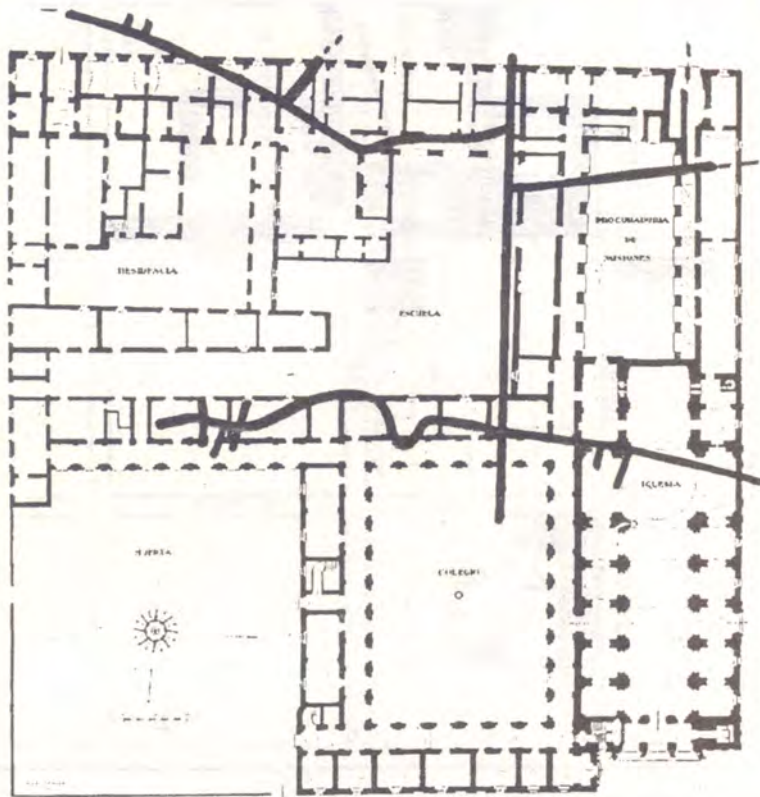
Otro aporte interesante en estos últimos años fue el artículo publicado por Carlos Scavo sobre la plaza Roberto Arlt y el viejo túnel de la Asistencia Pública que todavía existe (58). Si bien el texto se preocupaba más por la violencia urbana y era excelente en ese sentido, señaló la presencia del túnel en la plaza y su relleno con basura moderna. El haberse salvado el túnel, según sabemos se debió al interés mostrado por el ingeniero Krieger. Debemos recordar que esos terrenos fueron del Hospital de Mujeres y de la iglesia de San Miguel, ubicada en la esquina de Mitre y Suipacha. El que la Municipalidad haya preservado el túnel y no lo destruyera fue por cierto milagroso, aunque luego fue tapiado y ahora es inaccesible.

Fue en esta etapa cuando se reabrió nuevamente el túnel bajo el Colegio Buenos Aires que tanto había dado que hablar: en realidad se trata del fragmento que pasa por debajo de la Iglesia de San Ignacio y sus dos salidas laterales. Dado que no estaban precisamente bajo el Colegio, sino a un lado, se salvaron de ser destruidos como lo fue con el sector que quedaba a su lado y que muestran los planos antiguos. Se penetra a un lado del ex-polígono de tiro, por una puerta ahora en ruinas, y se le colocó una instalación eléctrica simple pero, por suerte, no empotrada. Actualmente presenta nuevamente problemas de derrumbe en la parte baja de las paredes provocado por el desecamiento rápido de la enorme humedad que tiene; este proceso es irreversible y necesitará rápidamente de una solución técnica adecuada, más ahora que es visitado por gran número de personas, lo que ha modificado el nivel del piso al apisonar la tierra de derrumbe de las paredes inferiores.

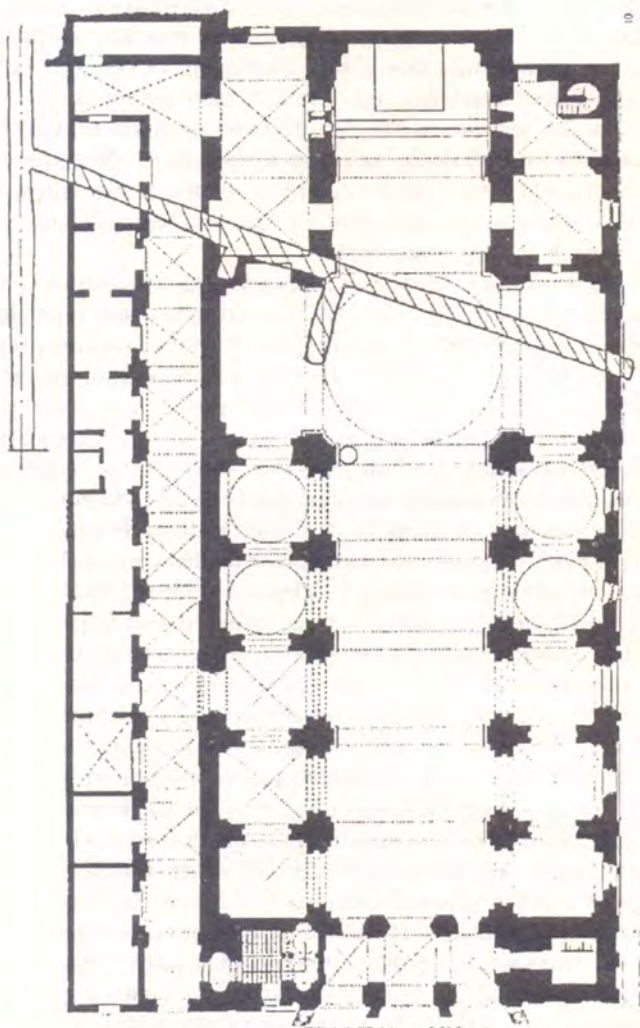
En 1983 hubo un trabajo interesante, parte del libro de Ruth Tiscornia titulado *La política económica rioplatense a mediados del siglo XVIII* (59). La autora incluyó un capítulo sobre los túneles donde planteó que éstos fueron obra de particulares con el objeto de entrar contrabando, incluyendo negros y que están fechados entre la mitad del siglo XVII y fines del siglo XVIII, en base a documentos históricos del gobierno de Pedro Esteban Dávila. Si bien el estudio sobre el papel del contrabando en la economía rioplatense es correcto, el mal manejo de la información



Plano de la Manzana de las Luces y otros edificios construidos por los jesuitas en el siglo XVIII, en su estado original. Se indican los tramos de túneles ya conocidos y el tramo de unión que nunca llegó a construirse (según Alberto de Paula).



Plano de la Manzana de las Luces tal como se hallaba a fines del siglo XVIII y el trazado de los túneles inferiores por debajo de los edificios ya existentes (plano Buschiazzo, trazado túneles Topelberg).



Planta de la iglesia de San Ignacio con la proyección del túnel inferior cruzando bajo la bóveda central. Este sector es hoy en día visitable desde el interior del Colegio Buenos Aires (dibujos originales de M.J. Buschiazzo y H. Greslebin).

sobre los túneles la llevó a varios errores; trabajó con fuentes secundarias y terciarias en este tema, básicamente con el libro de Krieger, repitiendo datos erróneos o nunca demostrados. Por ejemplo, las monedas de Carlos III de Plaza Lorea no fueron hallados en un túnel, sino en un edificio que había arriba de uno de ellos y desconocemos la relación temporal entre uno y otro; es más, tengo mis serias dudas sobre que éso haya sido verdad, por lo que es imposible usar ese dato para fechar la construcción de los túneles. Lo mismo ocurre con muchos detalles similares que le restan seriedad a un trabajo de esas características. Es decir que el hecho de que haya existido contrabando, no quiere decir que mecánicamente se pueda asentar que éste se hacía por los túneles. Más adelante veremos que esta hipótesis es hoy insostenible.

En síntesis, ese estudio fue un marcador historiográfico ya que por primera vez en un siglo se intentaba atribuir una función específica a los túneles en base a documentación histórica. Pero los preconceptos hacen tambalear la estructura construida. Por ejemplo, se asume que existe una red enorme con entradas desde el río, incluyendo obras que sabemos que son de épocas muy diferentes y que no tienen relación entre sí; hasta se incluyen construcciones que sabemos que son exentas, como simples pozos ciegos, que son considerados como parte de un todo interconectado. El que los documentos de la época de Dávila hablen de socavones como el hecho en el Fuerte, no permite extrapolar la situación a obras un siglo más tardías. Pensar siquiera que las calles Ayacucho y Las Heras estaban sobre el río y que por allí entraba el contrabando directo desde los barcos implica el desconocimiento de la topografía histórica de la ciudad. El error estuvo en asumir una postura acriticamente, en buscar una explicación lineal, mecánica, para un fenómeno heterogéneo. Es así que la conclusión que “por esos sombríos conductos dominaron los imperialismos de la época, los que deformaron y aniquilaron la economía nacional”, queda como una idea más, pero está aún muy lejos de ser demostrada.

Mientras tanto en la Manzana de las Luces comenzó a funcionar una nueva comisión que intentaba hacer algo diferente: rompiendo la inercia burocrática se trataba ahora de restaurar algunos túneles y abrirlos al público. Sin entrar a discutir la calidad de las obras, se logró la apertura de un par de tramos que ahora son visitables para el público. Es de lamentar que no haya habido un estudio arqueológico y que lo que se rescató no fue nunca publicado, ni planos ni fotografías que avanzaran sobre lo hecho por Greslebin medio siglo antes. Se editaron dos folletos, uno de ellos con una sola página dedicada al tema, con errores y reproduciendo el plano de Greslebin sin ninguna nota crítica o de



Una de las cinco galerías subterráneas de la calle Ayacucho, la más archaica, al ser demolida en 1985 (C.A.U.).



Otra de las galerías, en este caso se observa su longitud total al ser retiradas las obras modernas para su destrucción (C.A.U.).

actualización (60). El otro folleto parecía estar dedicado íntegramente al tema, pero se comete el mismo error de siempre: se usan fuentes de segunda y hasta de tercera mano con lo que los errores cometidos son numerosos. Era una oportunidad única para hacer aportes nuevos y hubiera sido suficiente una descripción rigurosa de lo que se tenía entre manos y lo que se estaba haciendo. En los dos años siguientes la Manzana de las Luces publicó dos libros dedicados a su historia que significaron un esfuerzo importante. El primero de ellos, al describir la iglesia de San Ignacio (61) incursiona brevemente en su subsuelo, citando a Krieger, a Greslebin y a Tiscornia, y asumiendo como posibles las explicaciones del contrabando y de la defensa. El segundo tomo incluye dos eruditos estudios históricos de Guillermo Furlong (62) y de Alberto de Paula (63), los que si bien no profundizan el tema por no ser éste el motivo de su trabajo, aportan datos para clarificar su época de construcción y posiblemente su trazado. Volveremos sobre ellos más adelante.

El período se cierra con el último trabajo publicado por Carlos Krieger (64) y que quizás sea su obra más importante, titulada simplemente *Los Terceros*. Aquí el autor muestra todo lo que había avanzado desde su libro anterior; la publicación del artículo fue motivado por nuestro trabajo de excavación en Defensa 751, tal como el autor indica. El texto reseña la historia de los Terceros, su trazado, incluye planos inéditos hechos en la Municipalidad y, fuera de toda fantasía, hace un estudio acabado del tema. Se cierra así un período de mucho trabajo descriptivo, de mayor información, de emprendimientos cada vez más importantes, pero sin lograr romper ni con la tradición historiográfica a la que está amarrado rígidamente, ni con la metodología misma de estudio. Pero se abrieron las puertas para una etapa diferente.

No tiene sentido el reseña otras publicaciones hechas a partir de la mitad del decenio pasado, que continúan repitiendo las mismas viejas historias, los resabidos mitos y los errores eternos. Son de cierto muchas y muestran un nuevo auge de este tema; es mejor no cansar demasiado al lector con esto.



Una extraña construcción ladrillera hecha por Eduardo Taylor para el nivel inferior de la Aduana Nueva a mitad del siglo XIX. Es probable que éste y otros tramos paralelos se conserven aún bajo Plaza Colón (Archivo General de la Nación).

III

El estado actual del conocimiento de los túneles

El capítulo precedente nos ha permitido conocer lo que se sabía y lo que no se sabía sobre las construcciones subterráneas hasta la mitad de la década de 1980. El camino recorrido era de más de un siglo y lo que se había dicho y escrito desde que hablara sobre esto el jefe de policía de Rosas, hasta la posibilidad de visitarlos en la Manzana de las Luces, era enorme. También era grande el número de errores, lugares comunes, equívocos y hasta mentiras blancas que los autores fueron repitiendo sucesivamente hasta el cansancio. No vamos a insistir, pero fue necesario pasar por el filtro cada referencia, cada cita, para poder ubicarnos en el lugar preciso en el momento adecuado. La segunda mitad de ese decenio posibilitó un proyecto alternativo: la arqueología urbana iría a producir el cambio necesario (65). Los proyectos de arqueología en Buenos Aires no tomaron en su inicio el tema de los túneles sino como una parte más de lo que existía bajo el suelo; eso quizás evitó la contaminación bibliográfica y permitió una relectura más minuciosa. Es así como se hicieron varias excavaciones en sitios que tenían pozos diversos, túneles de variada índole, visitándose una larga serie de edificios que los tenían o que se decía que los tenían. El resultado de los trabajos hechos entre 1985 y 1991 es lo presentado aquí.

El estado actual del problema se centra en los graves errores de lectura que presenta la bibliografía: si los historiadores oficiales no hubieran sido tan reacios a tratar este tema y si los historiadores barriales hubieran sido más concienzudos, mucho se hubiera aclarado antes. Por ejemplo, a lo largo del siglo se fueron publicando documentos históricos de gran valor que pasaron desapercibidos para unos, o fueron mal

interpretados por otros; muchos simplemente no los leyeron. Valgan al respecto dos de ellos que considero de enorme valor, ya que explican y fechan dos grupos de túneles. Son hasta la fecha los textos más importantes y casi nadie había reparado en ellos. El primero fue publicado por Enrique Peña en 1910 en el tomo I de su colección de *Documentos y planos relativos al periodo edilicio colonial de la ciudad de Buenos Aires*, e incluye la tasación de las obras del Fuerte hecha en 1667. Allí dice textualmente:

“El Silo

— Un silo devaxo de tierra dentro del castillo para encerrar grano que tiene doze pies de ancho y veinte de alto con su bóveda y escotillón en que entraron treze mill ladrillos que a guarenta pesos millar montan quinientos veinte pessos	520	
— ciento y diez fanegas de cal a quatro pesos montan quatrocientos y quarenta pessos	440	
— el escotillón se tasso de madera y hechura en veinte pessos	020	
— quarenta dias de travaxo a un maestro arvañil a tres pessos son ciento y venite pessos	120	
— otros quarenta dias de un official ayudante a pesso	040	
— diez peones cada día para abrir el socavon y ayudar á dar los materiales a quatro reales hacen docientos pessos	200	
— de sustento para ellos a cada tres dos reales son veinte y cinco pessos	025	
	<hr/>	10 365
		=1365

Este documento trae información más que suficiente sobre la hechura de una parte de los túneles de la actual Casa Rosada.

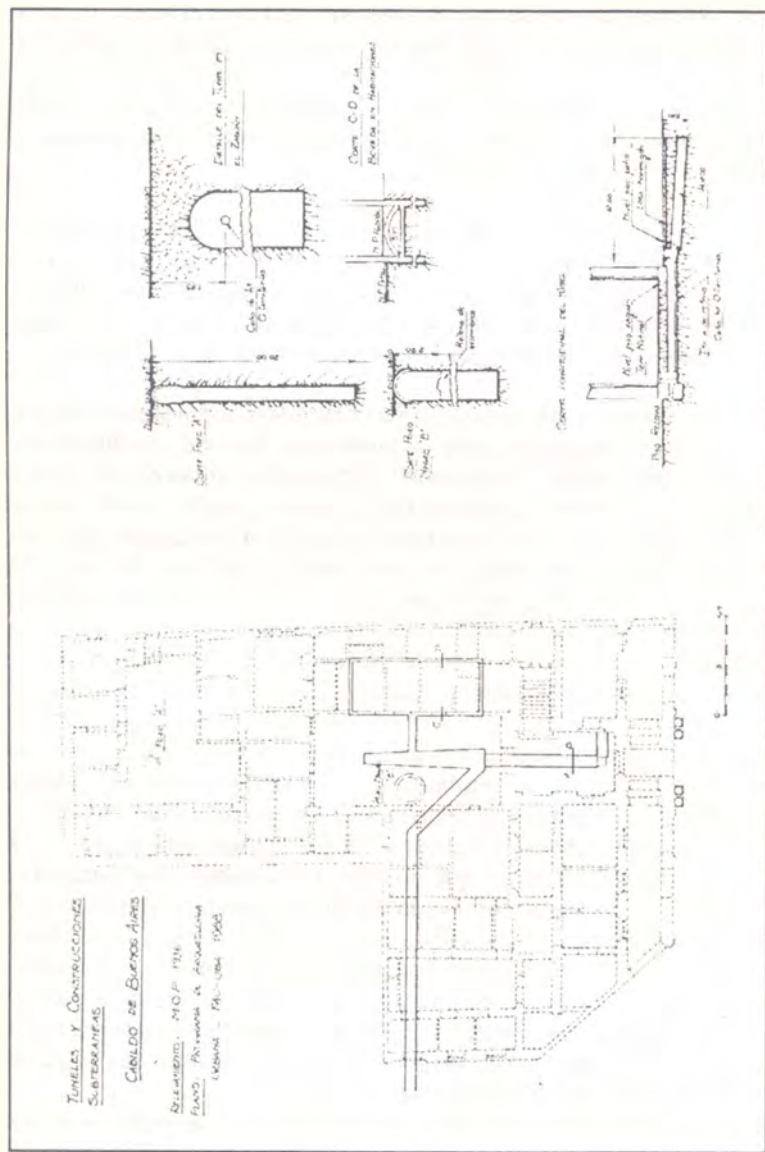
Otro caso más grave aún, ya que se trata de un documento publicado en varias oportunidades por dos de los más importantes historiadores de nuestra arquitectura, como Guillermo Furlong y Mario J. Buschiazzo, trae una excelente descripción de un túnel proyectado por Juan Kraus para hacer bajo la nave de San Ignacio. Lo interesante es que los citados historiadores intentaron interpretar este documento, conclu-

yendo que debía tener relación con alguna obra no hecha o luego modificada, sin pensar que se hablaba de un túnel bajo el suelo, no una obra por encima de él. Se trata del Manuscrito 6200 (66) de la Biblioteca Nacional en el cual el Provincial Antonio Garriga escribió en 1710 sobre el hermano Kraus, a cargo de las obras. Recordemos que Kraus había llegado de Bohemia en 1699 y antes que en Buenos Aires había trabajado en Córdoba, Santo Tomé y Yapeyú:

“15. En orden al pasadizo que se discurrió hazer en el cañón de la Iglesia se estará a lo que dijere el Ho. Jun. Cruz, y assi se hara o dejara de hazer segun su dictamen; asi para que no se pierda tiempo y trabajo en pocas de poca monta, como tambien pa. ge. este sin embarazo el suelo de la fabrica”.

Debemos recordar que para 1710 la obra nueva todavía no se había iniciado ni se había excavado para los cimientos. Es más, el edificio fue el resultado, según parece, de adicionar partes construidas en diferentes momentos y luego unificadas bajo un proyecto más amplio. De allí que la idea de Buschiazzo de que este documento hablaba de “alguna demolición para facilitar los trabajos” no tiene mucho sentido. Es más, el documento aclara que “el pitipié o planta ge. se ha de seguir la remitire firmada de mi mano pa. ge. cuanto antes se ponga en execucion”. Es decir que ni planta había. No es difícil asumir que Kraus había propuesto hacer un túnel a lo largo del cañón (forma habitual de llamar a la bóveda) de la nave y que esto no fue bien visto por el Provincial, que lo consideró una pérdida de tiempo y pensó que podía incluso entorpecer el trabajo; en sus palabras, para “que este sin embarazo el suelo de la fábrica”, forma habitual de nombrar al piso del obrador de la construcción. De todas formas dejó todo en manos del arquitecto. No es posible saber ahora si el túnel existente bajo el edificio y que no llega a atravesarlo por completo, es el de Kraus o no. Greslebin opinaba que no pudo terminarse por problemas de composición del suelo, lo que no deja de ser una buena interpretación. Pero también podría tratarse del otro tramo de los túneles, el que corre paralelo a la nave todo a su largo pero por afuera de la pared. Si bien tienen direcciones diferentes, éste último estaría más cerca de lo que parece decir el manuscrito original. Es una cuestión que seguirá siendo una incógnita por el momento.

Existe por cierto otro texto de interés: se trata de las *observaciones sobre la defensa de Buenos Aires, amenazada de una invasión española al mando del Tte. Gral. don Pablo Morillo, conde de Cartagena*, publicado



Plano de los túneles y obras subterráneas descubiertas bajo el Cabildo en 1936 cuando aún se conservaba buena parte del edificio original (M.C.B.A.).

en 1865 (67). En ese detenido estudio sobre estrategia militar, Carlos de Alvear hace un minucioso análisis de los posibles sistemas defensivos de la ciudad e incluye el tema de los túneles. En primer lugar asume la misma postura que mucho tiempo antes estableció Martínez de Salazar (en el siglo XVII), que implicaba que ante un ataque enemigo la ciudad era indefendible; los habitantes debían abandonar Buenos Aires, hacer tierra arrasada y refugiarse en las afueras hasta que llegaran refuerzos. La idea de esconder a la población —esto incluye cámaras subterráneas— era absurda ya que implicaba quedar encerrado sin escapatoria posible. Por otra parte debía organizarse un sistema defensivo alrededor del área central establecido en las terrazas, uniendo las manzanas entre sí sólo por puentes y no por túneles. Es más, para evitar que los invasores atacaran “por medio de la zapa y mina” planeaba hacer una gran zanja a cielo abierto rodeando la ciudad para que los túneles de invasión quedaran al descubierto de llegar a hacerlos: “la calidad del terreno sobre el que está edificado Buenos Aires (...) facilita mucho el uso de las minas, que se pueden emplear con muy buen éxito (...) Así, es preciso emplear las minas contra los enemigos y estar prevenido sobre lo que podrán intentar para atravesarlas”. Es decir que para Alvear no existían túneles defensivos aún o los que había no podían ser usados para la defensa efectiva.

Otro tema que la relectura de la bibliografía ha mostrado es que la creencia habitual acerca de que *todos los túneles forman una red* bajo la ciudad, no tienen ningún asidero; sí hay un núcleo de ellos, sin duda jesuíticos, en el centro y algunas obras de otras épocas en otros sitios de la ciudad, y muchas obras aisladas producto del ingenio o interés de particulares, pero cualquier generalización es no sólo errónea, sino peligrosa. Vimos que hubo quienes llegaron a hablar de una red que llegaba a Villa Crespo, Palermo y Flores.

El otro punto es el de la cronología, ya que al haberse asumido que todos los túneles eran contemporáneos, se hizo imposible romper con la imagen de los jesuitas como excavadores de miles de túneles y obras bajo la ciudad, durante los años que estuvieron en el virreinato. Hay obras bien fechadas hechas desde el siglo XVII hasta el XX y es necesario estudiar cada caso por separado para no caer en errores metodológicos gruesos. Si alguna conclusión podemos adelantar es que existen construcciones subterráneas de diferentes épocas y hechas con diversos objetivos.

Lo mismo sucede con la funcionalidad: las hipótesis esgrimidas desde siempre se pueden reducir a: 1) contrabando, 2) defensa o escape

de piratas o indios, 3) intercomunicación de conventos e iglesias, 4) intercomunicación de edificios públicos, 5) cárceles, sitios de tortura, depósitos de armas, entierros en vida, obviamente achacados a la época de Rosas, 6) encierro de negros esclavos entrados ilegalmente, 7) otros más exóticos: bautismos ilegales, tribunal inquisidor, escape de novios, 8) *fuga de tiranos*, 9) tesoros, 10) acciones militares: invasiones inglesas, ataques a Rosas. Lo que resulta increíble es que por lo general no se citan las construcciones bajo tierra más obvias y comunes en la ciudad: el Censo de 1887 indica que había en ese momento 7623 casas con sótano en las 33804 viviendas existentes, es decir en más del 22%. Tampoco se recuerdan las complejas obras subterráneas que se hacían en las casas y comercios para aljibes con o sin escalera de acceso, pozos de balde, pozos ciegos, cisternas, pozos de decantación, cavas, despensas, albañales, heladoras o lugares para mantener carne, sótanos para mercaderías especiales, sótanos para criar hongos comestibles, sótanos enfriadores de cerveza, máquinas semisubterráneas industriales, entradas de carbón o agua, túneles para conductores eléctricos y una variada gama de otras cuestiones, necesarias o no, que luego iremos viendo. Era habitual tener un lugar para depositar las grandes tinajas para decantar agua y quienes saboreaban vinos finos necesitaban cava para guardarlos. Por supuesto hubo túneles privados que unían una casa con otra pero fueron hechos por personas con fines hoy imposibles de conocer, sin embargo por lo visto hasta ahora fueron los menos. Esto obliga a tener en cuenta una larga gama de variables antes de adjudicarle a un túnel o construcción subterránea una explicación determinada.

Es posible recordar también que los túneles más comunes en América Latina son los que se conocen como *galerías filtrantes* y que en México y Perú se cuentan por cientos. Comunes a las zonas semiáridas o de tierras sin agua superficial, son usadas como ríos subterráneos artificiales para conducir agua hacia barrancas naturales y así poder aprovecharla. La bibliografía sobre este tema, de tradición oriental y luego española, es enorme.

De los objetivos habituales en la historiografía el del contrabando es el que ha sido más usado. Sin negar que alguna vez pudo haberse usado una obra de este tipo para ello, creo absurdo suponer que tal haya sido su función original. En primer lugar debemos tener en cuenta que Buenos Aires, aún en la época de la expulsión de los Jesuitas era una ciudad muy chica, donde todo el mundo se conocía y en la cual era imposible hacer obras secretas de alguna envergadura. En el siglo XVIII toda la ciudad no tenía más de 20 cuadras de extensión. Si aceptáramos que los túneles

forman una red muy importante esto implicaría docenas de esclavos trabajando y acarreando tierra en carros, cocineras para hacerles la comida, sitios para que éstos pudieran vivir y darles misas, el manejo de gran cantidad de alimentos y ropas, además de herramientas. A nadie se le escaparían esos trabajos en el siglo XVIII. Bien podrían pasar desapercibidos en la construcción de los grandes conventos e iglesias, ya que en el movimiento general esto podría no notarse, pero eso implica, tal como pensamos, en un proyecto originalmente establecido tal como la carta del Provincial Garriga hace suponer.

Regresando al contrabando, la ciudad era pequeña, sin murallas y sin vigilancia alguna, salvo por lo que los mismos vecinos podían ver y escuchar, y la falta de puerto y la imposibilidad de tocar costa frente a la ciudad, a excepción del Riachuelo, hacía imposible descargar bultos directamente en la boca de un túnel. Aún hoy en día es necesario dragar los canales de acceso al puerto y la única forma anterior de arribar al muelle o a la costa en el centro era con carros de ruedas altas que penetraban hasta 3 o 4 mil metros de la costa. A toda lógica es más fácil pensar en que el contrabando era desembarcado en costas más accesibles al sur o al norte de la ciudad y luego transportado en carros o depósitos suburbanos. Carlos de Alvear en 1822 entendió esto y enumeró los sitios de aguas muy profundas: la Ensenada de Barragán, Las Conchas, Punta Lara, Los Olivos, Los Quilmes y Punta de Piedras.

La entrada de mercaderías a la ciudad debía ser lenta para evitar suspicacias. Incluso tampoco era posible atiborrar la mercadería importada un comercio o pulpería por la obvedad misma. Era físicamente imposible tener túneles que salieran a las barrancas de la costa en pleno centro urbano, como pensaban Tiscornia y Krieger; era más sencillo amarrar en el puerto actual de Olivos, o en Quilmes, o en cualquier otro sitio. La novela *Amalia* escrita mucho más tarde, en 1840, cuando había una estrecha vigilancia en la ciudad, nos muestra la facilidad con que las barcazas que venían del Uruguay desembarcaban pasajeros a pocos kilómetros al norte o al sur de Buenos Aires. Sólo suponer que cientos de esclavos entraban por esos oscuros pasadizos, o se los mantenía allí en silencio, cuando el país completo era un desierto, escapa a cualquier razón. El tema tomó otro sentido para épocas como 1934, cuando se descubrió al grupo de contrabandistas ya citado; evidentemente la situación era diferente.

De lo que no cabe dudas es que los túneles tienen diferentes objetivos y fueron construidos en épocas distintas. No tiene sentido seguir en la búsqueda de una única explicación, ya que no existe. Es un

fenómeno heterogéneo y sólo puede ser explicado de esa manera. Esto permite asumir que:

- 1) La única red que existe es la jesuítica, que ocupa la Manzana de las Luces y unas pocas manzanas cercanas.
- 2) Incluso esta red original tiene intervenciones posteriores.
- 3) Existen en esas mismas manzanas otras construcciones subterráneas hechas con posterioridad y que nada tienen que ver con aquella inicial
- 4) El objetivo primario era unir los edificios de dicha orden y quizás algunos otros construidos por arquitectos jesuitas aunque con funciones civiles (Cabildo)
- 5) Ese proyecto nunca fue concluido.

Una idea que no fue analizada es que la red troncal inicial fue modificada en varias oportunidades y con propósitos diferentes. Greslebin insistió en que un tramo de ésta fue hecho por Setenach (o Centenach) para dinamitar el cuartel de los ingleses en La Ranchería. La cisterna, si eso era, que descubrió Burmeister a fines del siglo pasado, aparenta ser de principios de ese mismo siglo y el supuesto túnel bajo la Sala de Representantes no ha sido más que un pozo ciego (68). Todo esto permitiría suponer que hubo intervenciones tardías, con diferentes propósitos, que se sumaron a la red inicial. Asimismo la cisterna que se encuentra en el patio de la Procuraduría de las Misiones, excavada pero no publicada, no es más que eso: una cisterna de aljibe con su bóveda rota y un pozo a su lado; al parecer es la misma que vio Burmeister en 1893.

Por lo que hasta ahora se conoce puede reconstruirse con cierta facilidad el trazado de la red jesuítica, casi sin dudas, construido por los arquitectos de la orden como Blanqui, Kraus, Primoli y otros que ejercieron en la época. Todos son fechables entre 1710 y 1767 aproximadamente. La galería A pasa por debajo del cuerpo de construcciones ubicadas en dirección norte—sur al centro de la manzana y bien dice Greslebin que debió ser la primera construida. Es evidente que evita cimientos preexistentes y tras cruzar el ramal B se dirige directamente hacia el sur. Es posible por su dirección hacia el norte que haya sido planeada para llegar al Cabildo, obra de Blanqui y cuyo túnel hemos visto que termina en dirección coincidente. El que nada se haya encontrado entre ambos edificios es buena prueba de que nunca llegó a terminarse.

El tramo D corre directamente hacia la Casa de Ejercicios Espirituales de Nuestra Señora del Buen Consejo, construida por Blanqui y

Schmidt entre 1729 y 1752. Era un edificio con capilla importante, ubicado en la esquina noreste de Perú y Alsina y fue demolida al abrirse la Diagonal Sur.

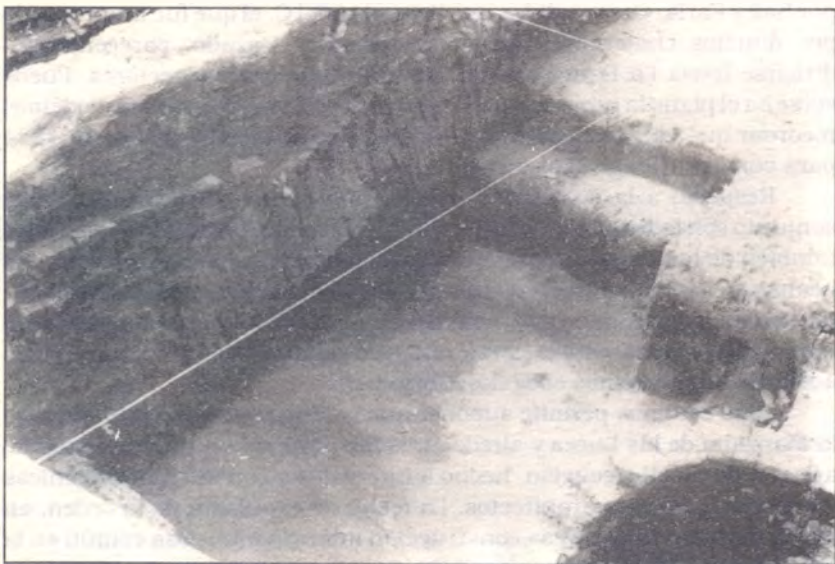
El túnel B que corre de este a oeste por debajo de las galerías de la Procuraduría de Misiones y del claustro de la iglesia es una obra hecha en el sitio preciso donde ningún cimiento podría interrumpir su trazado. El sector que va al oeste es posible que se dirija a La Ranchería, otra obra jesuítica construida en la década de 1730, aunque su arquitectura era por cierto muy pobre. Recordemos que precisamente en esa manzana se levantó mucho más tarde el Mercado del Centro, que tanto diera que hablar a principios de este siglo. Si alguna de las cisternas allí descubiertas no fue hecha para el mismo Mercado, o para la empresa de electricidad que allí funcionó, bien pudo ser parte de obras del siglo XVIII.

El destino del ramal este del túnel B nos es desconocido, ya que su mitad fue destruida al construir el Nacional Buenos Aires. La dirección es la de la cercana iglesia de San Francisco, pero nuevamente no hay pruebas de haberse construido o que ese haya sido el destino verdadero. Solo debemos recordar que la orden tenía un grupo de Casas Redituantes en la esquina de Bolívar y Alsina con frente a esa misma calle, construidas por Saá y Faria. Otras salidas que tiene el túnel C, el que fue interceptado por muchos cimientos y de allí su peculiar trazado, parecen todos dirigirse hacia La Ranchería también, aunque a otros sectores. Puede verse en el plano la proyección de éstos y los edificios de la época. Podemos recordar que La Ranchería fue desalojada como cuartel militar en 1821 para construir luego el Mercado Central.

Respecto a la posibilidad de que uno de los túneles uniera este conjunto con la Residencia de Hombres, en la calle Humberto Primo, obra también de los arquitectos jesuitas, podemos decir que las excavaciones hechas en 1991 no dieron resultado. Se hallaron otras obras interesantes, como un gran aljibe y se logró desentrañar el supuesto misterio de la *pared hueca* de la capilla, pero ninguno de ambos era un túnel. Más adelante analizaremos esos descubrimientos.

Todo esto nos permite suponer que la obra jesuita de esta red bajo la Manzana de las Luces y alrededores fue parte de un proyecto amplio, aunque de difícil ejecución, hecho a intervalos y con diferentes técnicas y criterios e incluso arquitectos. La fecha de expulsión de la orden, en 1767, marca el final de esa construcción intermitente, cosa común en la arquitectura de la época —también San Ignacio se hizo por partes—, quedando finalmente interminada. Otros más tarde la usaron, modificaron, destruyeron o alargaron en muy poco más.

El resto de las obras céntricas descubiertas son, básicamente, construcciones privadas comunes en la época, casi exclusivamente del siglo XIX: cisternas de variadas dimensiones, sótanos complejos, túneles privados y cortos, túneles para instalaciones sanitarias y eléctricas, cavas, aljibes, pozos para basura y, por supuesto, un par de complicadas estructuras de difícil interpretación pero sin conexión con otras cercanas o lejanas. Los entubamientos de arroyos, como los Terceros, son obras tardías del siglo pasado y no tuvieron otra función que la de canalizar agua de lluvia hasta que quedaron anulados con el Proyecto Bateman de obras sanitarias. Los túneles de Casa Rosada son independientes de cualquier otro trazado u obra, fueron construidos en el siglo XVII con un propósito determinado y luego fueron rehusados por Taylor en su Aduana Nueva. Si bien en su extremo sur son interceptados por el actual Ferrocarril del Oeste subterráneo, no hay comunicación alguna entre ambos.



Arco de cimentación en San Telmo fechado hacia 1860. Este tipo de construcción ha dado lugar a muchas malas interpretaciones como entradas a túneles.



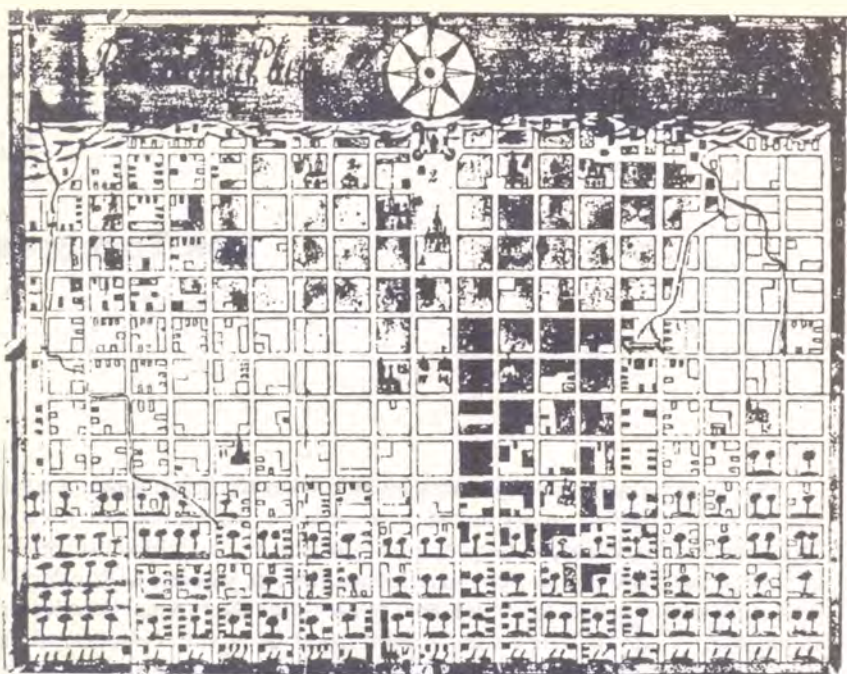
Una de las galerías de la Manzana de las Luces desde el corte de un cimiento hasta su intersección con otro tramo perpendicular (Revista Cabal).

IV

Los Terceros

La topografía de Buenos Aires ha sido vista tradicionalmente como plana; a lo sumo se acostumbra a recordar la barranca del río que separaba el *alto* del *bajo*. Pero el área céntrica es concebida como una superficie siempre plana. Por cierto nunca fue así, y desde la Fundación de la ciudad hasta casi fines del siglo pasado, las barrancas, desniveles, elevaciones y cambios de relieve fueron parte de la vida cotidiana de la ciudad, en especial los *zanjones*, es decir los lugares en que por las lluvias se formaban torrentes naturales que desaguaban al río. Estos zanjones eran conocidos como *los Terceros* o por nombres más específicos como los de *Tercero del norte*, *Tercero del medio* y *Tercero del sur*. Las zanjas mismas tenían nombres propios ya que cada uno de esos arroyos estacionales poseía a su vez varios ramales más o menos profundos. Existían así los de *Matorras*, de *Goyo*, del *Hospital* y un sinnúmero de variantes; el Tercero del Sur tenía a su vez un *Primero* y un *Segundo* y así sucesivamente según su orden desde el centro. Afuera del centro estaban los arroyos más grandes, como el Maldonado, el Vega, el Cildañez, el Medrano y varios otros cuyos nombres los llevan aún las calles bajo las cuales están entubados.

Esto provocaba que la ciudad usara un sistema de desagüe superficial, por el cual el agua de lluvia corría por las calles orientadas de norte a sur llevándola hacia las zonas bajas, por donde los arroyos que corrían de éste a oeste la desaguaban al río. Recordemos que Garay fundó la ciudad en un sitio alto, actualmente Plaza de Mayo, con buenos desagües hacia sus lados. Nunca pensó que la ciudad iba a rebasar los límites físicos impuestos por la propia topografía, es decir, los Terceros. Este



Plano de Buenos Aires cuando aún se conservaban a la vista los Terceros al sur y al norte del casco fundacional, limitando así el crecimiento urbano.

sistema traía un sinnúmero de inconvenientes, incluidas las periódicas inundaciones de las zonas bajas. Según Florian Paucke en 1748 "ninguna de las calles de la ciudad está pavimentada de piedra; el piso es de pura arena, despaseado en las afueras de la ciudad y lleno de pozos que la lluvia ha excavado" (69). Muchísimo más tarde, en 1866, la Municipalidad informaba que "el zanjón de la calle Defensa se encuentra en la actualidad en un estado de insalubridad peligroso para la salud del vecindario. Las aguas detenidas se encuentran en completo estado de descomposición, llegando a tal grado es imposible pasar por aquellas inmediaciones sin sentirse molestado por las miasmas corrompidas que se aspiran" (70). Eran habituales las crecidas que llegaban a ahogar a peatones y jinetes.

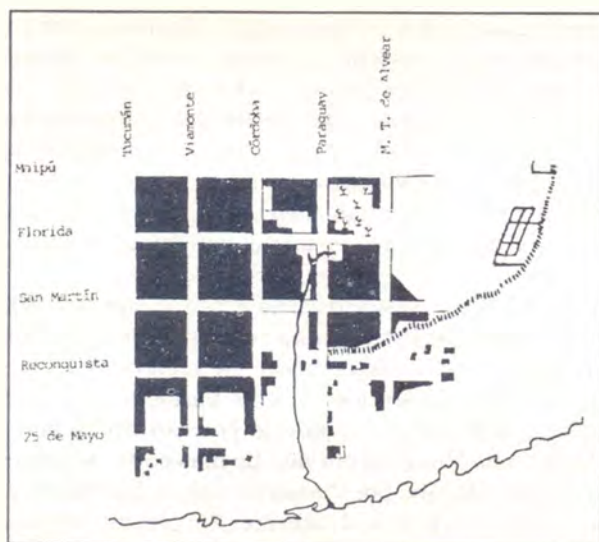
Muchos proyectos e intentos por modificar la situación quedaron en nada: los vecinos por su propia cuenta hicieron represas, levantaron sus terrenos, se construyeron puentes; pero las crónicas de la ciudad están

llenas de anécdotas sobre los problemas que a diario se creaban. En 1862 la Municipalidad tenía que retirar a diario carros de barro y basura acumulada a los pies de los puentes: “se ha sacado (...) de las calles de los Estados Unidos y Comercio todo el barro que se junta en las cuadras inmediatas a los puentes” (71) y “se ha desagotado el pozo y zanjón de la calle Defensa habiendo sacado todas las inmundicias que había” (72). El camino *del bajo* abierto para las carretas lo fue precisamente por los impedimentos que tenían para cruzar el zanjón en la zona sur de la ciudad.

El Tercero del Norte o *Manso* corría desde lo que hoy es Corrientes y Larrea, cruzaba parte de lo que ahora es Barrio Norte, pasando por Las Heras y Bustamante para desembocar en Libertador a la altura de Austria. Su recorrido era sinuoso y tenía varios brazos menores que venían desde las quintas cercanas que poseían áreas más bajas. El tercero del Medio o *de Matorras* era mucho más corto: se originaba en la actual Plaza Lavalle y bajaba por Viamonte, Suipacha, Maipú y Paraguay para tener su salida bajo la actual calle Tres Sargentos, creada para darle cabida al entubamiento.

El Tercero del Sur o *de Viera* o *de Matorras* o *del Hospital* nacía en la zona posterior de Plaza Constitución y corría por tres brazos principales para unirse, dos de ellos en Estados Unidos y Bolívar, y con el tercer ramal en Defensa y San Lorenzo, para bajar por la reducida manzana que queda entre San Lorenzo y Chile. Justamente el zanjón entubado pasa por debajo de esa manzana peculiar encerrada entre las calles citadas, Defensa y Balcarce. Este fue el zanjón que más problemas trajo y el que, por la cantidad de agua que arrastraba, mas desastres causó a la población.

Fue justamente la necesidad de impedir las constantes inundaciones lo que motivó a la Municipalidad a proyectar su entubamiento mediante grandes túneles de mampostería. Esto permitía financiar las obras mediante la venta de los lotes que quedaban en las manzanas ahora liberadas de ese problema. Y pese a los muchos cambios de timón, eso fue lo que se hizo entre 1860 y 1870, lentamente, incluso terminando las obras de los últimos tramos cerca de 1880. Lo increíble de ese emprendimiento es que, si bien fue útil, en realidad su futuro estaba ya marcado por su propia ineficiencia porque al ser un proyecto aislado de una propuesta global de sanidad, el proyecto Bateman de 1877 lo canceló. La propuesta de los ingenieros ingleses se basaba en desagües rectos, no curvos como éste, que bajaban paralelos entre sí. Eso hizo que para fines de la década de 1880 fuera inutilizado y poco más tarde



El Tercero del Medio y su curso original según un plano de 1817; nótese como la urbanización fue adaptándose a su curso.



El Tercero del Sur en la parte principal de su recorrido, bajando por la actual calle Chile después de haber unido sus dos ramas mayores, en 1817.



El Tùnel del Tercero el Sur durante su excavación interior en 1986, al final puede verse el muro de cierre que limita el lote del vecino hecho después de su clausura.

rellenado en partes (73). Los edificios modernos lo fueron cortando en tramos, hasta que para fin de siglo era sólo parte de un recuerdo que se iba perdiendo. Hemos visto en los primeros capítulos de este libro como los sucesivos derrumbes permitieron descubrir esos túneles y las diferentes reacciones que hubo frente a ellos.

También en los mismos años en que se construyeron esos entubamientos hubo obras menores auxiliares, aunque no por eso menos impactantes al verlas hoy en día. Los documentos de la época de Torcuato de Alvear están llenos de referencias a rellenos de lagunitas o zonas inundables en el radio urbano; y en algunos casos a abovedamientos para recuperar el nivel del suelo y poder lotear los terrenos. En Ayacucho al 1600 sucedió eso y hasta hace pocos años ahí eran vistables cinco enormes bóvedas, 4 paralelas y una transversal, destruidas en 1985. Incluso funcionó en su interior un restaurante por muchos años, aunque la decoración había transformado el lugar en *colonial* colocándole incluso una especie de molino de madera y otros aditamentos. Lo interesantes es que el sistema constructivo es idéntico al de los zanjones, incluso las dimensiones de las bóvedas. Arriba existía una casa que también fue demolida. Esos túneles cubrían buena parte de la manzana y algunos edificios nuevos como Vicente López 1452 edificado en 1977 se hicieron destruyendo partes importantes de esa obra subterránea. Sobre Las Heras, bajo la Comisaría 17 hay aún un tramo conservado. Creo que no vale la pena insistir en que esas galerías no estaban cerca del río y no fueron por lo tanto usados para desembarcar contrabando, tal como lo plantearon algunos autores anteriormente.

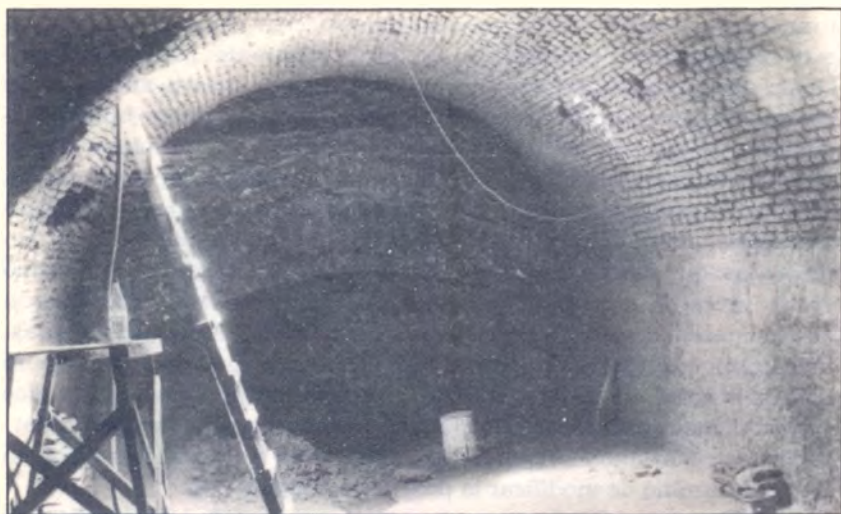
Entre fines de 1986 e inicios de 1987 tuvimos la oportunidad de estudiar con detenimiento un tramo del Tercero del Sur, en Defensa 751 (74) lo cual ya hemos publicado en varias oportunidades. Se trataba de la casa que construyera Vicente Gregorio Mouján simultáneamente con el entubamiento del zanjón, y que descansaba sobre construcciones menores del siglo XVIII. Esto nos dio la posibilidad de descubrir la bóveda completa, por fuera y por dentro, observar el sistema constructivo con detalle, y a la vez, recuperar el material de relleno con que fue cegado a fin de siglo. Más tarde, en 1989 y en 1990 tuvimos la oportunidad de excavar en el interior de la antigua Imprenta Coni, en Perú 680, donde encontramos una de las orillas del zanjón (75) y se logró nuevamente estudiar la ocupación del terreno antes de su relleno.

El proyecto concreto se inició cuando John Coghlan presentó en 1859 la idea de construir un túnel—acueducto para el Tercero del Norte, que fue aceptado por la Municipalidad el 15 de octubre (76); el prespues-

to acordado fue de \$410.000 para su construcción. Con eso se abrió una serie de proyectos y contraproyectos que los diferentes gobiernos municipales llevaron adelante durante más de 25 años. Todavía en el *Informe* elevado por Torcuato de Alvear en 1886 se informaba del rellenado de 5 cuadras de las calles Chile, México y Piedras para terminar con el problema. La construcción de esas obras no fue sencilla, ya que aunaban la iniciativa municipal con la de los propietarios de los terrenos que eran reloreados. Sería imposible describir las peripecias que tuvieron los proyectos, que fueron discutidos largamente y que su dirección cambió varias veces de arquitecto o ingeniero. Por suerte todos ellos fueron profesionales de gran prestigio, lo que garantizó la calidad de las obras. Valga como ejemplo el Tercero del Sur, proyecto iniciado por Otto Armin y Enrique Hunt en abril de 1861 (77), un año más tarde se unió a ellos Nicolás Canale, más tarde hubo modificaciones introducidas por Eduardo Taylor y Mariano Moreno; luego Ebelot; Kuhr y Benoit, hasta que en 1870 se terminó de modificar la propuesta original (78).

El Tercero del Sur fue el que tuvimos la oportunidad de estudiar con detalle: se trata del descubrimiento de un tramo comprendido dentro de lote de Defensa 751 y que próximamente quedará abierto al público. La historia de ese sector es interesante ya que fue parte del proyecto iniciado por Armin y Hunt y que más tarde fuera tan transformado. Básicamente consistía en varias cuadras de un canal de corte rectangular, piso casi plano y una bóveda de medio punto hecha en ladrillo. Se había calculado para que la parte superior de la cubierta tuviera el mismo nivel del piso de la casa que, simultáneamente, se construyó encima. La propuesta presentada en 1862 al intendente decía que: "1) Se debían hacer primeramente los dos conductos principales, el uno que corre por la calle de Chile y el otro por la calle de la Independencia desde el río hasta llegar a la altura de la calle Bolívar (...), 2) Que siendo este punto el más infestado por encontrarse la confluencia de los dos desagüaderos en la manzana que tiene por calles las de Chile, Independencia, Defensa y Bolívar, es el primero y más importante punto que se debía tratar". Es interesante observar los estudios técnicos que los especialistas llevaron a cabo y compararlo con lo descubierto.

En la *Memoria del Honorable Ayuntamiento* de 1887 el intendente podía usar las siguientes palabras: "si se recuerdan los inmensos perjuicios que sufrían los habitantes de las calles por donde pasaban los antiguos Terceros y sus inmediaciones, cuando se producía una lluvia un poco más fuerte que las ordinarias, puede perfectamente valorarse los beneficios que esas obras han reportado, puestas en función de una



Túnel del Tercero del Sur bajo la calle Defensa, conservando su piso y paredes de cemento y la bóveda de ladrillo, tras ser excavado en 1987. Al fondo la pared medianera superior es sostenida por un enorme arco de mampostería que atraviesa el cauce.



Otro sector del túnel del Tercero del Sur en el lugar de bifurcación de su bóveda en la calle Chile; aún permanecía inundado en 1960 (Archivo La Prensa).

manera poco acabada. La seguridad de que no se habían de repetir luctuosos accidentes (...) con motivo de las inundaciones (...) dio ánimo a algunos propietarios para construir buenos edificios en esos sitios; y en el transcurso de poco tiempo ha podido verse levantar suntuosas moradas donde antes sólo se encontraban tapias o casuchas inhabitables. El valor de las tierras en las calles por donde atravesaban los Terceros y sus inmediatas era inmensamente menor que las del resto de la ciudad, aunque se tratase de los parajes más centrales. Hoy esa diferencia en el precio de las tierras no guarda, en manera alguna, la misma proporción que antes, si existe ella, está en una relación prudencial. Las obras construidas antes de 1877 han producido pues dos grandes beneficios: la de impedir las inundaciones y valorizar la propiedad". Es evidente el que se estaba tratando de justificar la enorme inversión hecha en el Tercero del Sur y que quedó inutilizado muy pocos años más tarde; pero eso es ya otra historia.

La obra en sí misma fue hecha a partir de una primera excavación del lecho del zanjón hasta darle el perfil establecido y la inclinación necesaria. En los sectores estudiados se observó que ésto fue mayor que la vertiente natural y en las excavaciones se notaron los sitios en que fue cortada la tosca para darle cabida al entubamiento. Luego se construyó el piso y las paredes verticales, todo ello recubierto de cemento. El piso tenía doble pendiente hacia el centro y una ligera canaleta en ese lugar para facilitar el drenaje de basura. El ancho es de 4,50 metros y la altura máxima es de 3,50 metros. Encima de las paredes verticales se apoyó una bóveda de medio punto hecha totalmente de ladrillo sin revocar, construida sin duda con cimbras de madera que iban trasladándose a medida que avanzaba la obra. No hubo ventilaciones, respiraderos ni accesos originales. Los que se hicieron posteriormente, rompiendo la bóveda, estaban en su época prohibidos y los litigios producidos por esa contravención abundan en la documentación municipal. También hay descripciones de las limpiezas periódicas que era necesario hacer y que resultaban en ocasionales hallazgos de todo tipo que pasaban a los diarios.

La bóveda fue construida después de paredes y piso y fue hecha por partes, es decir que cada tramo correspondiente a cada lote fue hecho por separado. Esto provoca uniones burdas, rellenas con pedacería unida con cal; asimismo se aprovechó eso para producir los quiebres necesarios para la curvatura, la que en realidad se logró uniendo tramos rectos cortos. El problema más grave lo significó el de las medianeras, ya que indefectiblemente la cimentación de éstas debía cortar los túneles. Presentamos la fotografía de la unión entre dos lotes la que se solucionó

mediante un arco de grandes dimensiones y donde los ladrillos trabajaban como dovelas formando un arco vahído. Esto sin duda no debió haber sido aprobado por los ingenieros constructores, ya que de haberlo hecho hubieran aceptado reducir la capacidad del túnel en más del 50% de su volumen. Es evidente que resistió porque estaba hiperdimensionado y el agua nunca chocó contra el arco del cimientó; en realidad todo el túnel lo estaba.

Tras terminarse la construcción, los espacios que quedaban entre la bóveda y el terreno natural fue rellenado usándose la tierra proveniente de la excavación. Esto no sólo se pudo reconocer por la consistencia de la tierra misma, sino por su contenido cultural al quedar la estratigrafía invertida. Por ejemplo, en los niveles superiores se encontró cerámica del siglo XVI e indígena contemporánea a la época de la Fundación, que a todas luces venía de las orillas originales del zanjón (79).

El túnel dejó de funcionar al construirse el nuevo sistema de Bateman en las décadas de los 80 y 90, por lo cual fue rellenado con escombros y basura; los edificios construidos encima con posterioridad pudieron ya romper los tramos que quedaban en sus lotes. Lo recobrado en el interior del sector estudiado reportó miles de piezas o fragmentos de ellas, que iban desde ropa y zapatos hasta vajillas y botellas enteras, lo cual ya ha sido publicado (80). Es interesante destacar que también encontramos las herramientas mismas usadas para acarrear materiales de relleno, como las palas, los baldes o sus manijas rotas.

Los brazos del Tercero que no fueron entubados se rellenaron completamente. En ese caso observamos en Perú 687, bajo la Imprenta Coni (91) una de las orillas originales. Esta tenía material cultural muy temprano sobre su superficie, mostraba evidencias de uso intenso durante el siglo XVIII, pero luego había sido cubierta por una capa de unos tres metros de alto de materiales de relleno típicos de fin de siglo.



Un descubrimiento casual: la legendaria pared hueca de la Capilla de Nuestra Señora de Belén, colindante con la iglesia de San Telmo (obra jesuítica del siglo XVIII), tras ser explorada resultó ser sólo un vano tapiado.



Un sector del Tercero del Sur antes de ser entubado, en la esquina de San Juan y Chacabuco según el Catastro de Pedro Beare (1862).



Túnel del Tercero de Sur debajo de la casa de Chile 370 que muestra las uniones entre los tramos de cada etapa de construcción en una de sus curvas (Archivo General de la Nación).

Cisternas, pozos y aljibes*

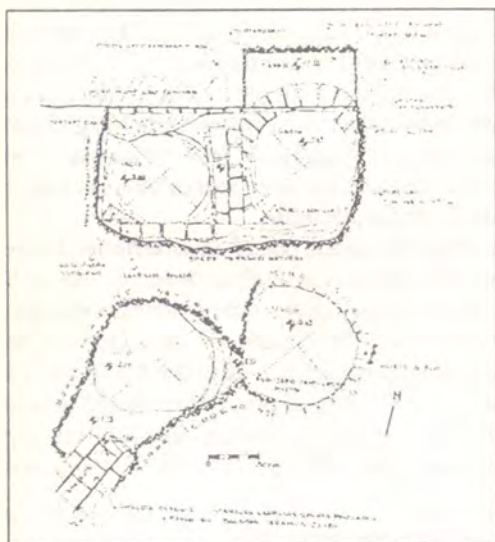
Desde que se fundó la ciudad el acceso al agua potable fue un problema serio; pese a la cercanía del Río de la Plata, su agua era oscura y debía dejarse decantar antes de ser usada, para lo cual se usaban grandes tinajas de barro colocadas en lugares frescos. Son muy conocidas las historias de los aguateros que distribuían el líquido en los hogares porteños. Pero las familias necesitaban agua en mayor cantidad para la vida cotidiana, por lo cual se hicieron comunes los pozos excavados hasta la primer napa freática; el problema de ese agua es que era salobre, dura e imposible de usar para beber. Recién en el siglo XIX tardio se descubriría también que estaba muy contaminada por la cercanía de los pozos *ciegos* o *negros*. Wilde escribió en 1881 que el agua que se usaba “de los pozos de balde cuya profundidad varía de los 18 a las 23 varas, es por lo general salobre e inútil para casi todos los usos domésticos” (82). Gran parte del esfuerzo de los *higienistas* del siglo pasado fue precisamente el reemplazar ese agua por otra potabilizada artificialmente.

Esos pozos *de balde* como eran llamados por el característico balde con que se recogía el agua desde el fondo, se excavaban desde el siglo XVI a mano, mediante los poceros, expertos que aceptaban ese terrible trabajo. En general tenían una vara de ancho pero en el siglo XIX se hicieron más comunes de un metro, lo que no quita la posibilidad de encontrar pozos de mayores dimensiones. El tamaño era el mínimo necesario para que una persona pudiera subir y bajar y excavar en el interior. Es habitual ver excavados en la tierra los escalones usados en su hechura. Estos pozos

* Este tema fue tratado en el volumen I de esta colección en cuanto a sus sistemas constructivos, en especial en las instalaciones sanitarias.



Excavación de los aljibes del Museo Histórico Nacional en 1988, en Parque Lezama, obra típica del siglo pasado.



Plantas a diversas alturas de los dos pozos del Museo Histórico y el albañal que le conducía el agua desde un patio (dibujo Marcelo Magadán).

atravesaban la capa de humus y rellenos de la superficie y luego penetraban en la tosca arcillosa. La parte superior, habitualmente hasta el borde de la tosca, se enladrillaba para evitar los derrumbes —luego por obligación municipal—, y el muro superior era conocido como *brocal*. Estos eran de mampostería y en el siglo pasado llegaron los de mármol italiano; los baldes colgaban de roldanas sostenidas por arcos de hierro con mayor o menor trabajo artesanal (83). Los pozos hasta la segunda napa recién comenzaron a ser excavados con las herramientas traídas por Santiago Brevans (84) con las que comenzó a excavar en 1824. Si bien ese primer proyecto fue un fracaso tras tres años de excavar en profundidad, no obstante demostró que el sistema era bueno y logró que se hicieran comunes esos pozos sólo un poco más tarde. En el Fuerte se excavaron varios los que en 1667 fueron descritos con sus brocales, al igual que el “pozo de San Pedro” de “14 estados” de profundidad que hubo que excavar para suplir al anterior “que se había cegado” (85).

La profundidad de los pozos variaba según la altura del lugar en relación a la napa y los había desde 6 metros hasta 14 y 15 metros en sectores como el centro o Parque Lezama, de mayor altura relativa. Recordemos algunas noticias sobre pozos muy profundos como el ya descrito de 1909 en Belgrano 550 y que tanto diera que hablar. En algunas ocasiones los pozos llegaban a variar su forma: cuando la ciudad se densificó se hicieron comunes los pozos ovalados y los dobles, incluso la conjunción de ambos de tal forma de poder usar uno sólo para dos casas a la vez, pasando la medianera por el medio del agujero. Otros ampliaban su capacidad mediante perforaciones en el fondo, ampliaciones laterales, excavando cámaras o uniendo uno con otro más viejo a su lado. Veremos luego ejemplos de cada uno de estos. En algunos casos de mucho lujo se llegaba a revestir todo el tiraje con ladrillos, pero era poco habitual. El Censo de 1887 indica que en la ciudad habían 20787 casas con pozos, 9019 con aljibes y 8817 con agua potable; aún había 2539 que carecían de agua. Para 1904 ya no había ningún pozo funcionando, salvo 800 aljibes, a excepción de los inquilinatos donde aún quedaban 193 pozos y 23 aljibes en uso. El uso de los pozos fue prohibido en la Capital Federal por Decreto del 12 de marzo de 1894.

El segundo tipo de pozo era el llamado *aljibe* o *cisterna*, y que muchas veces se lo confunde con el pozo de balde ya que desde afuera se veía también sólo un brocal con un balde. En este caso se trataba de una cámara subterránea, construida con mampostería de ladrillos, revocada y con piso de baldosas, cubierta por una bóveda, donde se guardaba el agua de lluvia que era conducida desde las terrazas y los patios. El agua

bajaba por caños de hojalata verticales y por *albañales* horizontales que desembocaban sobre las paredes de la cisterna. Habitualmente había un pozo menor al centro para la sedimentación del polvo. Era común la presencia de escaleras para descender, las que una vez llenado quedaban sumergidas. La bóveda tenía un agujero central para sacar agua y un agujero lateral para la entrada de los caños verticales. Las dimensiones fueron variadas, llegando a tener 10 metros de largo y 7 de alto, y al verlas vacías y con escaleras de acceso crearon muchos mitos y leyendas sobre habitaciones subterráneas. Fueron un invento del siglo XVIII y los primeros, como el de Basavilbaso pasaron rápidamente a la historia.

Para terminar con estas obras para agua debemos recordar los *pozos ciegos, negros o de absorción*, usados para desaguar las aguas servidas derivadas de baños, cocinas y lavaderos. Esos pozos eran excavados de la misma manera que los de balde con mampostería en la parte superior, pero se los cerraba con una cúpula de ladrillos que sólo tenía una boca de acceso para el albañal. Era habitual hacerlos directamente bajo el *común* o letrina del patio. En el siglo XIX hubo muchos intentos de evitar el olor nauseabundo que emanaban, con caños con cierres diversos, pero nunca llegaron a ser eficientes. En algunos casos se los revistió de ladrillos pero estos quedan siempre con la junta abierta para facilitar la absorción. Cuando uno se llenaba simplemente se excavaba otro a su lado, habiendo miles de ellos en el centro de la ciudad. Era habitual que se tirara basura dentro de ellos lo que impedía su buen funcionamiento y los llenaba rápidamente. A diferencia de otras obras similares hubo muchos pozos de éste tipo hechos con base cuadrada o rectangular o adaptándolos al espacio disponible.

Las excavaciones han mostrado casos mixtos en los cuales se usó pozos de un tipo para otra función diferente a la original, agrandándolos, uniéndolos a otros cercanos, colocando canales o albañales entre uno y otro y una variada gama de alternativas que hoy hace difícil comprender su uso. También la capacidad del terreno, el nivel en que aparecían los nódulos arcillosos, los cambios de la napa con la lluvia, eran conocimientos manejados por los poceros que los decidía a introducir cambios en el modelo básico de los pozos.

Entre la variedad de estos pozos podemos citar los *pozos de basura*, eran éstos simples excavaciones de forma cuadrada o rectangular en los cuales se echaba basura de diverso tipo, y al parecer se la quemaba. Desconocemos citas bibliográficas pero se han hallado algunos ejemplos interesantes. Más adelante se describen los encontrados bajo las Galerías Pacífico. Asimismo algunos pocos de San Telmo mostrarían esta costum-

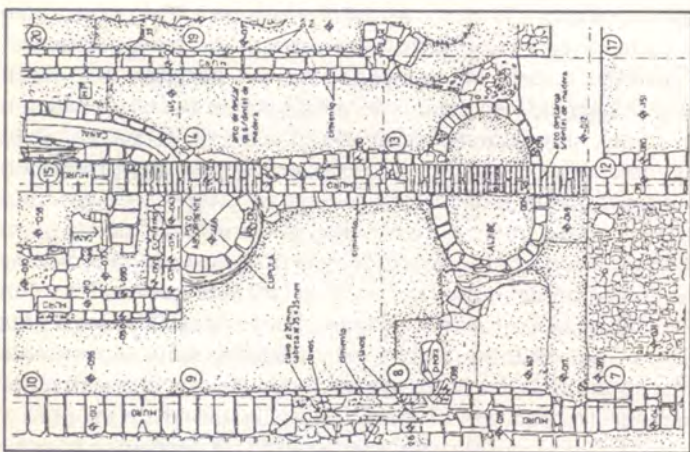
bre poco habitual y bastante malsana por cierto, quizás conexas con edificios no usados como viviendas.

Los aljibes del Museo Histórico Nacional:

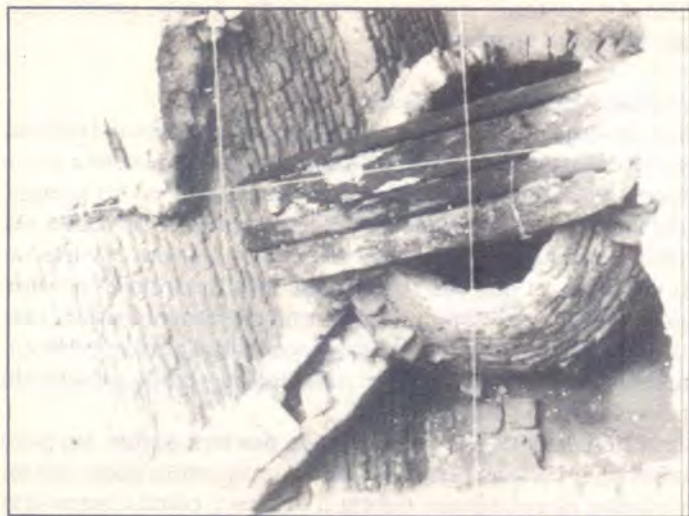
En 1986 se produjo el hundimiento de una parte del piso del edificio del Museo Histórico Nacional en Parque Lezama, dejando a la vista parte de pozos antiguos. Poco más tarde procedimos a excavar en su interior ya que a simple vista aparentaba ser una construcción no ortodoxa del siglo pasado (86). El problema grave aquí era que esos pozos estuvieron alguna vez en un patio, el que fue cerrado en 1924 usándose durante mucho tiempo como Sala del Paraguay. El hundimiento lo provocó una filtración en una rejilla con cañería de esa época lo que aflojó el relleno. La excavación, debido a lo inestable de los contrapisos y pisos, no se pudo profundizar más allá de los 4 metros.

La construcción descubierta está formada por tres partes: un pozo vertical recubierto con ladrillo, otro a su lado simplemente excavado en la tierra, una bóveda de cañón que cubría a ambos y como anexos dos albañales y el arco de soporte del muro medianero cercano. Este complejo se mantuvo entero hasta hace poco, cuando al instalar la calefacción se rompió la bóveda, destruyendo así el equilibrio de toda la estructura y facilitando la rotura de la instalación de 1924. Este es un excelente ejemplo del uso mixto y del reuso de pozos diferentes.

El pozo recubierto de ladrillo parece ser el más antiguo y el de mejor calidad, y debió ser un pozo de balde de mucha profundidad debido a lo alto del terreno en el Parque Lezama; su diámetro es de 1,50 metros y sólo fue revestido en los lugares donde la tosca presentaba irregularidades. Estaban en perfecto estado los escalones en las paredes. En algún momento fue transformado en una cisterna mediante la simple adición a otro pozo a su lado, simplemente excavado en la tierra, al cual llegaban dos albañales con el agua del patio y las terrazas. Se hizo una protección entre ambos para impedir el derrumbe y luego se cubrió todo con una bóveda de cañón con su agujero para el balde. Más tarde, al quedar fuera de uso, fue relleno con tierra y escombros y el proceso final ya lo hemos descrito. Los dos albañales están hechos con ladrillos nacionales y con baldosas de dos fábricas francesas del Havre, las de Gerault y Gagu y las de Leon Duplessy. Es posible que no hayan sido hechas simultáneamente ya que se interceptan lejos del pozo, lo cual indicaría que el constructor del nuevo desagüe tropezó con el existente en la mitad de su obra y simplemente los unió en forma burda. Eso produjo un derrumbe interior que, si los pozos hubieran seguido en uso más allá de la época en que



Planta de una letrina, pozo ciego y aljibe doble excavados en Defensa 751, un sistema interconectado de 1865 que muestra la complejidad constructiva de estas instalaciones sanitarias (plano M. Magadán).



Un sistema de aljibe con cisterna y un albañal que baja desde una pared, apoyados sobre la bóveda exterior del túnel de la calle Defensa; las vigas de madera son de una reparación hecha a inicios del siglo XX; vista tras ser excavados en 1987.

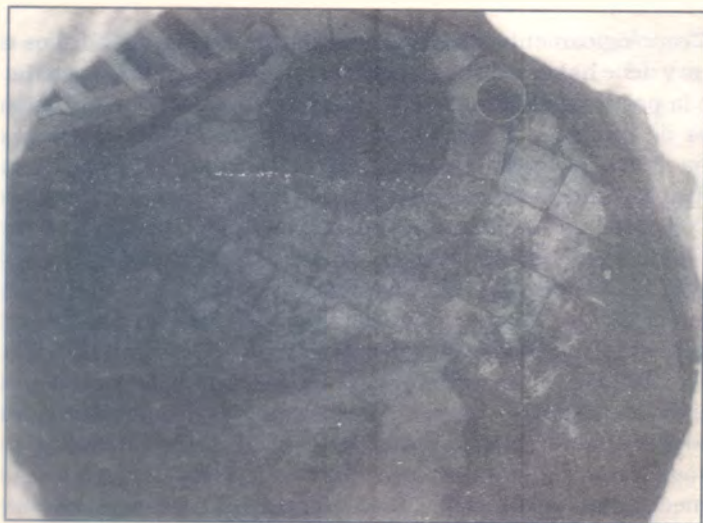
fueron clausurados, posiblemente se hubieran derrumbado igual, pero antes.

Cronológicamente podemos asumir que el pozo de ladrillos es más antiguo y debe haber sido construido en la época en que la casa fue de los Horne (a partir de 1846) o de los Lezama (desde 1857), en función de la técnica de trabajo y el tamaño de los ladrillos. El edificio final de los Lezama fue construido en 1861, época en que se debió ampliar y modificar la función de esta estructura. Para cuando se transformó en Museo en 1897 ya se estaban instalando en la zona las Obras Sanitarias desde hacía algunos años, por lo que debe haber quedado fuera de uso antes del fin de ese siglo. El contenido de los pozos fue clasificado y se halla en el Museo. Estaba compuesto, además de los restos mismos de mampostería y mosaicos del piso más antiguo, de fragmentos de huesos vacunos, lozas, botellas de vino inglesas, un tintero de gres, dos eslabones de cadenas chicas y otros objetos también en fragmentos pequeños. Es evidente que fue sólo basura introducida junto a la tierra del relleno. De estos objetos sólo algunas lozas pueden fecharse como fabricadas en la primera mitad del siglo XIX, todo lo demás es de la segunda mitad de ese siglo, correspondiendo bien al contexto de la época del relleno.

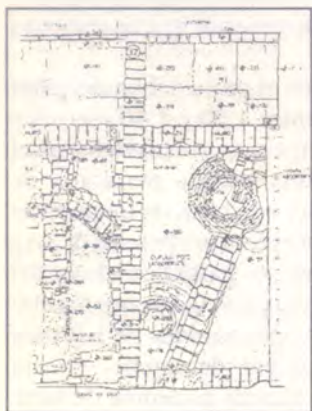
Pozos y aljibes de Defensa 751:

Las excavaciones hechas en 1986/7 en ese terreno permitieron descubrir varios pozos ciegos, dos aljibes y un pozo de balde, todo ello construido hacia 1865 sobre restos más antiguos. Esas construcciones estaban conexas al túnel allí existente del entubamiento del Tercero del Sur (87). Además se descubrió un pozo cuadrado bajo un baño, al parecer mucho más antiguo y en relación con un edificio anterior que se remonta a 1740 aproximadamente.

Los cuatro pozos ciegos, todos ubicados en el patio del fondo, eran del tipo habitual, con un ancho que oscilaba entre 1,20 y 1,40 metros y hasta 5,80 metros de profundidad; estaban simplemente excavados en el suelo y cubiertos en la parte superior por una bóveda peraltada de mampostería que medía hasta un metro de alto, con boca de inspección y entrada de albañal por un costado. Sólo uno presentó evidencias de una entrada directa desde una letrina. En otro caso se halló la instalación completa del baño aún en su lugar; otro pozo tuvo una viga de quebracho en la base de la cúpula como soporte auxiliar. Las paredes de ladrillos fueron hechas con fragmentos de hasta 20 cm de ancho. Por la homogeneidad constructiva y la estratigrafía conexas podemos deducir



Piso de baldosas cerámicas francesas de un aljibe circular en Defensa 751 durante el proceso de excavación. Puede verse el pozo de sedimentación, de menores dimensiones, sobre uno de sus lados.



Sistema de pozos absorbentes en Defensa 751 construidos entre cimientos con varios niveles de albañales y bocas de inspección, todo fechado hacia 1865 (plano M. Magadán).

que todos fueron contruidos simultáneamente, aunque en operaciones constructivas diferentes. Ninguno fue rellenado tras la instalación del agua corriente como era habitual y sólo uno de ellos colapsó, hacia 1950, momento en el cual fue rellenado.

En el caso del pozo conectado a una letrina es interesante que en una misma operación constructiva se hizo el baño compartimentado en dos partes —una para lavar y otra para inodoro a la turca—, el pozo ciego y un aljibe doble, todo junto con una pared que separaba una cocina de un patio. De esa manera se logró un aljibe accesible desde el interior y del exterior a la vez y usar un solo desagüe y pozo para ambos. Las ilustraciones muestran lo complejo de este sistema y la variedad de posibilidades que los constructores tenían para la mitad del siglo XIX.

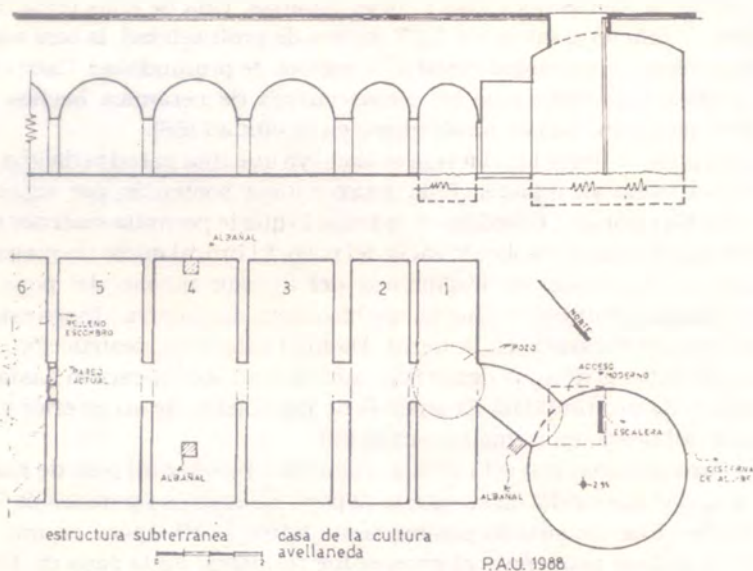
Pero las dos obras más complejas en ese terreno fueron las cisternas de los aljibes; grandes depósitos subterráneos con piso de baldosa francesa, pozo de sedimentación y paredes revocadas en cemento con desagüe por albañales. Una de ellas, ubicada al lado del túnel del Tercero, aprovechó el muro exterior de esa obra para abaratar la construcción, lo que le determinó una forma extraña por la curva de la bóveda del túnel. Una de las cisternas tenía las consabidas dos bocas cilíndricas de 40 cm. de ancho, la otra estaba rota en la parte superior y fue cubierta tras la rotura por maderas apoyadas y luego tapadas. Una de ellas tenía 3,38 metros de diámetro interior y 3,77 metros de profundidad, la otra solo 2 metros diámetro y se logró medir 4,31 metros de profundidad. Cabe citar un albañal que terminaba en piezas curvas de cerámica hechas expreso para eso, únicas hasta ahora en la ciudad (88).

El pozo de balde tenía forma ovalada ya que una pared lo dividía por la mitad como ya dijimos. Este muro estaba sostenido por vigas de quebracho y por una bovedilla de ladrillo, lo que le permitía sostener una pared importante por sobre el vacío del pozo. El brocal midió un metro de alto y fue rescatado en fragmentos del interior mismo del pozo. El recubrimiento continuaba hasta casi otro metro bajo tierra y luego estaba simplemente excavado en la tierra. Dado el estado de destrucción casi total y la entrada de agua desde una cañería rota sólo se excavó hasta los 2 metros de profundidad. El análisis de los objetos de su interior ya lo hemos publicado en forma separada (89).

Para terminar con esta vivienda debemos reseñar un pozo de planta rectangular que medía en su interior 2 por 1,50 metros y paredes de 0,40 de ancho. Fue construido posiblemente hacia 1740, época en que allí hubo una casa pequeña y al parecer fue rehusado en la casa de 1865, hasta que fue rellenado en 1895 por Obras Sanitarias. El pozo tenía una



Dos tipos de arcadas de altura reducida en el interior del peculiar aljibe de la Casa de la Cultura de Avellaneda, con un sector aún tapiado.



Plano del aljibe de pozo con la construcción subterránea anexa de Avellaneda.

bóveda vaída a mitad de su altura que debió servir para impedir en parte la salida de olores y transformar el conjunto en una especie de cámara séptica. Fue excavado hasta los 4 metros de profundidad donde se perdían las paredes laterales; no tenía piso. El material allí recuperado muestra un contexto de mitad del siglo XIX al que más tarde se le agregó objetos del fin de ese siglo en el momento de su clausura. En la parte superior había un baño con inodoro de asiento plano hecho con una placa de mármol; las paredes del recinto aunque también rectangulares no coincidían con al estructura inferior, lo cual hace difícil la interpretación. Posiblemente se trate de algún otro caso de reuso o uso mixto de un pozo hecho con una función y que luego pasó a ser utilizado en otra. Su última etapa fue la de servir de pozo de basura sin duda alguna.

Para completar el sistema debemos citar varios desagües directos al túnel, lo cual estaba prohibido por el municipio; varios albañales desaguaban a través de rejas hacia ese entubamiento y posiblemente llevaban agua de lluvia de los patios para no inundar los pozos ciegos.

La cisterna y el pozo de la Residencia de Nuestra Señora de Belén (San Telmo)

Este importante edificio, más conocido como la Cárcel de Mujeres, ya que esa fue su función entre el final del siglo pasado y la mitad del decenio último, fue excavado en 1991. En el centro del patio, como era de suponer, se encontró el antiguo aljibe, es decir su cisterna inferior y las marcas donde arrancaba el brocal. Se trata de una construcción de ladrillo unido con cal, revocado interiormente, con entrada de 4 albañales aún intactos. El diámetro interno es de 4 metros y su profundidad no ha podido aún ser establecida por estar relleno con escombros. Su boca de entrada, los muros, la bóveda —mide 1,80 metros de alto—, y los restos del brocal indican que en nada se diferencia de las obras de este tipo. Fue construido en fecha indeterminada de la mitad inicial del siglo XVIII por los constructores jesuitas (90) y muestra la alta estandarización existente en la época para estas grandes obras.

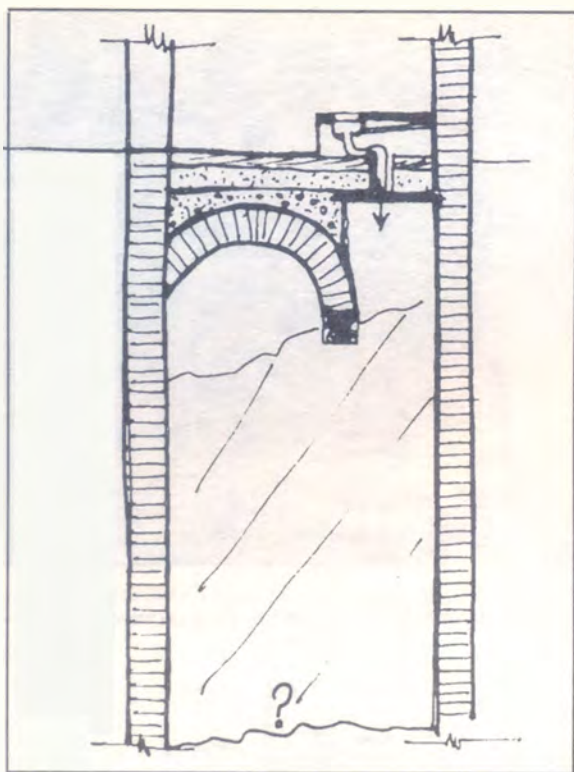
Un pozo de basura, o por lo menos su parte inferior, fue descubierto al excavar en el interior de la capilla allí existente. El piso original de esta obra, hecha en los primeros años del siglo XVIII se ha mantenido en su lugar, aunque cubierto por medio metro de pisos posteriores. Por suerte los constructores usaron como contrapiso una gruesa capa de barro apisonado; y si bien los ladrillos del piso habían sido movidos o

rotos, la gruesa capa de barro no lo fue. Al levantarla se observó un pozo de aproximadamente 1 metro de diámetro—sólo un sector fue excavado—hecho antes que la iglesia y luego tapado al colocarse el piso. Era poco profundo, de sólo 0,40 m de hondo y en su interior había clavos, hierros varios y huesos de animales domésticos. No sabemos si el pozo era más profundo y fue parcialmente destruido al hacerse el nivelamiento del piso o se lo hizo así con el objeto de arrojar algunos desechos nada más.

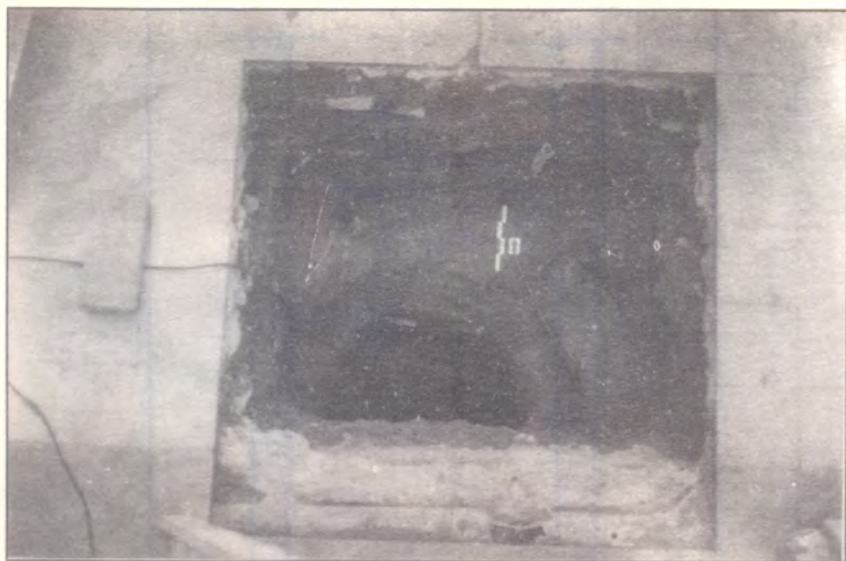
El pozo ciego del Museo Etnográfico

En el pequeño jardín frontal de Moreno 350 se hizo en 1991 una excavación para la colocación de una cañería de agua y su depósito. Al hacerlo y a una profundidad de dos metros se observó la presencia de una marca redonda más oscura que, al ser excavada mostró ser un pozo ciego que incluía una cantidad de objetos. Se trataba de algún pozo profundo el cual fue parcialmente destruido en su parte superior al renivelarse la calle Moreno en el siglo pasado, y más tarde otro tanto al hacerse el edificio actual de 1875 (91). Al observarse el jardín se puede notar como los niveles del terreno ya no corresponden con la calle ni con los edificios medianeros. Esto explica el por qué sólo se conservó un sector cubierto por una gruesa capa de tierra.

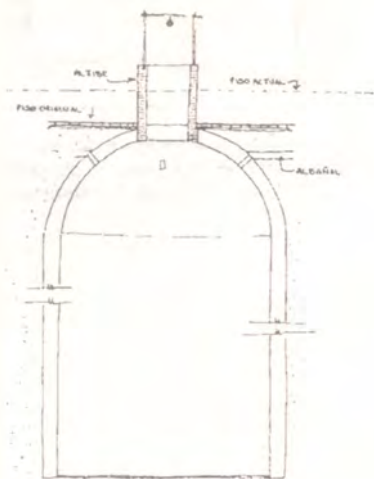
El pozo era de 0,85 metros de diámetro y una profundidad de 0,40 m y en su interior había varios botellones, una tinaja de aceite y un buen número de fragmentos de cerámica española. Su estudio preliminar permitió fecharlo para el cambio entre el siglo XVI y el XVII, lo cual lo ubica como el más antiguo excavado en la ciudad. En este caso se observó la presencia de una gruesa capa de tierra verdosa, producto de la descomposición de residuos orgánicos, en un grosor de casi 8 cm. lo cual lo señala como un pozo ciego, aunque muy poco profundo. En origen no debió tener más de 3,50 metros de profundidad. Cabe destacarse el hecho de que estaba al frente del lote y no en su parte media o posterior.



Pozo ciego de planta cuadrada, posiblemente del siglo XVIII, reutilizado hacia 1860 en la casa de Defensa 751; el inodoro y el agua corriente fue instalado en 1893 aprovechando lo existente.



Boca del brocal de la cisterna excavada en la Ex-cárcel de Mujeres de San Telmo, originalmente Residencia Jesuítica, en el momento de su reapertura (1991).



Aljibe del patio de la antigua Residencia jesuítica de San Telmo excavado en 1991, mostrando la ubicación del aljibe original y el nivel del piso actual que lo cubre.

Las cisternas de la Imprenta Coni

El terreno donde se realizaron las excavaciones que llevaron al descubrimiento de estas cisternas está ubicado en Perú 680, donde todavía se conserva en buen estado el edificio que una vez perteneciera a la prestigiosa Imprenta Coni; la historia de la familia Coni y de su obra ya ha sido estudiada y publicada (92). La historia del terreno es interesante, ya que por él corría el Tercero del Sur que marcaba el límite físico de la ciudad fundacional, aunque Garay había repartido esa manzana a Juan Basualdo. No hay documentación histórica ni pruebas arqueológicas de que haya sido ocupado en esa época, ya que las sistemáticas inundaciones del riacho lo hacían difícil. La presencia del zanjón ha quedado evidenciada en la medianera norte, que sigue el trazado oblicuo original y en la excavación se pudo encontrar la bajada hacia el arroyo a 3 metros de profundidad del piso actual, bajo el taller de la Imprenta. Los documentos de propiedad sólo los hemos podido rastrear hasta 1770 (93) momento en el que da fin el litigio entre Tomás Escudero y Juana Rodríguez de Flores, viuda de Juan Gutiérrez Villegas. Escudero era viudo de Juana Gutiérrez hija y disputaban la propiedad de la finca. Allí había una casa "del otro lado de la zanja y se compone de sala, aposento y otro cuarto y su corredor y puerta de calle edificadas en un sitio de diez y siete varas y media de frente y el fondo que le corresponde" (AGN, AAr7, 1770). Parte de estos muros aún se conservan y pudieron ser descubiertos.

Con los años la casa fue heredada por María Gutiérrez Villegas quien la vendió en 1800 al *pardo* Miguel Almandoz, que procedió a ampliarla. De esos años quedan interesantes documentos sobre las peleas con los

vecinos por el terreno ocupado por el zanjón. En 1822 se vendió a Bonifacio Zapiola y solo 19 días más tarde fue comprado por Benito José Goyena quien al parecer demolió gran parte de lo existente y amplió la casa. Los restos de esa vivienda donde habitó una prestigiosa familia porteña están en perfecto estado de conservación a sólo pocos centímetros bajo los pisos de la Imprenta y fueron excavados por lo menos parte de 4 habitaciones y otras dependencias e instalaciones (94). Goyena la tuvo en su poder hasta 1873 cuando la compró Francisco Arias. Sus herederos la vendieron en 1883 a Angel Bianchi quien trabajaba como testaferro de los Coni, los que escrituraron a su nombre en 1884, iniciando la construcción el ingeniero Pedro J. Coni. Esta fue una de sus primeras obras ya que en ese mismo año se graduó en la Universidad.

El edificio construido por Coni representa una obra arquitectónica de indudables méritos, no sólo porque es ya uno de los pocos ejemplares que quedan de esa arquitectura de la primera industria, sino por la utilización de sistemas constructivos mixtos: mampostería portante y a la vez estructura de vigas y columnas de acero para liberar los tabiques de sus cargas; cubrió el patio posterior con enormes vigas de madera pero en el resto del edificio usó hierro; mantuvo el sistema de fábrica abajo y viviendas independientes arriba y resolvió con bastante dificultad algunos problemas; por ejemplo la falta casi absoluta de luz en el interior de la Imprenta. Asimismo, la estructura de hierro está hiperdimensionada, al igual que las cisternas, quizás por la falta de experiencia en este tipo de problemas constructivos de alta especialización para la época.

La excavación arqueológica reveló una secuencia constructiva y ocupacional correlacionada con la histórica—documental: restos de cimientos de la Casa Rodríguez, evidencias de los cambios hechos para adaptarla por Almandoz en 1800, su ampliación y remodelación completa al construirse la nueva casa Goyena en 1822 y su abandono en 1873. A partir de ahí estuvo vacía hasta que fue demolido todo para construir el nuevo edificio entre 1883 y 1885. De allí a la actualidad sufrió algunos cambios, básicamente al rehacerse la instalación de agua potable y de desagües entre 1892 y 1900, y al recolocarle pisos de cemento hacia 1930. Se hallaron bajo los pisos actuales restos culturales de todas y cada una de estas etapas, incluyendo los rellenos del Zanjón de Granados —o Tercero del Sur—, lo que dejó en el fondo del terreno más de 3 metros de rellenos de la segunda mitad del siglo pasado. Pero el estudio de esos objetos rebasa el objetivo de este trabajo. Cabe sólo destacar que la excavación de varias habitaciones de la Casa Goyena, conservados sus pisos originales en muy buen estado, permitió por primera vez tener

contextos del siglo XVIII temprano, y del siglo XVII, demostrando una vez más la importancia que el subsuelo de San Telmo tiene para la arqueología de Buenos Aires.

Cuando se construyó la Imprenta se instaló en ella una primer máquina de vapor que necesitaba agua en grandes cantidades. La falta de un sistema de aprovisionamiento obligaba a los primeros industriales a suplir el irregular suministro con grandes depósitos subterráneos, que permitían guardar muchos metros cúbicos sin que se les echara a perder por la temperatura o la contaminación con napas freáticas. Es así que el Ingeniero Coni excavó grandes cisternas bajo la imprenta, que comunicadas por bocas cilíndricas permitían conservar y extraer agua potable de lluvia, o llenar esos depósitos con toda facilidad mediante cañerías de hojalata que bajaban desde las terrazas. Tanto la técnica constructiva como la forma no eran sustancialmente diferentes a las de los viejos *aljibes*, esas cisternas bajo los patios hechos con muros impermeables donde se juntaba el agua pura de lluvia desde mitad del siglo XVIII. Lucio V. Mansilla en sus *Memorias* escribió que “esto del aljibe que no parezca cosa baladí. Las fincas que lo tenían eran contadas, indicando la alta prosapia”, y justamente los dos primeros de la ciudad pertenecieron a Domingo de Basavilbaso y a Manuel del Arco, construidos en 1759. Significó un cambio importante en el suministro de agua en lugar de los aguateros o de los pozos de balde.

Hemos escrito acerca de la diferencia sustancial que hay entre un *pozo de balde* y un aljibe, ya que el primero era simplemente un pozo que llegaba a la capa freática de la cual se obtenía agua no potable pero apta para lavar, regar y para los animales. Los aljibes coloniales eran por lo contrario muy caros y sólo las grandes familias se daban ese lujo. El agua decantada del río era la única realmente potable en la ciudad, por lo menos hasta que se logró hacer perforaciones hasta la segunda napa freática. Los aljibes tenían unas cisternas bajo el piso, con baldosas en el suelo, muros enladrillados y revocados con cemento, una cúpula superior y una o dos entradas para baldes. Incluso en muchos casos tenían una pequeña escalera de acceso para limpiar el interior. Muchas de esas construcciones, al ser descubiertas, dieron cabida a historias de túneles misteriosos sin que lo hayan sido exactamente. Esto lógicamente no significa que los verdaderos túneles no existieran en la misma zona, pero su confusión dio lugar a los muchos errores que ya hemos visto.

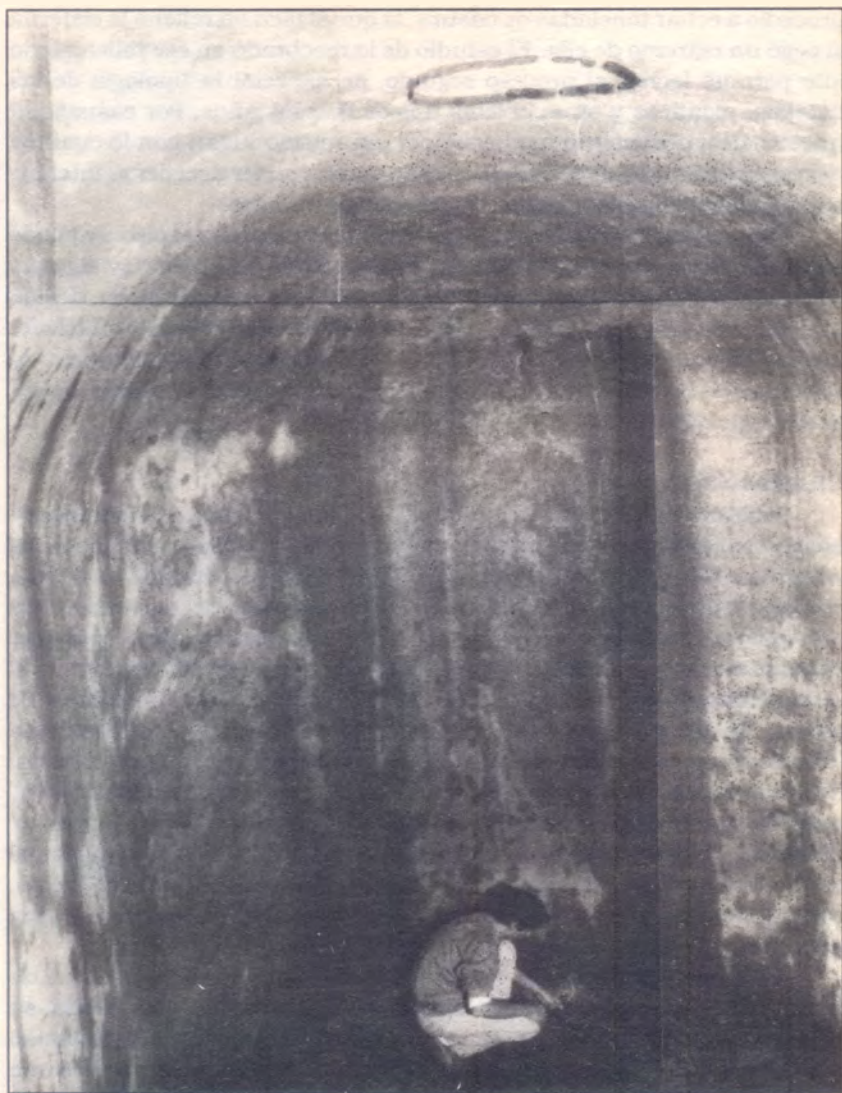
Cuando se construyó la Imprenta se hicieron tres grandes cisternas, las que por lo que hemos visto y sabemos son las más grandes de la ciudad, y un gran pozo ciego, es decir un pozo acupulado que, sin paredes

de mampostería, permitía evacuar las aguas servidas que así se filtraban en la napa. El descubrimiento de esas enormes construcciones, el estudio de sus materiales, del relleno con que fueron tapadas y los detalles arquitectónicos, ha permitido aumentar nuestros conocimientos y compararlas con otras similares ya excavadas en San Telmo. En ese sentido fueron importantes las excavaciones hechas en Defensa 751 (1986/87) donde se encontraron dos cisternas de aljibe, un pozo de balde y tres pozos ciegos en perfecto estado y los aljibes bajo el Museo Histórico del Parque Lezama excavados en 1990.

La Cisterna N° 1

La llamada cisterna número 1 es sin duda la mayor de todas, midiendo 7 metros de largo por poco más de 3 metros de ancho y casi 5 metros de profundidad. Su forma es rectangular con los bordes redondeados tal como prescribían las normas en su época, el piso tiene baldosas rojas francesas y a la parte superior la remata una cúpula con dos accesos redondos. Al parecer la entrada ubicada justo en el centro era la usada para extraer agua, mientras que la del extremo este servía para que por allí penetraran los caños que bajaban de la terraza conduciendo el agua. Estaba todo cubierto por un grueso contrapiso y luego el patio en que está ubicada tenía un piso de baldosas francesas procedentes de Marsella, de la fábrica de Pierre y Antoine Sacoman. Este piso fue reparado en varias oportunidades, hasta que tras las grandes reformas de 1892 fue cubierto por un nuevo solado, que con los años fue modificado en varias oportunidades. Es evidente que se colocaron caños de diversos tipos, se hicieron arreglos y se repararon baldosas, hasta llegar a la actualidad con una secuencia de superposiciones difíciles de comprender. En 1892 se tapiaron los accesos con gruesas capas de cemento, las que nos produjeron muchos problemas para traspasarlas. Incluso se colocaron vigas de acero para impedir el acceso.

Es evidente que cuando se la cerró quedó la cisterna vacía. El por qué se decidió no relllarla es difícil de saber ahora, pero quizás se deba a que la instalación del agua potable domiciliaria tardó varios años en colocarse y se debió mantener en uso la cisterna, aunque la Municipalidad quizás no lo supiera ya que su autorización hubiera sido ilegal. El plano de Obras Sanitarias de esa fecha indica que esa cisterna debía ser cegada, pero quedó vacía por mucho tiempo hasta que se produjo un hundimiento en la boca ubicada en el extremo este, donde se había colocado una rejilla moderna. Esto debió suceder hasta 1960 aproximadamente. Al descubrirse el hundimiento y sin saber de que se trataba se



Fotografía de la cisterna más importante descubierta bajo la Imprenta Coni, Perú 678, mientras se procedía a limpiar el piso de baldosas francesas. Obsérvese la forma ovalada y su total recubrimiento de cemento.

procedió a echar toneladas de basura, la que si bien no rellenó la cisterna si cogó un extremo de ella. El estudio de lo recobrado en ese relleno es lo que permite fechar el proceso seguido, en especial la tipología de las botellas, plásticos y otros objetos típicos de esos años. Por casualidad nuestro descubrimiento fue hecho por ese mismo lugar, con lo cual fue necesario retirar gran cantidad de basura para poder acceder al interior. La capacidad completa es de casi 95 metros cúbicos.

Actualmente, al limpiarse parcialmente los muros y el piso, se puede notar que el estado de conservación es impecable, y si bien hay algunas filtraciones la cisterna se mantiene seca salvo en los días de lluvia, debido a la falta de desagües en ese patio. La calidad del cemento utilizado, probablemente importado de Inglaterra, la buena mampostería y la terminación en todos sus detalles muestran una mano de obra especializada y de alta experiencia en estas obras.

Cisterna N° 2

Ubicada bajo una de las habitaciones fue la primera en ser descubierta. Se halla en el local que originalmente se utilizaba para escritorios administrativos. Su apertura y posterior limpieza parcial significó 30 días consecutivos de esfuerzo por un equipo completo de personas. Sus dimensiones son de 7 metros de largo por 2 metros de ancho con una profundidad de casi 5 metros. Su forma es rectangular con los extremos redondeados y está también cubierta por una bóveda de 1,20 metros de altura. Es de mampostería revocada con cemento, piso de baldosas francesas y presenta dos entradas verticales superiores, una en el centro de la habitación y otra en el extremo este. La capacidad es de 64 metros cúbicos. En su forma y características es idéntica a la Cisterna 1, aunque de menor tamaño. Quizás la única diferencia sea que la boca principal está cubierta con una tapa hecha especialmente, con manija de hierro, aunque su tamaño y peso no permitían que fuera movida por una persona.

El proceso histórico de esta cisterna es relativamente similar al de la anterior, y también quedó vacía en 1892 al ser descartada su utilización. Al parecer se le hicieron algunos cambios a la habitación superior, como la colocación de cañerías y nuevo piso, y se le modificó una de las paredes; incluso es posible que esta cisterna se siguiera usando aunque accediendo desde la entrada este, por lo menos hasta que se instaló el agua potable algunos años más tarde. Pero en este caso el relleno de su interior se hizo en la década de 1930, fecha para la cual coinciden tanto el estudio de los materiales allí recuperados como el

recuerdo de Guillermo Coni Molina quien incluso antes del descubrimiento, indicó que debía haber algo similar en ese sector que vio rellenar cuando era joven. El estudio de las marcas e inscripciones de botellas y frascos, las marcas y tipos de las lozas y otros productos de época así lo testifican; su detalle rebasa la intención de este artículo. Lo llamativo es la dimensión de los objetos allí arrojados: han aparecido desde grandes pedazos de mampostería provenientes de alguna demolición hecha en el mismo edificio, hasta colchones, elásticos de cama, ropa y toneladas de basuras diversas, algunas casi imposibles de mover con las herramientas que podíamos introducir allí dentro. Demás está hablar del olor nauseabundo que emanaba del lugar, la humedad constante y la falta de luz.

Cisterna Nº 3

Esta fue la última en excavar y si bien fue la más chica de todas, fue la que más dificultades trajo para penetrar en ella. El problema fue que su bóveda fue rota cuando se instaló el desagüe de Obras Sanitarias en 1892, colocándose una caja de unión de varios caños en donde llegaban los desagües de una pileta y dos letrinas, uniéndolos al desagüe principal. Esta caja de hormigón fue soportada sobre el relleno echado al interior de la cisterna, el cual con el tiempo se hundió dejando todo en una situación de frágil equilibrio que no permitió llegar hasta el fondo de la construcción. Únicamente con un sistema de soportes muy complejos podría continuarse la excavación en ese estrecho lugar. De todas formas es de suponer que el fondo tiene la misma profundidad que las otras cisternas.

Sus dimensiones son de 1 metro de ancho por 6.10 metros de largo y se excavó hasta los 3 metros de profundidad. Las paredes están revocadas con cemento y la construcción tiene una bóveda de cañón corrido destruida en parte, la que fue reforzada luego por otra similar sin revoque. A su interior llegan por lo menos 2 albañales de mampostería y un desagüe vertical que descendía de donde hay hoy en día dos letrinas colocadas exactamente encima. Los albañales llegaban desde dos mingitorios de pared parcialmente recuperados, fabricados por Johnson Brothers (Hanley), importados desde Inglaterra y decorados con flores de color. Estos fueron destruidos en algún momento, pero quedaron parcialmente enterrados bajo un grueso revoque de cal que, con el tiempo se cayó, gracias a lo cual pudimos recuperar parte de ellos. La marca del importador era Heinlein y Cía. cuya casa central estaba en Rivadavia 1377. Los mingitorios eran fabricados en Europa pero se les colocaba la marca del importador en fábrica. Pese a que es la menor del edificio, como

cisterna tiene una capacidad importante, ya que con sus 6,10 metros cuadrados y sus posibles 4 metros de profundidad, cabían en ella 24 metros cúbicos de agua. La boca de acceso fue totalmente destruida y coincidía con el sitio donde actualmente está la caja de hormigón de Obras Sanitarias.

El interior fue rellenado rápidamente y en una sola operación, con los restos de la demolición de la bóveda superior, con parte de los viejos albañales de mampostería y la basura que quedó de la colocación de la nueva instalación sanitaria en 1892. Es evidente que a diferencia de las otras cisternas ésta fue la única totalmente rellenada hasta el límite superior como parte de su cancelación, operación que indudablemente debió ser no sólo larga sino pesada. No aparecieron en su interior elementos más antiguos, sino fragmentos de mampostería con ladrillos de las dimensiones de los originales de la imprenta y de los de Obras Sanitarias, cientos de fragmentos de tazas de cerámica inglesa de las primeras letrinas, caños de gres importados y otros materiales que corresponden cronológicamente a ese fechamiento.

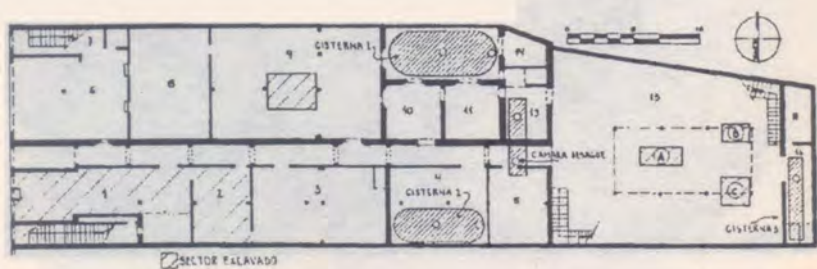
La cámara de desagüe

La última construcción subterránea descubierta y la única que fue imposible de excavar no sólo en profundidad sino en extensión, fue una cámara de desagüe que operaba en forma parecida a un pozo ciego, pero en grandes dimensiones. Esa cámara también había sido rellenada durante la colocación de la instalación sanitaria de 1892 y al hacerse los pisos nuevos en la década de 1930 se completó su llenado. En este caso hubo metros y metros cúbicos de tejas francesas de la fábrica de Pierre Sacoman, en Marsella, baldosas del mismo origen, mosaicos de cemento nacional, caños de gres y de cerámica roja e infinidad de fragmentos de vidrio de botellas de vino de fabricación industrial nacional, junto con huesos de vacunos y otros desperdicios del tiempo de las obras.

La forma de esta cámara era rectangular y estaba cubierta por una bóveda de cañón con dos accesos verticales. Los muros sólo estaban recubiertos de mampostería de ladrillo sin revocar hasta la parte superior de la tosca arcillosa. A partir de allí quedaba la tierra a la vista para facilitar la filtración del agua y la descomposición de los residuos cloacales. Es interesante ya que la irregularidad del terreno, que en ese sector descende hacia lo que antiguamente fue la orilla sur del Tercero, fue salvada con arcos de ladrillo en los soportes de la bóveda. Tres albañales bajaban al interior. Como detalle constructivo digno de men-



Vista de una de las cisternas de la Imprenta Coni aún rellena parcialmente de escombros.



Plano de la Imprenta Coni mostrando la ubicación de las tres cisternas descubiertas y del pozo de absorción para desagüe en el sector central.

ción tenemos que por encima de esta cámara pasa uno de los muros de soporte del edificio, de 60 cm. de espesor, lo que fue solucionado con un arco que se apoyaba y trabajaba junto con la bóveda misma. Sin duda fue una solución arriesgada, aunque idónea, y habla bien de la calidad de la construcción de la época.

Todo esto fue roto en 1892 para pasar la nueva cañería de desagüe, rompiéndose la bóveda, los accesos y rellenando en parte el interior. Se rehizo el piso del pasillo principal dejándose incluso sin tocar los albañales. Al hacerlo se encontró la entrada y se echó nuevamente basura para completar su relleno. El acceso actual hubo que hacerlo por el pasillo central del edificio. Es indudable que es la estructura de desagüe más compleja excavada hasta ahora y de haberse descubierto en otras circunstancias hubiera dado mucho que hablar.

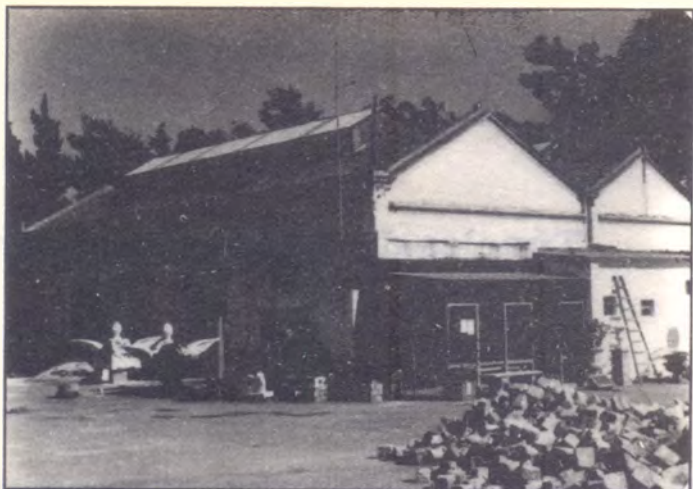


Pozo ciego excavado en defensa 751, derrumbado en 1950 tal como fue descubierto; una viga de quebracho no alcanzó a evitar su colapso tras un siglo de vida.

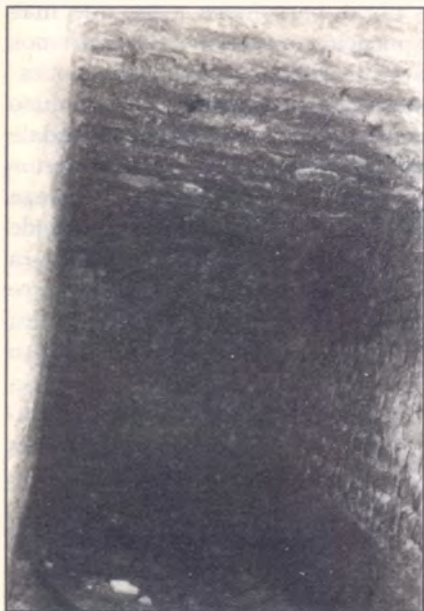
Túneles de diversos propósitos

Quizás este capítulo sea el más difícil de resumir ya que cada día es mas evidente que debe incluir la mayor parte de las obras subterráneas. La heterogeneidad de las construcciones es enorme y al investigar surgen novedades inesperadas. La cantidad de este tipo de construcciones, hechas con objetivos particulares o técnicamente específicos fue mayor de lo esperado, y también es a las obras personales a las que más difícilmente logremos encontrarles explicaciones convincentes. Veremos aquí túneles de industrias, de instalaciones eléctricas, de Obras Sanitarias, extrañas bodegas, sótanos de dimensiones exageradas, hubo incluso habitaciones subterráneas decoradas —como la de los talleres Dreysdale ya citada—, túneles personales que sólo aumentaban la rareza de ciertos personajes y de sus edificios. Hemos visto lugares para fabricar cerveza hechos totalmente en depósitos bajo tierra, como la fábrica de Alcide Henault en Tandil descubierta recientemente; han habido cavas para quienes degustaban los vinos finos, depósitos para las tinajas de barro que decantaban el agua del río traída por los aguateros, cámaras para mantener fría la carne y las conservas y muchas otras más. Incluso sabemos de la existencia de quienes criaban hongos, en la más pura tradición francesa, en cámaras bajo tierra. Obviamente no hemos incluido aquí los túneles para los subterráneos, o las instalaciones de Obras Sanitarias, no sólo por su modernidad sino por lo accesible de la bibliografía sobre estos temas.

Un ejemplo interesante es el túnel de Moreno 330, por lo menos el que está actualmente en el sótano del edificio. Este fue construido en la década de 1880 como primer Laboratorio Municipal de Química bajo la



Antigua Usina Eléctrica de Palermo, cuya construcción se inició en 1887 y donde se excavaron varios túneles de mampostería.



Un sector del túnel principal bajo la Usina de Palermo tras ser liberada del escombros con que había sido tapiada.

dirección de Pedro Arata (95) y, entre 1892 y 1893 funcionó allí el Museo Histórico Nacional antes de ir a Parque Lezama. Según Krieger ahí había un túnel conectado con el edificio lindero de Moreno 350, lo cual no podemos demostrar ni negar aunque suponemos que se trata de una confusión. El túnel es en realidad un conducto hecho de mampostería por el cual circulaban los cables eléctricos desde el generador ubicado en el centro del sótano, hacia cada uno de los laboratorios. Está compuesto por un tramo de mayor tamaño que luego se abre en ramales menores, los que desembocan en una baldosa de cada piso de los salones actuales. En los muros aún están los aislantes eléctricos y fragmentos de los cables. Todo es de manufactura industrial inglesa típica de la época, y si bien no deja de ser un interesante ejemplo de la ingeniería industrial temprana en el país, no es más que eso. Las dimensiones se justificaban por lo endeble de esas instalaciones y la necesidad de poder acceder una persona para repararlas constantemente. Hoy en día es habitual en todo edificio moderno que haya un gran conducto por el cual corren las instalaciones, accesible a quien se ocupa del mantenimiento y nada de raro le vemos a ello. Eso mismo debió ocurrir con varios túneles que la bibliografía cita y que tenían relación con fábricas de la primera industria nacional.

Otro túnel similar, pero mucho más complejo, es el que perteneció a la Usina Eléctrica de Palermo, actualmente transformada en edificio de Monumentos de Obras de Arte de la Municipalidad. Se halla en el centro de la isla del lago de la plaza ubicada entre Libertador, Figueroa Alcorta y Sarmiento y lo excavamos en 1985. La usina fue construida en 1887 por Rufino Varela e Hijos junto con el islote rodeado de agua. Consta de dos grandes galpones metálicos unidos entre sí y varias otras construcciones modernas adozadas. El edificio cambió muchas veces de uso tras su abandono como Usina, lo cual provocó la destrucción de la maquinaria original, el tapiado de los túneles y en parte su pérdida para hacer un sótano de gran tamaño. Encima se instaló un baño y el desagüe de éste se hizo directamente en el túnel que sirvió así de cámara séptica hasta 1987 (96).

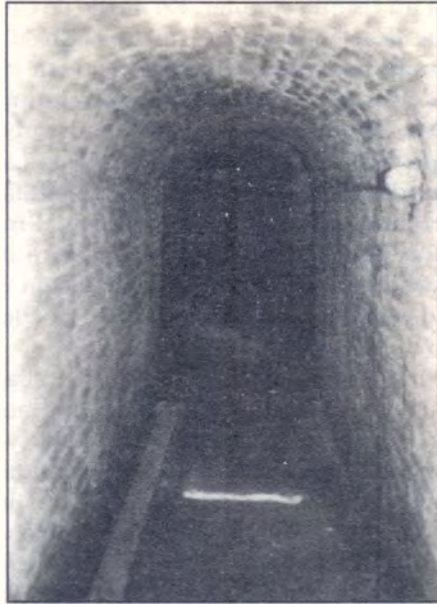
Los túneles de la Usina en los cuales penetramos y de donde retiramos el escombros y cal con que habían sido tapiados, están construidos en mampostería de ladrillos de máquina, y el techo está sostenido por viguetas de hierro que aguantan el piso de los galpones. Los pisos de los túneles están cementados y poseen un umbral a ambos lados para facilitar la circulación de agua. Hay partes donde los techos fueron salvados mediante bovedilla de ladrillo, como en las intersecciones, y los ángulos de los muros son curvos. Gran parte de las cañerías de los

antiguos baños y otras instalaciones atraviesan las paredes y el techo. Incluso algunos muros cortan el espacio interior y si bien los cimientos son reducidos dificultan el paso por el interior. Todo eso muestra que hubo cambios y modificaciones a lo largo de mucho tiempo. Los túneles miden 1,70 metros de alto por un metro de ancho, y en uno de sus extremos tiene una entrada circular que sale a la superficie por afuera del edificio más antiguo.

Si bien no fue posible estudiar esos túneles en todo su recorrido ya que algunos tramos están tapiados o fueron cegados, es posible hacer un plano tentativo de su recorrido. Este muestra que las galerías inferiores existieron ya en la primera etapa de la construcción y que fueron hechos antes que el galpón mismo, y que al agrandarse la construcción en 1903 se los continuó. Sabemos que esas construcciones eran comunes tanto para llevar cables como para el agua misma, la que se usaba en grandes cantidades en la maquinaria a vapor. De todas formas es necesario retirar aún muchas toneladas del escombros arrojado en su interior para poder dejarlos visitables y estudiarlos con mayor detenimiento.

Un túnel interesante, aunque poco recordado es el que el presidente Roca hizo construir bajo su casa de San Martín 557. Partía desde allí y tenía salida por la calle Tucumán 450 donde vivía su hija casada con Demarchi. Este túnel fue encargado por él mismo tras comprar la casa en 1885, para su seguridad personal, y nunca fue usado, posiblemente parte de él aún permanezca bajo tierra (97).

Otra construcción que llamó mucho la atención cuando se publicó en los diarios fue el túnel de Castelforte en Adrogué. Esa obra fue hecha por el ingeniero José Canale entre 1872 y 1874 como parte de una enorme residencia suburbana, la que como curiosidad típicamente romántica tenía no sólo parques y extensos jardines sino también una fortaleza completa con viejos cañones de la marina de guerra, fuera de uso. Fue un excelente ejemplo de la primera época del paisajismo asociado a grandes residencias suburbanas de la oligarquía porteña. Fue construido como parte de las primeras obras del pueblo que, en esos años, recién nacía. Mucho más tarde se le quiso dar un sentido de fortín contra los malones, pero para esa época ya no los había ni allí ni en sus cercanías. Fue un enorme capricho extravagante, por cierto no único en la época (98). El túnel unía dos de las construcciones ahora demolidas y se halla en la calle Rosales 1520 de Adrogué. Se trata en realidad de dos túneles superpuestos, del cual sólo uno pudo ser mapeado, construidos ambos a niveles diferentes. El superior es accesible por una cómoda escalera y está abovedado y totalmente recubierto de ladrillo a lo largo de 25 metros,



Fotografía del túnel superior de Castelforte, Adrogué, ya abierto al público.

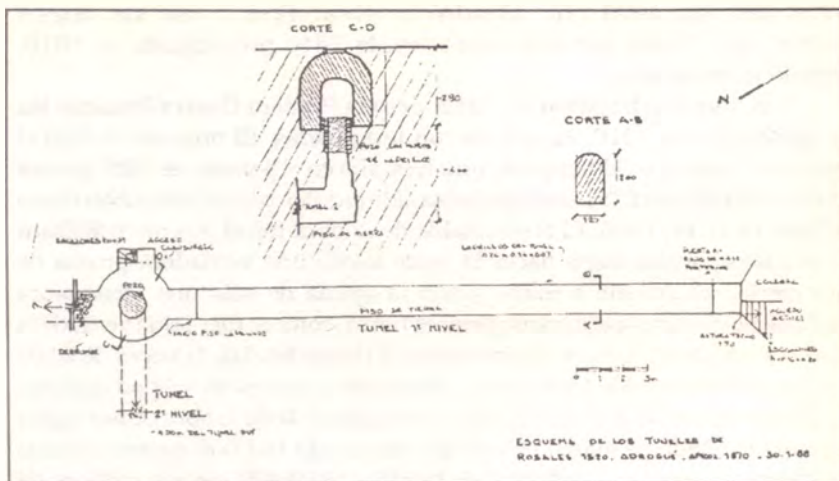


El pozo central del túnel de Castelforte; servía para el agua de un molino y a su vez comunica con otro túnel más profundo, obra del Ingeniero Canale en 1872/4.

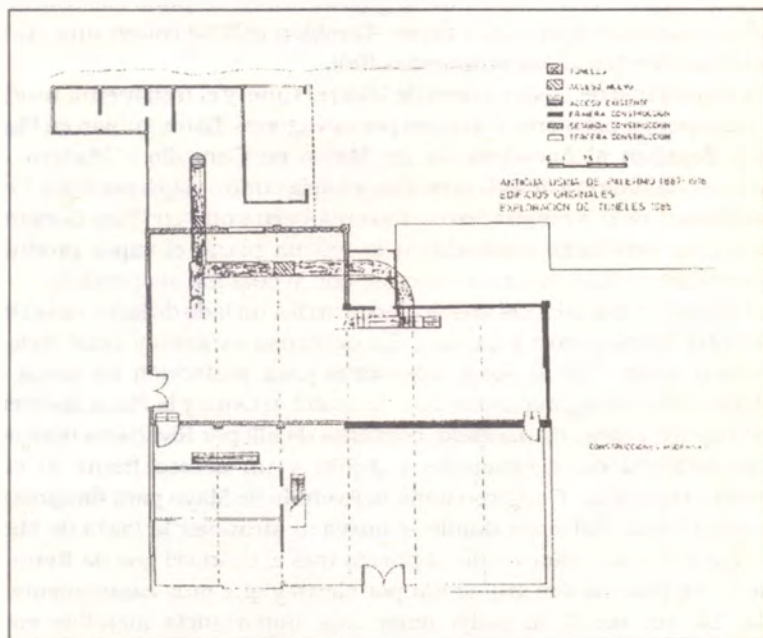
desembocando en un recinto circular. En medio de éste se halla un pozo con su brocal que descende unos 4 metros. En la base del pozo se encuentra la entrada hacia otro túnel el cual está clausurado por los derrumbes. También en el nivel superior hay otro tramo hacia el noreste, pero los derrumbes lo han obstruido; desde allí sube una escalera ya clausurada desde la demolición del edificio superior. La calidad de la obra y la amplitud de sus dimensiones muestra que era utilizada habitualmente, no así el túnel inferior obviamente hecho en el mayor secreto y no visible desde arriba. En el lugar existe una caldera de calefacción que debió funcionar desde allí y parte de la instalación de un molino que tomaba agua desde el pozo, por lo que también puede adjudicarsele un uso como espacio de servicio en la casa principal.

Hay otro edificio que en el centro de la ciudad llamó muchas veces la atención de quienes lo usan: se trata del que actualmente usa la Universidad de Buenos Aires en la calle 25 de Mayo y Sarmiento, y que antes fuera del Banco Hipotecario Nacional y de un hotel. Construido a inicios del siglo con todo lujo, se aprovechó el desnivel hacia Leandro Alem para colocar varios sótanos a dos niveles. Cambios y modificaciones ulteriores hicieron que fueran quedando semi—abandonadas varias habitaciones y el polígono de tiro, que en la oscuridad asemeja un túnel. Tras recorrerlo minuciosamente nada se encontró de extraño en esos sótanos, similares a muchos otros de la ciudad. Muchos otros ejemplos similares han dejado a rumores barriales; últimamente otro caso similar lo fue el edificio de inicios de siglo existente en la esquina de Pueyrredón y Las Heras, construido también en una barranca, el que posee dos grandes niveles bajo tierra para salvar la diferencia de altura. Un excelente ejemplo, visitable sin dificultad, donde es posible apreciar este tipo de soluciones arquitectónicas, es la Bolsa de Comercio vieja en la calle San Martín, con fondo hacia Leandro Alem.

Un túnel totalmente diferente es el que construyó el Ferrocarril del Oeste cruzando la ciudad de este a oeste. Y si bien en este libro hemos evitado los temas de los subterráneos y las instalaciones de Obras Sanitarias, no podemos dejar de recordar éste debido a su sistemática presencia en notas periodísticas. El túnel fue construido por el antiguo Ferrocarril del Oeste tras presentar al gobierno un primer proyecto en 1905 que unía Plaza Once con el puerto. Se trataba de un tren para mercancías no para pasajeros. Esa propuesta inició una larga serie de pleitos que iban desde el otorgamiento mismo de esas autorizaciones hasta el monopolio preexistente para el transporte que tenía la Compañía Anglo—Argentina de Tranways. El tema fue zanjado con la ley



Plano de los túneles de Castelforte, Adrogué.



Plano de los túneles ya excavados de la Usina Eléctrica de Palermo.

6700 del año 1909 que autorizó la obra. Pese a eso los litigios continuaron hasta que una nueva ley, la 7846 promulgada en 1910, definió la concesión.

Las obras se iniciaron en 1912, pero la Primera Guerra Mundial las suspendió hasta 1916, en que fueron terminadas. El proyecto lo hizo el ingeniero inglés David Simpson, quien estaba en el país desde 1887 por las obras del Ferrocarril Trasandino; había sido el quien proyectó el subterráneo a Plaza Once en 1906. El responsable de la obra fue el ingeniero William Lowe Brown quien logró hacer la excavación, una verdadera proeza de ingeniería, totalmente a mano y con la ayuda de sólo una locomotora Decauville eléctrica para transportar la tierra, como si fuera una verdadera mina de varios kilómetros de extensión. El largo total de la vía es de 6100 metros y el túnel mide 4700 metros alcanzando una profundidad máxima de 20 metros en la esquina de Callao y Rivadavia. Toda la obra de hormigón armado fue hecha a mano, habiéndose excavado 162.000 metros cúbicos de tierra, se usaron 3 millones de ladrillos, 150.000 metros cúbicos de cemento, 40.000 toneladas de arena y 70.000 toneladas de piedra. El costo en su época fue de 6 millones de pesos. Por los cambios introducidos por la falta de importaciones durante la guerra nunca se pudo electrificar el ramal que siempre funcionó a vapor. También sólo se colocó una vía en lugar de las dos paralelas propuestas (99).

Entre marzo de 1949 y enero de 1950 el túnel y el tren fueron usados para transportar pasajeros con unos pocos vagones. Estos subían en Plaza Once y llegaban al Apeadero 1o. de Marzo en Cangallo y Madero. La capacidad máxima era de 400 personas y hacía cuatro viajes por hora. Pese a la existencia de dos respiraderos, uno en Alberti y otro en Plaza Congreso y a un gran ventilador colocado en la misma plaza, el vapor producía innumerables problemas a los viajeros, por lo cual fue suspendido.

El túnel se inicia en las vías del ferrocarril a un lado de la avenida Díaz Vélez entre Mario Bravo y Bulnes. Su descenso es lento y tiene todo el trayecto 6 metros de ancho y apeaderos para protección en casos de accidente. Cruza diagonalmente bajo la estación Once y la Plaza Miserere, donde hay un acceso clausurado; continúa de allí por Rivadavia teniendo otro respiradero entre Ayacucho y Junín y un acceso frente al cine Gaumont. Bajo plaza Congreso toma la Avenida de Mayo para dirigirse en línea recta hasta Balcarce, donde se curva al atravesar la Plaza de Mayo para cruzar Paseo Colón y salir al puerto tras el desnivel que da frente al Dique 3. Es una obra monumental por cierto y que muy casualmente es usada. De ser reciclada podía tener una importancia increíble en el mejoramiento del tránsito del centro de la ciudad.



Túnel subterráneo bajo la ciudad del Ferrocarril de Oeste, nótese su recorrido cruzando todo el centro de Buenos Aires.

Otra construcción que llamó la atención en varias oportunidades estaba ubicada en el interior del invernadero subterráneo del Jardín Botánico. Allí se observaba en una de las paredes un arco de mampostería de ladrillo, tapiado desde hacía mucho tiempo. La pregunta de los curiosos es qué había detrás. Se había especulado con la entrada a un túnel y varios nos visitaron con extraños trazados de pasadizos que desde allí partían o ahí terminaban. En 1985 (100) hicimos un pequeño estudio que consistió en limpiar los revocos de la pared del lado interno, y excavar el lado exterior. No existía nada de lo imaginado: se trataba de un arco de fundación del antiguo Polvorín de Cueli, construido en el siglo XVIII y que existió hasta fines del siglo pasado en que Carlos Thays lo demolió. El arco no estaba sólo, y en esa pared había otros tres similares al igual que varios pilares. Del lado exterior lo que se encontró es parte de otro muro, al parecer el que encerraba el pasillo que rodeaba al Polvorín. Lo que sucedió es que, al hacerse el invernadero, se había aprovechado la pared, cerrando los arcos, simplemente para abaratar la obra.

Este tipo de arco de cimiento es para nosotros extraño, ya que la idea de una zapata o cimentación horizontal es típica del siglo XX; pero no lo era así siempre. Desde Babilonia y en especial desde que los romanos escribieron sus tratados para obras en mampostería, los muros fueron sostenidos también por arquerías. En Buenos Aires, la presencia de una capa casi horizontal de arcilla a poca profundidad hizo que se la usara sin grandes inconvenientes; pero esta capa, llamada habitualmente *tosca*, aunque no lo es precisamente, posee quiebres, zonas irregulares y pequeñas diferencias de nivel. Esto obligaba a salvarlos con arcos de poco peralte que se hicieron más comunes en las zonas cercanas a los Terceros. Las fotos de nuestras excavaciones muestran ejemplos diversos descubiertos en los últimos años. La presencia de estas arquerías en paredes de sótanos, por ejemplo, también despertó leyendas acerca de entradas a túneles o misteriosos pasadizos.

Pero no puedo dejar de citar otros túneles mucho más modernos, hechos por oportunistas que quisieron hallar tesoros escondidos: el más actual es el que varios "expertos" hicieron en 1990 bajo el altar de la iglesia de San Telmo, partiendo desde una pared de la sacristía. Se profundizó un par de metros en vertical, se cruzó media nave en horizontal y se destruyeron dos cimientos, para no encontrar nada como era lógico de suponer. La falta de relleno provocará sin dudas graves daños al edificio en un futuro cercano, producto de la fantasía delirante. Espero que en los años venideros, quien encuentre este túnel no invente una nueva teoría sobre su uso y antigüedad.

VIII

Apéndice I

Héctor Greslebin

Este artículo en una versión más amplia fue publicado en origen en

Cuadernos del Instituto Nacional de Antropología, N° 6, pp. 31-73,
Buenos Aires, 1966/7, y en forma de separata en 1969.

Los subterráneos secretos de la Manzana de las Luces en el viejo Buenos Aires

El conocimiento del tema que hoy nos ocupa dejó de ser un secreto hace más de medio siglo. Porque en 1912 ya no lo era para mí, fecha en la que tomé razón directa de estas galerías subterráneas. Luego, mis datos de 1920 fueron en diversas épocas utilizados en publicaciones periodísticas que expresaban caprichosas superposiciones y adornaban el relato con profundo misterio.*

Desarrollar este tema, seriamente, luego de describir los detalles de construcción de estas obras, es inseparable de la formulación de diversas preguntas, por cierto, difíciles de contestar. Invita en primer término a considerar, por extensión, los numerosos lugares secretos subterráneos que han aparecido en el subsuelo del área ocupada por la vieja ciudad colonial. Se pregunta quiénes hicieron estas galerías y con qué finalidad trabajaron en silencio. Finalmente, constituyen estos recintos ocultos un sistema general o únicamente son expresión de precauciones domiciliarias para ser sus galerías utilizadas como depósitos en la época de la colonia, o establecer comunicaciones para preveer el ataque de los indígenas, o de los piratas, o facilitar el reparto del material obtenido por contrabando en una ciudad que le estaba prohibido comerciar.

Siendo tan amplio el tema y tantas las consideraciones que de él se desprenden, paso a ocuparme, únicamente, de la existencia de las galerías subterráneas que se encuentran en el subsuelo de la llamada Manzana de las Luces. Y aún así, me limitaré a su parte descriptiva. Hace muchos años tuve el propósito de realizar un trabajo integral sobre este

* *Greslebin, Héctor. "Detalles de los subterráneos de la manzana limitada por las calles Alsina, Bolívar, Moreno y Perú" (La Unión, 11 de octubre de 1920, p. 3).*

tema con mi amigo el doctor Rómulo D. Carbia, quien habría tomado a su cargo la parte histórica, pues decía conocer ciertos antecedentes al respecto (1). También ha fallecido el profesor Félix F. Outes, por quien fui consultado en varias ocasiones, cediéndole material para su anunciada obra "Las leyendas de los subterráneos de Buenos Aires" (2). Ambos estudiosos conocieron estas galerías bajo mi dirección.

Por ello, antes que el progreso borre todo recuerdo, es prudente dar a conocer un material inédito que poseo desde 1912 y que las alteraciones efectuadas en la edificación de la Manzana de las Luces lo convierten en documento único. Hago honor a la gentil invitación que me ha formulado el señor Director del Instituto Nacional de Antropología profesor Julián Cáceres Freyre para ocupar esta prestigiosa tribuna, dándome la oportunidad de explayarme sobre un tema para mí tan antiguo pero que puede ser un punto de partida para modernas investigaciones históricas. (3)

Confieso que he armado esta conferencia con verdadera fruición, releendo sus apuntes, comparando sus esquisos, hechos en aquellos años juveniles. Fue mi primera exploración arqueológica, realizada en el mismo corazón de Buenos Aires, cuando apenas tenía 18 años. Aún evoco el temor que me causara el enfrentarme solo ante el peligro de lo desconocido y la posibilidad de morir por un derrumbamiento.

Fue en el mes de abril de 1912, cuando apenas contaba diez y ocho años y cursaba los estudios de primer año de arquitectura en la Facultad de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, ubicada en dicha manzana, con frente principal sobre la calle Perú entre las de Moreno y Alsina. Una mañana, con algunos compañeros de estudios, penetramos a las galerías subterráneas por un hundimiento producido en el salón de dibujo ubicado sobre la calle Perú. Este accidente tuvo como origen el haberse efectuado la excavación preparatoria de la submuración de una columna, lo que significaba que se desconocía en absoluto la naturaleza del subsuelo.

Se había puesto al descubierto una galería estrecha (marcada C en el plano), que corría a pocos metros del nivel del suelo. A ella descendimos en tren de exploración algunos de nosotros reconociéndola en un largo trayecto por debajo de la calle Perú y en dirección a la llamada Casa de la Virreina ubicada en la esquina N.O. de las calles Perú y Belgrano. A la tenue luz de nuestras velas aparecían algunos macizos de cimientos que interrumpían parcialmente la sección de la galería, de coronamiento abovedado, que en toda su extensión se hallaba practicada en tierra firme. Su piso también era de tierra y en el trayecto recorrido no nos fue dado realizar hallazgo alguno. Luego se nos prohibió el acceso a dicho lugar y el descubrimiento cayó en el olvido por varios años.

Pasó el tiempo, pero en mi mente no se había esfumado totalmente aquella primera impresión y nació en mi el firme deseo de escudriñar la desconocida excavación y de develar sus secretos. Fue así como en 1918 decidí hacer mis primeras armas de terreno como explorador de estos subterráneos y descendí a los mismos en numerosas ocasiones. Lo hacía solo, primeramente con toda reserva, autorizado por el director de las obras del nuevo edificio del Colegio Nacional de Buenos Aires, mi buen amigo y colega el arquitecto José Espinosa, quien tenía la secreta misión de controlar mi regreso a cielo abierto en el máximo de tres horas de ausencia. Más tarde accedía a las galerías por la entrada que ha quedado tapiada en el Museo Nacional de Historia Natural, Perú 208, entrada que daba acceso directo al ramal que llamo B de estas galerías subterráneas.

El primer descenso, en 1918, por esta entrada del nuevo Colegio en construcción, lo realicé completamente solo y me causó, como ya dije, gran impresión. Llevaba un farolito de Kerosene, carpeta de dibujo, una cinta métrica, un metro doble y un gran ovillo de piolin que iba desarrollando a medida que avanzaba para asegurarme el camino de regreso. El aire era bueno, respirable, parecía que el ambiente estaba ventilado. El piso horizontal, libre de mayores obstáculos. A ratos ofrecía algunos amontonamientos, producidos por los derrumbes de tierra provenientes de los costados o del techo. La sección, de coronamiento ovalado, era amplia según veremos y permitía caminar con toda comodidad no tocando el techo con la cabeza. Los pocos detalles que se presentaban sobre las paredes y sobre el techo ayudaban a recordar el trayecto caminado y explicaban como se había realizado la obra. Poco a poco fui tomando confianza con esta obscuridad y olvidé el temor inicial. Repetí al lugar las visitas diariamente y a la semana estaba familiarizado con todas las galerías de la manzana seguro de no tropezar con inconvenientes. Me prestó su valiosa ayuda mi hermano César.

Con tal seguridad invité más tarde a reconocer estos lugares a algunos amigos, entre ellos, el arquitecto Angel León Gallardo, mi compañero de estudios de arquitectura. Concurrieron también a visitar este lugar, Alejandro Christophersen, Antonio Dellepiane, Martín Noel, Eduardo Lanús, Juan Waldorp, Alejandro Moy, Enrique Udaondo, Rómulo Ayerza, Martín Jacobé (hijo), Ricardo Cernadas, Severo Pizarro Almagro, Ricardo Güiraldes y Jorge F. Demarchi. (4)

Quien más se interesó por observar el lugar fue el profesor Félix F. Outes, el que a raíz de su visita, por mí guiado, anunció un trabajo titulado "La leyenda de los subterráneos históricos bonaerenses". Siempre esperé que saliera el trabajo anunciado por Outes, para desvirtuar

aquello de la leyenda de su título, pues los nuevos hallazgos que siguieron realizándose demostraron la existencia de los mismos, un sistema de comunicaciones construido durante la época colonial. Desde entonces he reunido numerosos antecedentes que hoy expongo en forma abreviada. Quizás Outes al hablar de leyendas se hallaba impresionado por su visita realizada el 5 de octubre de 1920 al subsuelo comprendido entre las manzanas de las calles Chile, Defensa, Estados Unidos y Bolívar. El detalle de esta visita, de este "descubrimiento", según se lo llamó, se ofrece en la página 3 del diario "La Unión", del 6 de octubre de 1920. Lo observado por Outes no fue más que el recorrido del lecho del antiguo "tercero", del cauce del arroyo que cruzaba estas dos manzanas de Sur a Norte y luego, antes de alcanzar la calle Chile, doblaba hacia el Este.

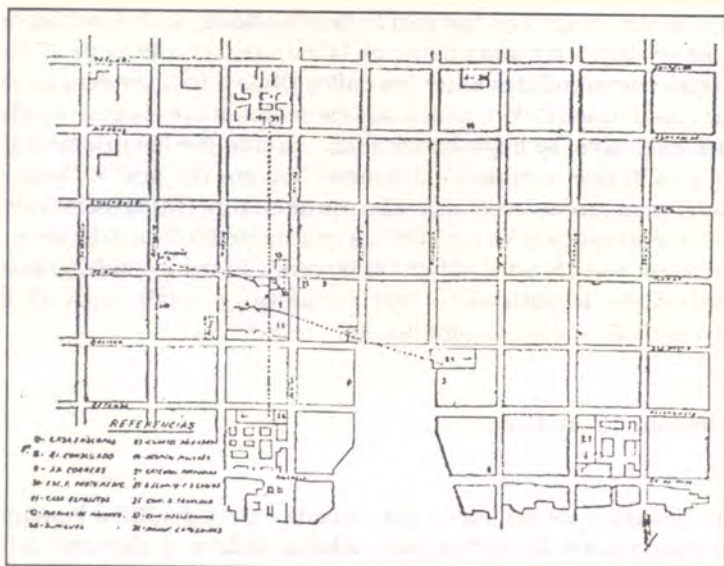
Sobre este "tercero" o Zanjón de Granados hay muchas noticias según se dice en el citado relato. "Este Tercero fue aprovechado en 1871, por el ingeniero Bateman, iniciador de las obras sanitarias de desagüe entre nosotros, como caño recolector. Para ello le revistió de mampostería dándosele una amplitud de cuatro metros cuarenta de ancho por tres y medio de alto y dejándolo convertido en una verdadera galería de arco. En tal carácter el "tercero" se incorporó a los progresos edilicios de Buenos Aires y prestó excelentes servicios hasta que el plan orgánico de las actuales obras de salubridad lo suprimió por inútil. Y pronto hasta se perdió la memoria de su existencia". *

Según el señor Luis Macheroni, nos dice en el diario La Nación del 15 de octubre de 1920, que el "tercero", "tenía su nacimiento a la vista en las calles Chacabuco entre San Juan y Cochabamba". Luego tomaba dirección Noreste apareciendo por San Juan al 630, a la altura aproximada de la calle Perú. En todo este trayecto el "Tercero" estaba al descubierto. El origen del lago subterráneo, según Mascheroni es posible que se deba "a las lluvias que caen en el interior de la manzana Cochabamba, Chacabuco, San Juan y Perú y que escurriéndose por el antiguo cauce lleguen a formar el lago de la manzana por su diario citado, o sea Defensa y San Lorenzo" *. Me pregunto si ese túnel ha podido ser utilizado como refugio y puerta de escape de los unitarios que en el año del terror huían hacia la Banda Oriental. (5)

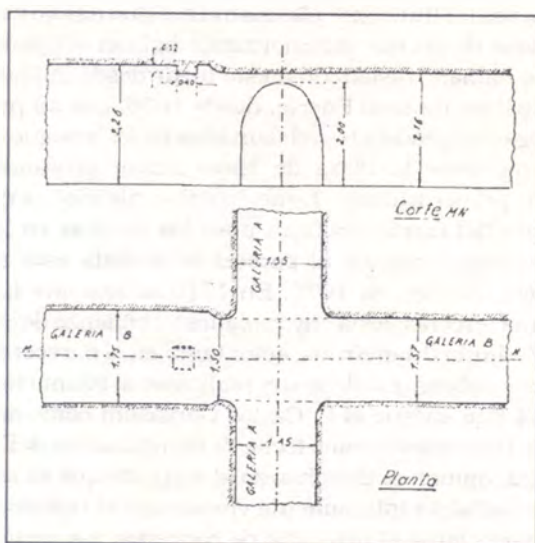
* En el subsuelo de Buenos Aires. "Hallazgo de un lago subterráneo en la Capital. Cuatro manzanas en peligro" (La Unión, miércoles 6 de octubre de 1920).

*Macheroni, Luis A. "A propósito del Lago subterráneo. Alguien me recuerda algunos interesantes antecedentes. El origen del "Tercero" Sur. (La Nación, 15 de octubre de 1920).

* Sobre el "Tercero antiguo". Una alarma infundada. (La Nación, 13 de diciembre y 14 de setiembre de 1920).



Ubicación de los subterráneos de la Manzana de las Luces en un plano de 1780.



Croquis del detalle del cruce de las galerías A y B.

Podemos comprobar que aún en la actualidad, el 13 de setiembre de 1960, se produjo un hundimiento en la casa de la Calle Chile 370*. Las manzanas comprendidas entre las calles Chile e Independencia, desde Bolívar hasta Paseo Colón, tienen sus cimientos sobre el agua regada por el túnel; este túnel se haya fraccionado, cortado por las nuevas edificaciones y es el que reemplazó al famoso "tercero del Sur" o "Zanjón de Granados, con un desarrollo aproximado de cuatrocientos metros de Este a Oeste. En su época el Virrey Vértiz, a continuación de la calle Perú, hizo construir un puente para salvar "el tercero". Este lago subterráneo ha sido estudiado recientemente por mi amigo y colaborador el joven arquitecto Juan Carlos Gamondes. (6)

La manzana de las Luces

La Manzana de las Luces, así llamada en el siglo XIX a la manzana comprendida entre las calles Perú, Alsina, Bolívar y Moreno, debe su nombre, ya de antiguo, a que dentro de su perímetro se instalaron una serie de construcciones cuyos claustros e institutos revestían autoridad literaria y científica. Decayó algo en importancia a partir de 1767. Pero desde 1810 nuevas instituciones plasman el antiguo influjo y se convierten en continuadoras de las que anteriormente habían ocupado este solar. Los jesuitas se habían trasladado a este lugar desde la Plaza Mayor en 1661. Allí ocupaban junto al Fuerte, desde 1608, con su primer capilla y Colegio, el lugar asignado a los adelantados en los antiguos planos. Por ello actualmente tiene la Plaza de Mayo mayor profundidad que la asignada en su primer trazado. También estos edificios perjudicaban la acción defensiva del fuerte. Edifican pues los jesuitas en la nombrada manzana su colegio e iglesia, al parecer terminada esta última como segundo edificio religioso en 1675. En 1710 se resuelve hacer en este mismo lugar una tercera iglesia cuyos planos y comienzo de obra ejecutan el Hermano Coadjutor Juan Kraus, actor también al parecer de los planos del Colegio anexo, obras que debieron realizarse al mismo tiempo. Kraus fallece en 1714 y le sucede el P. Carlos Gervasoni como arquitecto. El doctor Enrique Udaondo da como fecha de inauguración del Templo el 31 de julio de 1722, opinando Buschiazzo al respecto que es más probable la de 1732. Se hallaban íntimamente vinculados el templo y el Colegio. Como este Templo tenía el privilegio de concertar los certámenes de la inteligencia se le llamó Templo de las Luces, y por extensión, dado el

carácter de los edificios que le rodearon, su calificativo se generalizó a toda la manzana llamándola “Manzana de las Luces”.

Además del Colegio de los Jesuitas, como dice Juan A. Vilardi en su estudio “La Manzana de las Luces y el Colegio Nacional de Buenos Aires” (1939)*, esta manzana comprendía siete cuerpos de edificios “en los que funcionaban diez y ocho, o sea casi la totalidad de las reparticiones nacionales”, como ser, entre otras, la Legislatura, el Archivo General, la Universidad, el Museo, la Biblioteca Pública. La legislatura, inaugurada en mayo de 1822, funcionó en el edificio ubicado en la esquina N.O. de esta manzana, en Perú y Moreno, hoy Perú 294. Sobre esta esquina funcionaron la Escribanía Mayor de Gobierno y la Biblioteca Pública. El lugar me ha sido sumamente familiar porque bajo estos muros estaba instalada la Escuela de Arquitectura de la Facultad de Ciencias E., F. y Naturales, en la que cursé mis estudios desde 1912 a 1916. En la otra esquina, la N.E., Perú y Alsina, estaba instalado el Museo Nacional de Historia Natural “Bernardino Rivadavia”, y también funcionaba en ella la Universidad. La parte media de esta manzana sobre la calle Perú estaba ocupada por el Departamento de Escuelas, el Consejo de Obras Públicas y el Departamento Topográfico. Fue en esta sección, como se dijo, que al conformar una nueva sala de dibujo de la Facultad se produjo el hundimiento por el cual reconocí la galería marcada C en el plano. La esquina S.E. ofrecía cuatro negocios particulares. Y el Templo de San Ignacio como es sabido, ocupó siempre la esquina N.E. de la Manzana de las Luces.

Hasta el 3 de julio de 1767 funcionaba en la casa contigua al Templo de San Ignacio el llamado Colegio Máximo. En 1768 Bucarelli clausura la casa por la expulsión decretada por Carlos III, pero al año siguiente se abre el Colegio Convictorio y Universidad Pública de San Carlos. El Real Convictorio Carolino fue creado por el virrey Vértiz en 1783. Este Colegio de San Carlos estuvo presente en el espíritu de los días de mayo de 1810, porque seis miembros de la Primera Junta habían pasado por sus aulas. En 1813 la Asamblea le anexa el Seminario Conciliar. En 1817 el Director Juan Martín de Pueyrredón lo reforma llamándolo Colegio de la Unión del Sud. En la época de Rivadavia, en 1823 se llamó Colegio de Ciencias Morales. Desde 1829 es el Colegio de la Provincia de Buenos Aires.

En 1836 se hacen cargo del Colegio por un decreto expedido por Rosas, nuevamente, los P.P. Jesuitas, pero en 1841 debió sufrir el asalto

*Vilardi, Julián A. La Manzana de las Luces y el Colegio Nacional de Buenos Aires. Con un prólogo por el R.P. Guillermo Furlong Cardiff S.J. Buenos Aires, 1939.

de la Mazorca. Después de Caseros toma el nombre de Colegio Seminario y de Ciencias Morales y, finalmente, el 14 de marzo de 1863 Mitre crea bajo estas bases el Colegio Nacional de Buenos Aires. En 1907 se incorpora a la Universidad Metropolitana, incorporación que se hace efectiva en 1911. Todo esto da una idea de los cambios que tuvo que soportar este gran instituto educacional, modalidades que no es posible referir a la existencia de las galerías que afectan su subsuelo, las que por cierto deben ser muy anteriores a todas estas variantes.

El lugar denominado la Ranchería, al N.O. de esta manzana, donde más tarde lo he conocido como Mercado Viejo, era igualmente propiedad de los jesuitas. Allí se reunían los esclavos y el personal de servicio. En 1806, durante la primera invasión inglesa las fuerzas británicas del teniente coronel Pack ocuparon este lugar y la Iglesia de San Ignacio, siendo luego desalojadas por el Regimiento de Patricios.

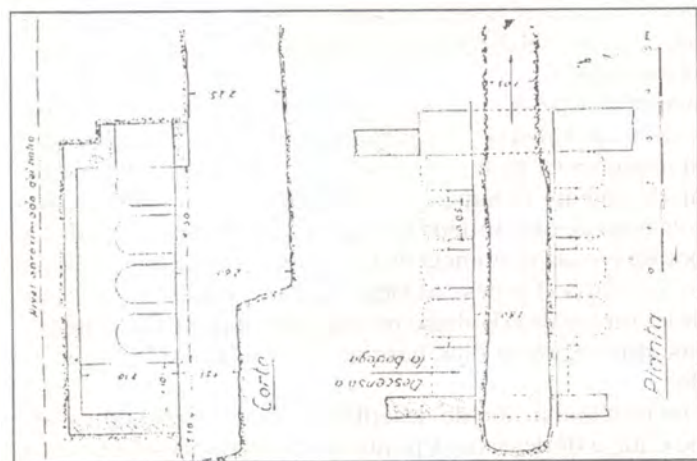
No comprendemos cómo el Dr. Enrique Udaondo, después de haber realizado su visita a estas galerías ha podido manifestar en su estudio "Reseña histórica del Templo de San Ignacio", respecto a las mismas que "se han fraguado al respecto toda clase de leyendas, afirmándose que había galerías que se comunicaban entre sí a varios templos de la ciudad". Niega este historiador la existencia de tales galerías y sólo admite la existencia de "depósitos, o sumideros, a juzgar por lo que se ha encontrado en ellas en diversos sitios".*

Descripción de las galerías subterráneas

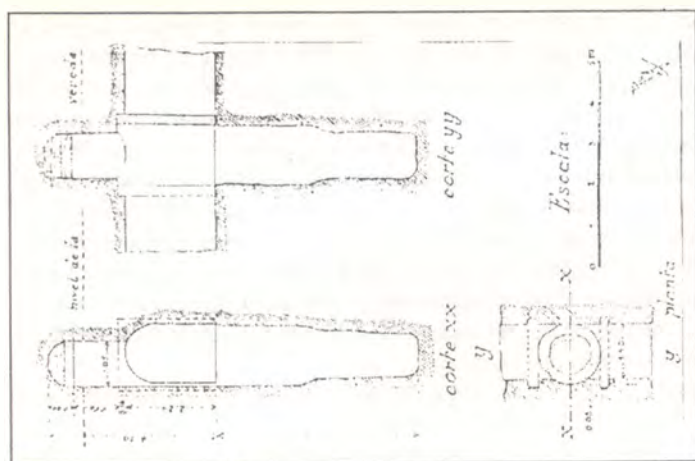
Sobre el croquis del conjunto de las galerías subterráneas que ofrece el subsuelo de esta Manzana de las Luces, representando en la figura 1, voy a hacer la descripción de las mismas. Este croquis está tomado del plano número 261, escala 1:100, del "Plano General de las Galerías subterráneas, encontradas en la manzana comprendida entre las calles Bolívar, Moreno, Perú y Alsina", de la Dirección General de Arquitectura del Ministerio de Obras Públicas y fue ejecutado en 1915 por el ingeniero L. Topelberg.

Fue por mí cotejado en todos sus detalles en 1918, sobre las mismas galerías, completando el relevamiento. En 1962, con los datos del ingeniero Topelberg, y con mis observaciones, mi amigo el arquitecto

*Udaondo, Enrique. Reseña histórica del templo de San Ignacio, 1722-1922. Buenos Aires, 1922, p. 34.



Planta y corte de la bodega del Colegio San Carlos y entrada a los subterráneos.



Detalle del pozo que intersepta la galería B.

Carlos Alberto Gamondés, igualmente conocedor de estas galerías, realizó un plano definitivo de las mismas. Pero nos guiaremos, para simplificar, por mi primer croquis del conjunto aparecido en 1920 en el diario "La Unión". La trama de estas galerías está formada por cuatro túneles que llamaré A, B, C y D. La galería A se cruza con la B y de esta última se desprenden la D y C. Aproximadamente en el eje Norte Sur de la manzana y tan solo a diez y seis metros de la calle Moreno se encontraron los restos de un antiguo recinto semisubterráneo, de forma rectangular, de 5,50 metros de longitud por 1,80 metros de ancho. Los muros que se erigen sobre los lados menores son perfectamente verticales. En cambio, los que determinan los costados mayores originan los estribos de una amplia bóveda a medio punto.

En los paramentos que corresponden a los lados mayores del rectángulo se abren 8 nichos de 85 centímetros de ancho, correspondiendo cuatro a cada lado. Estos nichos tienen aproximadamente una altura de 1,25 metros rematando su perfil en una bóveda a medio punto. Sobre la parte externa del espesor de estas pequeñas bóvedas pudo observarse una serie ordenada de números romanos correspondiendo un número a cada nicho. Todos estos números son de origen moderno, han sido ejecutados en 1886 por los entonces estudiantes del Colegio Nacional, doctores Antonio Dellepiane, Angel Gallardo y monseñor José León Gallardo a raíz de una interesante broma que ya abrigaba la intuición de la existencia de las galerías que pasamos a describir.

En el lado menor de este rectángulo, en aquel que mira al Norte, se abre sobre el espesor del muro un nicho de mayores dimensiones que las de los ocho nichos ya citados, ubicados sobre los lados mayores del Este y del Oeste. Pero la flecha del arco en que termina alcanza el mismo nivel que la de los otros arcos.

El descenso de la superficie del patio a este recinto semisubterráneo, cuadrangular, debe de haberse efectuado por un plano inclinado que corresponde al ángulo S.O. de la construcción y cuya buena ubicación permite utilizar totalmente la superficie rectangular de la cámara. Indudablemente se trata de una antigua bodega de los P.P. Jesuitas puesta en evidencia por su escasa diferencia de nivel con el techo que le forma el patio, lo que facilitaría el acceso al local, aún con pipas de vino. Las dimensiones de los nichos de la bodega corresponden a las de las antiguas pipas españolas, que según se dijo, habrían descendido al local por el plano inclinado.

Tal es el recinto que acabo de describir en primer término considerando como el lugar de descenso y punto de arranque del subterráneo

o galería A, lo que puede fácilmente deducirse siguiendo la dirección de los golpes de pico en la galería que de él arranca, detalle que se ha conservado perfectamente bien.

Era suficiente cavar unos pocos centímetros debajo del piso de esta antigua bodega para encontrar en el sentido longitudinal del rectángulo una amplia cavidad cerrada en bóveda, de sección más o menos ovalada, que se identifica con el perímetro de la construcción citada, no dando lugar a dudas de que el subterráneo ha sido acordado a los fundamentos de la bodega. (7)

Debajo del gran nicho que mira al Norte, según puede observarse en la foto 1, arranca de Sur a Norte la galería que he llamado A, porque el sentido de los golpes de pico indica que la obra comenzó desde este lugar. Si consideramos que esta sección tan sólo tiene en el arranque 1,10 metros de ancho y una altura de dos metros, se deduce que un obrero no puede efectuar su tarea en otra dirección que la ya señalada, es decir, de Sur a Norte.

Esta galería A, desde el extremo Sur de la bodega, hasta su extremo Norte, debajo de la calle Alsina, mide 105,40 metros de longitud teniendo en cuenta las sinuosidades de su desarrollo. Cerca del arranque, a unos tres metros de la bodega, existe un grupo de cinco pequeñas galerías que parten de ella, que no alcanzan a tener cinco metros de profundidad y se disponen perpendicularmente a la misma. Tres de ellas arrancan de la pared Este del túnel y las otras dos de la del Oeste. Es difícil suponer la finalidad de ejecución de estos pequeños ramales laterales, pues si bien es cierto podrían haber sido efectuados con el objeto de alcanzar algún punto determinado debido a que las del grupo del Este presentan direcciones convergentes, me parece demasiada tarea para este intento y tal vez es mejor suponer que hayan sido destinadas para depositar objetos de valor, como un anexo de la bodega.

Después de franquear el codo que hace esta galería A a mitad de su desarrollo y a unos tres metros del mismo, hacia el norte, se presenta un amplio ramal de 1,50 metros de ancho por 10,40 metros de longitud. Este ramal, cuya existencia he verificado no figurando en el plano de Topelberg, es completamente perpendicular a la galería A. Me llama la atención que no haya sido consignado en el plano de Topelberg, pero no creo que haya sido ejecutado entre 1915 y 1918 (8). Luego la galería principal sigue en línea casi recta hasta el final y a unos 20 metros de este codo se cruza con otra importante galería la B, que le es casi perpendicular. En las proximidades de la calle Alsina existen sobre el flanco Este otros dos pequeños ramales perpendiculares, de 2 y 6 metros de profundidad, por

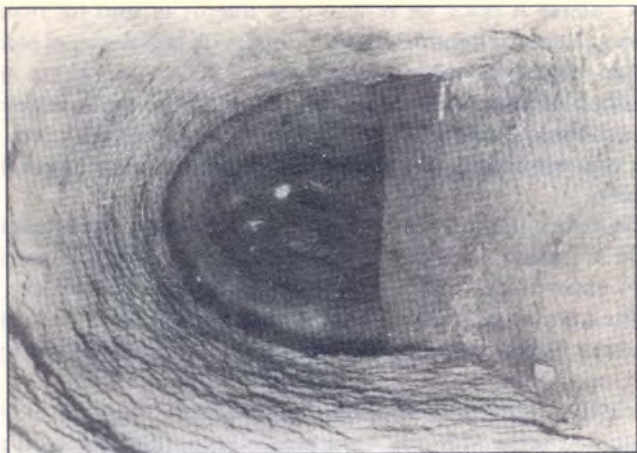
1,50 de ancho, que pueden haber sido punto de partida para establecer nuevas ramificaciones.

Si observamos sobre el plano de la manzana la línea Norte a Sur trazada por esta galería A notamos que ofrece dos partes de características bien definidas. La primera, la del Sur, que he venido describiendo desde su arranque, es tortuosa, indecisa. Cabe formular a este respecto algunas hipótesis. Tal vez su trazado acuse sencillamente la falta de práctica en este género de obras y en conseguir direcciones rectilíneas. O bien, su trazado puede ser el deseo de despistar al intruso, impidiéndole además relacionar la dirección de la galería con la ubicación de los edificios de superficie, confundiéndolo en el camino recorrido. Igualmente, estas sinuosidades podrían ser la expresión de un recurso defensivo característico en la construcción de trincheras, impidiendo ser batido en el camino por fuego de fusil, máxime si es portador de una lámpara o velón ofreciendo así un buen blanco.

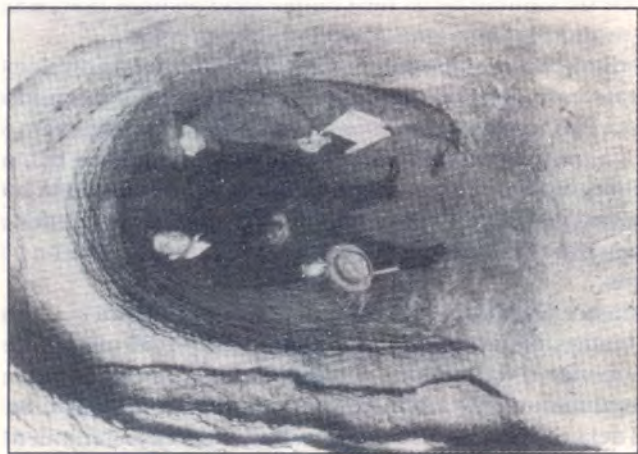
En la vuelta o codo de la galería se plantea el problema anterior. Porque a 2,60 metros del extremo de este codo de la parte tortuosa existe en X en la porción central del techo de la misma una singular perforación de un metro de profundidad, que comienza en el intradós de la bóveda con una sección aproximada de 26 centímetros de diámetro y que va disminuyendo en altura hasta reducirse a cuatro centímetros en la parte final. El interior de este como hueco imperfecto acusa los golpes de la barra, de abajo hacia arriba, con que fue conseguido.

En el punto Y de la misma figura comienza la segunda parte de esta galería A caracterizándose por su dirección casi recta hasta alcanzar el plano vertical bajado por la vereda Sur de la calle Alsina. En este punto Y, en la esquina, existe en el techo un agujero que presenta una técnica similar a la descripta para X. Todo hace suponer que este segundo agujero también cónico, ha sido practicado primeramente con barrena o con mecha desde la superficie y por lo tanto ha sido luego buscado de abajo hacia arriba según lo acusan los golpes de barra. El agujero anterior tal vez fue comenzado directamente desde el interior, debido a que se encuentran en el mismo medio del techo ovalado de la galería. Sería gran casualidad haber alcanzado la línea media comenzando la perforación desde arriba. Además, siguiendo el desarrollo de la galería en en sentido de su ejecución, el agujero X debe haber sido hecho primero. Luego, determinado este punto en la superficie se habría procedido a alinearlos con la dirección fijada a la galería bajando un segundo punto. Y para luego alcanzarlo desde el interior.

La diferencia en la situación de estos dos agujeros con respecto al



Cruce de la galería A con la B mirando al norte desde la A.



Vista de los detalles laterales de la pared de la galería B, debajo del muro, mirando al norte.

trazado de la galería A pone de relieve que mientras uno ha fijado la situación de la galería partiendo del punto medio de la bóveda, el otro, en cambio ha sido bajado al tanteo y una vez hallada la galería se ha procedido probablemente con ayuda de la brújula en la dirección buscada. Es así como puede observarse que este segundo agujero y se encuentra en una esquina de la galería al comenzar la parte recta de su segunda sección.

Este codo de la galería A debe haber jugado un importante papel en la actividad de la misma pues ofrece en este lugar dos amplios asientos cavados en el espesor del muro Este, que permiten descansar a dos personas, estar atentas, sin exponerse al fuego de fusilería de la parte recta de la galería. Todo esto haría suponer que las vueltas del arranque han sido realizadas con toda premeditación.

La franca diferencia que muestra la galería A entre su porción sinuosa al Sur y la recta al Norte, bien puede responder también a un cambio de técnica, o a un cambio de constructor. En efecto, en la parte recta se observa sobre el coronamiento del intradós de la bóveda un juego de testigos, paralelepípedos obtenidos a costa de la misma sección de la galería, que ha permitido orientar perfectamente en dirección rectilínea el trabajo y aún conservar su nivel. Como el punto X no ha podido al interior relacionarse con el Y por impedírselo un macizo de tierra, es posible que se haya empleado brújula para conseguir la alineación recta de la segunda parte de la rama A.

Así fijada en la superficie la rotación angular con el Norte habría sido llevado este mismo valor desde el punto Y. De esta manera este codo es la expresión de un cambio de técnica empleando testigos que rectifican la tarea asegurando el túnel una dirección determinada.

El procedimiento de conseguir la dirección, rumbo y la nivelación se encuentra representado en la figura 6, a. Admitamos construidos los testigos o llaves B y C cuyas superficies planas inferiores definen un plano horizontal cuya traza se encuentra representada por la línea BC, por la que se ha conseguido una línea de nivel. La construcción de la bóveda debe ser terminada en tal forma que la distancia entre la parte inferior del testigo y la superior del intradós, sea constante. En el ejemplo he puesto 10 centímetros.

Avanzada la excavación en la distancia requerida para la ubicación de un nuevo testigo, distancia que varía entre 1,30 y 1,55 metros, se deja en la parte superior del túnel un montículo más o menos informe que contenga aproximadamente las medidas definitivas del testigo. Se prosigue el túnel dejando librado a su propia adherencia el sostenimiento del

montículo, que así queda colgado del techo. Cuando nuevamente se ha conseguido avanzar una distancia prudente, por observación se consigue el plano de enrase BC. Se desbasta el montículo consiguiéndose así la prolongación de la línea AA del intradós de la bóveda y por medio de una plomada se obtiene la línea media en la planta de la galería. De manera tan sencilla se consigue una elevación uniforme del túnel y su nivelación.

Este ramal A presentaba una serie de pequeños rebajos en sus muros, medios paraboloides, distantes entre 1 metro y 1,30 metros del piso del túnel. Tienen unos 45 centímetros de altura en el eje vertical y 25 centímetros en el transversal. Indudablemente han sido ejecutados para disponer velas o faroles asegurándose la iluminación de la galería.

La galería B. La galería B, que corre de Este a Oeste, corta casi perpendicularmente a la parte recta de la galería A anteriormente mencionada, al tercio Norte de la manzana. Las nuevas obras del Colegio Nacional han interrumpido en el punto M, esta galería desde el lado Este. Los trazos de los picazos observados sobre sus paredes y techo indican francamente que ha sido construida de Este a Oeste.

El cruce con la galería A es digno de ser observado, pues pone de relieve la incertidumbre de los obreros, los que venían conservando sobre la galería B una sección de 2,26 metros de altura por 1,75 metros de ancho y al encontrar esta galería A disminuyen la altura a 2,16 metros y el ancho de la sección. Así la sección mn sólo tiene 2,16 metros de alto por 1,57 metros de ancho.

Este cruce es franco, con sus aristas bien cortadas a pique y con sus diedros de curvas perfectas en sus aristas, circunstancia que excluye toda probabilidad de que dicho cruce haya sido un punto de partida para ejecutar la galería B, que tiene un trazado definido. De otra manera los pies derechos de las bóvedas habrían sido redondeados en el cruce. El plano de arranque desde el suelo es el mismo para ambas galerías. En la foto 3, se observa bien la intersección del cañón corrido de 1,80 metros de alto con el paramento de 2,16 metros de la galería B.

En el eje del túnel hay un testigo con el cual venían conservando la dirección de la galería B. Este testigo, de sección cuadrada, mide unos 40 centímetros de lado y su altura es de unos 10 centímetros; es decir, la diferencia entre 2,26 y 2,16 metros que tiene la galería B con la A en el cruce. La planta de dicho cruce se halla representada en la figura 4 y pone de relieve que el ancho de la galería A en su parte anterior y posterior al cruce es sensiblemente igual al de la parte Oeste de la B, es decir, de 1,57 metros. En cambio, la parte Este de la B mide 1,75 m de ancho.

Es decir, los constructores de la galería B venían del Este con una

sección uniforme, definida, con una orientación franca y al cruzar la galería A han reducido esta sección en ancho y altura. Todo hace pensar que la rama A fue construida en primer término. Cuando la B cruza la A se continúa sensiblemente del Este hacia el Oeste con la sección de la A.

Si bien es cierto en el comienzo de la galería A, la bodega, es franco, en cambio el final de la misma en esta manzana es indefinido por los derrumbes habidos que taponan la sección al alcanzar el plano vertical de la vereda de la calle Alsina. Existe la probabilidad de considerar que esta galería haya atravesado la calle Alsina, en dirección al Cabildo*. Basta para ello recordar lo que nos dice Vicente Nadal Mora:

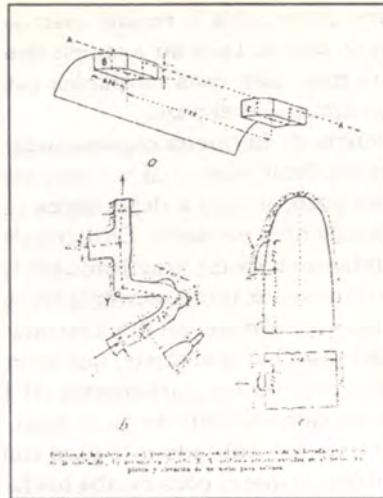
"Al hacerse obras en el Cabildo de Buenos Aires, fue hallado el tramo de otro túnel, del cual se hizo un relevamiento; en dicho plano puede verse que la dirección del túnel es continuidad del tramo Sur—Norte, por el que no se puede continuar a causa de obstáculos caídos debajo o después de San Ignacio; el túnel luego de venir perpendicularmente a través de Hipólito Yrigoyen, antes Victoria, dobla a 45° y coincide con el eje transversal del Cabildo, debajo de su vestíbulo de entrada y antes de llegar a la recova dobla de nuevo en ángulo recto hacia el Norte, hacia la calle San Martín. El ancho de esta galería subterránea se consigna en dicho plano en 1,50 metros, no habiendo sido posible verificar la altura por hallarse el suelo con escombros; la bóveda tiene su punto máximo a 1 metro bajo el piso del vestíbulo de la sala capitular".*

Podemos anotar que el ancho de este túnel es el mismo, del de la galería A de la Manzana de las Luces.

Pozo. A unos doce metros del cruce de estas galerías, hacia el Oeste, el piso de la galería B se halla interceptado por un pozo cuya circunferencia es tangente con los paramentos de la galería, que en este lugar mide 1,40 metros de ancho. Este pozo ha sido un antiguo sumidero a juzgar por los residuos que en él se advertían, como ser huesos, trozos de ropa, vidrios, pedazos de loza, etc.

Como puede verse la galería ha encontrado al pozo ya construido y también relleno, pues aún no se puede observar la tierra negra que se empleó para tapanlo adherida a la superficie del mismo. A ambos lados del pozo se encuentran dos sistemas de cavidades lineales verticales, rectangulares, practicados sobre las paredes de la galería, pueden hacer

*Nadal Mora, Vicente. "Los subterráneos secretos de Buenos Aires" (Historia: revista trimestral de Historia argentina, americana y española. Año II, abril-junio 1957, Nº 8, pp. 132-137. Buenos Aires).



Detalles de la galería A: a) prismas de tierra en el nivel superior de la bóveda, empleados en la nivelación; b) asiento en el codo. X, Y, orificios cónicos cavados en el techo; C) planta y elevación de un nicho para velones.



Otra vista interior de las galerías (A.G.N.)

pensar en dispositivos destinados a recibir marcos de puertas según puede observarse en la foto 4. Pero su examen detenido muestra que nunca las tuvo y que más bien esas cavidades estaban destinadas a colocar maderas para apuntalar el pozo.

Tal vez la conciencia de la buena consistencia del terreno en este lugar al practicar las perforaciones y al ver que efectuada la obra no cedían las paredes del pozo, indujo a dejar libres estas entradas en la pared sin los correspondientes puntales. Es digno de tenerse en cuenta que estos puntales pudieron haberse practicado sin hacer tales entradas en la pared; pero privó el deseo de no disminuir la sección útil de la galería. Puede bien confirmarse esto al observar el muro que atraviesa la galería a unos siete metros del pozo hacia el Oeste, que se encuentra sostenido por un dispositivo que deja en los paramentos de la galería entradas verticales idénticas a las que encuentran en el pozo.

Puede muy bien haberse utilizado este pozo como trampa, pero es importante dejar establecido que el pozo estaba hecho, relleno y cubierto con bóveda cuando le alcanzó la excavación subterránea.

Al llegar al punto N de la galería B se desprende hacia el Norte el ramal D, cuyo trazado rectilíneo es perpendicular a la misma. Apenas tiene unos 97 centímetros de ancho y 1,40 metros de altura. Las trazas del piso acusan que ha sido cavada de Sur a Norte; es decir esta galería ha partido indudablemente de la galería principal B, y su sección es mucho más pequeña.

Este ramal D desprende a su vez otro en el punto S, que va dirigido de Este a Oeste, que conserva la altura de 1,40 metros, por 1,10 de ancho, altura que va disminuyendo a medida que se avanza hacia el Oeste, debido a los derrumbes que hacen difícil su exploración, según puede verse en la foto 5. El final de este ramal D sobre el plano vertical de la calle Alsina apenas tiene una sección de 1,60 metros de alto por 0,70 metros de ancho, todo hace suponer que había intención de conservar el codo Sur—Norte Este—Oeste con las mismas medidas a partir del punto S. La prolongación de D hacia el Norte debe haber sido un simple tanteo.

Sobre este ramal desprendido del punto S, en la parte que corresponde al Museo Nacional de Historia Natural existe un apuntalamiento moderno que ha sido practicado atendiendo a un desmoronamiento de tierra producido por infiltraciones de aguas. Aquí también se halla otra entrada a la galería D, después de cruzar a la derecha la entrada del Museo por Perú 208, entrada que he utilizado muchas veces con los visitantes.

El pequeño ramal desprendido en el punto S de la galería D, según

puede observarse en la fotografía 5, ha sido hecho con toda precipitación, por sus irregularidades y menor sección. Así es el único tramo del túnel del sistema de esta manzana que no ofrece regularidad en planta y sobre las paredes de la bóveda. Además, su sección es menor, económica: está señalando el deseo de llegar pronto a un lugar, en tren de exploración.

Si se prolonga este ramal se llega al lugar que antiguamente ocupaba: "la Rancheria", el primer teatro de Buenos Aires; luego, estaba situado este edificio en Chacabuco, entre Moreno y Alsina. Era un galpón de paja, que fue quemado en 1792 y ocupadas en 1806 sus ruinas por el cuartel general del Regimiento 71 del invasor.

Mucho se ha hablado de las intenciones militares de los ingenieros catalanes Felipe Sentenach y Gerardo Esteve y Llach, dispuestos a hacer volar el fuerte y este cuartel del Regimiento 71 ocupados por los ingleses. Creo que se puede afirmar, por las características de este tramo del túnel y por su estratégica ubicación, que este chicote desprendido de la galería D representado, en la foto 5 era el túnel practicado por los citados ingenieros para llegar al subsuelo del cuartel del Regimiento 71.

Continuando por la galería B llegamos al punto R, sobre la calle Perú, donde se halla obturada. Antes de llegar a este lugar en el punto T, se desprende un ramal o galería C, que un buen tramo corre paralelamente a la calle Perú para después converger hacia dicha calle siendo interceptado en V, debajo de la esquina de Perú y Moreno por un caño de Obras de Salubridad.

Es a este ramal C, al cual descendí por primera vez en el año 1912, según se dijo, en ocasión de efectuarse trabajos de cimentación en el aula de dibujo. Se hallaba interceptado por pilares según se observa en el plano. Lo había recorrido hasta el punto V. La sección de esta galería es incómoda al paso y acusa una técnica de construcción más imperfecta. Dicho ramal, prolongado, está directamente orientado en dirección a la llamada Casa de la Virreina, la esquina N.O. en el cruce de las calles Perú y Belgrano (9). Esta vez las sinuosidades de la planta pueden muy bien explicarse por las interrupciones de los cimientos de los edificios. (10).

Respecto a la época de construcción de estas galerías debe tenerse presente que todas corresponden a la misma época por los niveles equivalentes de los pisos de los túneles, que apenas los separan dos o tres metros de la superficie actual del terreno. Debe de suponerse que estas obras han sido hechas en una época en que todo el terreno afectado por ellas pertenecía a un único propietario, y por lo tanto estaban estas galerías a cubierto de posibles reconocimientos causales, de sondajes realizados por extraños, los que de esta manera fácilmente habrían descubierto la

existencia del sistema. Por lo tanto, debe de pensarse que dichas galerías han sido hechas cuando el lugar formaba parte de grandes quintas de propiedad de las congregaciones religiosas, es decir muy anteriormente al año 1800.

En suma, es suficiente observar el plano, para deducir que las galerías que se encuentran en el subsuelo de esta manzana constituyen dos sistemas de túneles diferentes, que se interceptan y que son fácilmente identificables por sus características. La galería que he llamado A corre de Sur a Norte, mientras que la B se dirige de Este a Oeste siempre atendiendo al sentido indicado por los picazos, nitidamente marcados en los paramentos de ambas. Esto resulta aún más claro al observar el cruce de ellas y comprobar que en dicho lugar no alteran ni vacilan las galerías en seguir las direcciones de ejecución que traían.

La galería A, cubierta a cañón corrido, de sección aproximadamente ovalada, alcanza dos metros de altura en su parte inicial debajo de la bodega; va luego insensiblemente disminuyendo la amplitud de esta sección hasta alcanzar 1,80 metros de altura en el corte c d, para conservarse uniforme hasta el cambio de la misma indicado en el corte g h.

Desde este punto g h hasta el final observable de la galería, que coincide con el plano vertical bajado por la vereda de la calle Alsina, el terreno afecta muy poca consistencia. Es fácilmente desmoronable y la capa arcillosa ha sido reemplazada por afloraciones del pampeano lacustre.

El obrero, no obstante, ha proseguido únicamente sobre un corto trecho y resolvió para obviar tal inconveniente dar a su bóveda la forma francamente ojival, más apta para resistir los empujes que la ovoide de la sección anterior, pero conservó el mismo ancho y altura que ofrece esta parte anterior de la galería. A medida que la construcción de la galería avanzaba hacia el Norte el terreno ofrecía cada vez menor consistencia y ha obstaculizado el trabajo del obrero, a tal punto, que le ha hecho desistir de su propósito a pesar de haber salvado un gran inconveniente como lo es el paso por debajo de los pilares de la gran cúpula de San Ignacio. Indudablemente ha tenido para él, mayor importancia considerar los efectos destructivos que causaría el tráfico de la calle Alsina en un terreno de poca consistencia socavado por una galería. Este detalle merece una consideración especial.

En 1920 con motivo de mis estudios sobre estas galerías subterráneas manifesté en el diario La Unión la conveniencia de realizar tanteos para establecer exactamente la correspondencia de la galería A con los pilares de la cúpula del Templo de San Ignacio. Dije en aquella ocasión:

“En el año 1917, con el objeto de adquirir mayores detalles gráficos que ilustren los datos históricos que se poseen sobre la construcción de iglesias de nuestra metrópoli continué el relevamiento del Templo de San Ignacio, ya iniciado con el arquitecto Hary el año anterior. Posteriormente, en 1918, según queda dicho estudié detenidamente las galerías subterráneas de esta Manzana de las Luces. Tuve ocasión de verificar en sus líneas generales el plano ejecutado en escala 1: 100 por el ing. E. Topelberg sobre el cual he agregado detalles. En posesión del plano de San Ignacio tuve la idea de superponer dichos planos a fin de cerciorarme a través de que parte de la iglesia se abre paso en el subsuelo la galería A para alcanzar la calle Alsina. Mi sorpresa no tuvo límites al observar la superposición de estos dos planos. Me pregunté cómo un conducto de esta naturaleza podía pasar debajo de uno de los principales muros y de un pilar de la cúpula, sin interesar su estabilidad? Creí contestarme pensando que dicho conducto hubiera sido practicado a buena profundidad y como su trazo es tortuoso, tal vez no me hubiera percatado de un descenso en ese sitio. Una rápida nivelación practicada con un nivel de agua me permitió establecer que la cota del punto de partida de la galería y del nivel coinciden, o es sensiblemente la misma. ¿Cómo puede entonces permanecer en pie dicho pilar, siendo que tan sólo dista de 1,50 a 2 metros de la bóveda del subterráneo? Podríamos explicar el caso con un error del plano en la línea de la acera de Perú, o aún hacia la calle Bolívar y por lo tanto no se presentaría esa situación de peligro. Pero el error, si existe, no puede ser muy grande y siempre alguna de las ramas ha de interesar a uno u otro pilar de la cúpula. La consistencia del terreno en este lugar y la forma ojival de la sección hacen pensar que esta bóveda de tierra trabaja bien contrarrestando los esfuerzos que recibe de los pilares.

Según opinión de Outes, a través de un reportaje que le hiciera Dardo Cúneo en “Mundo Argentino”, la construcción de estos subterráneos es de origen europeo y su finalidad es la defensa: “Pocos son los castillos de determinadas regiones europeas que no los cuentan. Paris está atravesada por infinidad de anteriores comunicaciones subterráneas”. Por mi parte diré, que después de tantos años que he cumplido estas andanzas, pienso que estos conductos subterráneos además de una finalidad eventual de defensa tuvieron el motivo de servir al contrabando. Sabemos que los barcos pretextaban frecuentemente el mal estado de sus fondos, y entraban a puerto con motivo de arreglarlos, descargando sus cajones temporariamente. Estos se colocarían en lugares seguros donde se efectuaría la substitución de la mercadería (11). Sabemos ahora que existían almacenes para esto con salida directa al río. ¿Estarían estos

almacenes en comunicación con el resto del sistema que hemos descrito? (12). Se podría saber algo comparando los objetos que he encontrado en la Manzana de las Luces con los de estos almacenes. Desgraciadamente tuve la honradez de devolverlos y por ello los considero perdidos. Sería una forma de establecer si pertenecen a la misma época.

Los europeos trasladaron directamente a América sus costumbres, su arquitectura y hasta el plano de sus viviendas, nada debemos extrañar que también hayan trasladado la práctica de construir túneles, a veces de simple alcance domiciliario, o bien unidos entre ellos constituyendo así excelentes medios secretos de defensa contra los indígenas o los piratas. Más tarde fue usado por revolucionarios y refugiados políticos. Son famosas las de Lima y Cuzco, sistemas de galerías subterráneas atraviesan sus subsuelos. Igualmente los tienen Arequipa, Moquegua, Cajamarca y Trujillo. Los Incas habían construido subterráneos aún atravesando el lago Titicaca desde la isla del Sol hasta la costa, según una leyenda (13). El doctor Alberto Pareja y Llosa, empleando modernos procedimientos radioestésicos ha levantado el plano de los de la ciudad de Cuzco siendo el 90% de ellos obra del Incanato. Podríamos recordar los subterráneos mayas, como los de Palenque, destinados a permitir el paso del sacerdote hasta el altar mayor (14). Si bien estos subterráneos están relacionados con el aspecto religioso, los que nos ocupan, los de la época de los españoles, en todas las ciudades de América sólo han tenido una finalidad práctica, la defensa y el contrabando.

En nuestra ciudad de Córdoba, en diversas épocas y distintos lugares de su planta urbana han sido halladas construcciones subterráneas y túneles cuyo empleo es difícil de enunciar. A propósito, el arquitecto Juan Kronfus al considerar estas construcciones subterráneas se muestra descreído, cree que la mención de las mismas se halla desnaturalizada por la fantasía, que son cuento, o calumnia. Todos estos dicesos los encuentra similares a los que se han propalado sobre las galerías subterráneas de Buenos Aires y expresa que en 1902 intervino la Municipalidad de Buenos Aires y desacreditó leyendas y cuentos circulantes (15). Expresa que el resultado oficial no comprobó la existencia de túneles o de galerías subterráneas, lo que según acabamos de ver es inexacto, pues poseemos planos y fotos de las mismas.**

*Kronfus, Juan "Arquitectura Colonial" (Revista de la Universidad Nacional de Córdoba, año V, N° 1, mayo de 1918, Córdoba).

**Vidal, Blas. "Una excursión por los subterráneos de Buenos Aires" (Caras y caretas, N° 286, año VII, marzo 26 de 1904).

Pero no deja de reconocer este autor que si bien las galerías existentes no definían un sistema, fueron practicadas en la época de las invasiones, con la finalidad de construir depósitos de armas. Más tarde fueron utilizadas por los revolucionarios y conspiradores de varias épocas. Decimos que por lo tanto, según se infiere de los mismos datos de Kronfus, las galerías existían. Niega este autor la existencia en la ciudad de Córdoba de subterráneos que la unían con Santa Catalina. Y respecto a la cripta llamada "El Noviciado" opina que es una cripta de iglesia y niega también la existencia de un subterráneo que la comunicara con la iglesia de los Jesuitas. "El Noviciado" es una cripta situada en la esquina Rivera Indarte y Colón de la ciudad de Córdoba. Es una enorme cripta con dos naves centrales en cruz y una galería que las circunda en conjunto. Se conoce este lugar desde 1767. El Dr. Casares supone que es un refugio contra el ataque de los indígenas, concordando con la opinión de Kronfus. (16)

Después de haber realizado objetivamente la descripción de las galerías subterráneas, o túneles, que corresponden al subsuelo de la Manzana de las Luces no se puede menos que reconocer que estas galerías conforman un sistema definido por dos ramas diferentes, la A y la B, que se interceptan en el cruce H. El profesor Outes en sus declaraciones consignadas en La Prensa del 26 de noviembre de 1927, considera que este sistema es moderno, diciendo: "Además de estas construcciones subterráneas, todas ellas históricas, existen en la manzana Perú, Moreno, Bolívar y Alsina un rico complejo de galerías, todas modernas, construidas en 1909 por el ingeniero Carlos Martínez, a indicación del doctor Pena, con el objeto según se decía, de estudiar el subsuelo de la ciudad y proceder a su saneamiento".

Esta afirmación es insostenible. Desconocemos la obra de Outes sobre los subterráneos pero el trazado de estas galerías demuestra que ha sido realizado por medio de procedimientos muy primitivos, que no pueden ser obra de un ingeniero. Las sinuosidades del trazado de estos túneles nada tienen que ver con el exámen del terreno. Además no puede aceptarse que sean construcciones de carácter sanitario. Por estas galerías no ha corrido agua, sus suelos conservan prácticamente el mismo nivel horizontal y carecen de erosión.

Outes quiere contrarrestar la versión de la existencia de una red subterránea que unía a las viejas iglesias y conventos. Dice haber controlado "todas las excavaciones hechas al levantar los nuevos edificios y que han evidenciado que no existen tales galerías, pues los cortes hechos en el terreno, en la zona afectada alcanzan grandes profundidades".

Supone este autor que en el bloque Diagonal Sur, Alsina y Chacabuco "deben encontrarse los restos de la galería de mina construída por Felipe Centenach y su amigo Gerardo Esteve Llach, junto con otros catalanes, con el propósito de hacer volar el cuartel de La Ranchería, donde se alojaba un buen número de tropas inglesas en 1806". Me pregunto de donde partió esta galería de los catalanes. Entendemos que es el ramal desprendido en el punto S de la galería D. Si esa fecha es 1806, las galerías estarían hechas un siglo antes de la época que se atribuye su construcción al ingeniero Martínez.

A raíz de la amplia publicación que hice en el diario La Unión el 11 de octubre de 1920, donde se concreta una advertencia técnica respecto a la estabilidad de la Cúpula de San Ignacio si seguía entrando agua a los túneles por las obras del Colegio Nacional, el entonces presbítero D. Jorge Molás Terán, cura rector de dicho templo, me negó públicamente la existencia de estas galerías en el subsuelo del Templo desmintiendo este artículo desde el púlpito. Nunca accedió a visitar las galerías, pero en su reemplazo designó al ingeniero Róniulo Ayerza, que se halla fotografiado junto a mí en la foto 2.

El mismo doctor Udaondo niega la existencia de estas galerías diciendo que en 1909 no las ha encontrado en dirección del templo, en las perforaciones que practicó la Asistencia Pública para el saneamiento del subsuelo. (17)

Esta diferencia de apreciación sobre la existencia de túneles, o su negativa, se establece cuando se considera a los subterráneos que en otras partes de la ciudad ofrecen una única entrada. Es decir, que tienen carácter domiciliario, que han servido a diversos fines y de los cuales tenemos tantas noticias. Pero es otro asunto cuando se trata de túneles con aberturas en sus extremos o en sus partes intermedias. A esta categoría pertenecen los de la Manzana de las Luces aún cuando se muestran cortados en sus extremos y no podemos con precisión establecer el lugar de estas entradas y salidas. La conservación de secciones uniformes en largos trayectos confirma esta tesis.

Se comprueba fácilmente que estos túneles nada tienen que ver con los antiguos "terceros" ya citados, como aquel cercano a Zanjón de Granados.

No puedo dejar de señalar las referencias de personas que han recorrido estos túneles, como la de Blas Vidal, quien narra sus reconocimientos en el número 286 de la revista Caras y Caretas de 1904. Vidal opina que "Uno de ellos va de la calle Piedras y Alsina, donde está el convento de San Juan hasta la calle Defensa, atravesando el Museo Nacional, la

Facultad de Ingeniería y la iglesia de San Ignacio y San Francisco”*. Pero indudablemente exagera al decir que esta comunicación tiene unos nueve metros de alto, por siete de ancho con el techo abovedado. Este detalle corresponde a la bóveda que se encontró cuando se derrumbó el piso en el Museo de Historia Natural, bóveda peraltada de la cual nos hizo un detalle el sabio Federico Burmeister, fechado en 1893. Según este detalle enorme cámara techada en bóveda peraltada comunicaba con las galerías de la manzana, probablemente con nuestra galería D. (18)

He supuesto en 1920, y lo sigo sosteniendo, que estas galerías de la Manzana de las Luces han sido hechas con anterioridad a 1800. Para resolver la intención que se ha tenido al ejecutarlas, para estudiar el sistema a que pertenecen, me parece lo más práctico ubicarlas en conjunto sobre un plano de la época.

Mi buen amigo el doctor Antonio Dellepiane, me dio a conocer un hermoso plano de Buenos Aires colonial que se debe aún conservar en el Museo Histórico del cual era Director. Este “Plan de la Ciudad de Sta. María Puerto de la S.s. Trinidad de Buenos Ayres” señala con color rosado las manzanas del centro de la ciudad y demás edificios en cuadras y quintas. En 39 números de referencias y en cinco letras de A a F se hallan puntualizados los edificios y las plazas de la ciudad. En la figura he dispuesto el detalle de este plano correspondiente a unas 45 manzanas centrales, puntualizando los números del plano que corresponden a los principales edificios públicos e iglesias.

Si sobre este detalle nos ubicamos en la Manzana de las Luces observamos que a ella corresponden únicamente los números 10, 12 y 22 de las referencias. El 10 es la Escuela pública y el Rl. Proto Medic. El 12 es la Administración de los Pueblos de Misiones, y el 22, Sn Ignacio colegio de S. Carlos.

Según se puede apreciar en este plano del año 1789 la rama A de las galerías, prolongada hacia el Sur, podría comunicar con los subterráneos de la casa que más tarde ocupara Juan Manuel de Rosas, ubicada en la esquina de Moreno y Bolívar (19); o bien, dirigiéndose al Alto de San Pedro (San Telmo) donde los Padres Jesuitas tenían establecido un colegio. El otro extremo Norte llevaría en dirección al Cabildo, o hacia la Catedral según ya dije anteriormente. (20)

También en dicha dirección fue encontrado un importante subterráneo en la casa del Sr. Aguirre, Victoria y Bolívar. A propósito del mismo La Nación hace el siguiente comentario:

“Son dos cámaras grandes que se comunican por un corredor. Debajo de los sótanos de la casa del Sr. Aguirre penetrando por la puerta

que lleva el número 102 de la calle Bolívar, se ha encontrado esta rara construcción, cuyas bóvedas sólo se encuentran a 6 metros de profundidad. Se han practicado perforaciones en todo sentido, buscando comunicaciones, pero como en los otros casos, nada se ha encontrado. Son obras aisladas, (21) no sucediendo así, según se cree, con los sótanos que existen debajo del Museo de Historia Natural, los que por ahora no se pueden tocar, pues en esa parte del edificio se derrumbaría, esos sótanos deben de comunicar con la casa situada en la esquina de Perú y Alsina, antiguo seminario de los Jesuitas, ligado por un subterráneo con el convento de San Ignacio". *

También esta rama A, prolongada hacia el Sur, podría haber alcanzado el subterráneo de la casa Belgrano 550, edificio colonial que fue una antigua dependencia de los padres dominicos. Según los datos que extractamos de La Nación el 29 de agosto de 1909 había una gran pozo cuya boca después del arco de material medía 2,15 metros. (22)

Según se consigna en este mismo artículo. "Se sabía que en la manzana Defensa, Bolívar, Belgrano y Venezuela había muchos subterráneos interesantes como los hallados en los talleres mecánicos de los hermanos Serra o en los depósitos de los señores Drysdale, antigua casa de Correos en tiempo de don Gervasio Posadas, calle por medio, con la manzana que nos ocupa". *

Galería B. La galería B, por su trazado recto, prolongado, podría haber unido al convento de San Francisco (Nº 26) con el Monasterio de Capuchinas (Nº 31). En los extremos aún reconocibles de la misma, en las secciones ef y kl se observa que la altura del cañón corrido es de 2,26 metros en la primera. Pero desde el cruce de A y B hasta el desprendimiento de la galería D (punto N) la altura de la sección m n disminuye de 2,16 metros a 1,80 metros en la sección k l.

Desde el punto N se desprende la galería D perpendicularmente a la B. Su sección es más pequeña, de 1,40 metros de altura por 0,97 metros de ancho. Y: el caminar por su interior se hace difícil y aún lo es más al alcanzar el punto S del cual se desprende un ramal inconcluso, bajo, cubierto por desmoronamientos, que lleva perpendicularmente hasta el Oeste, hacia la calle Perú. Este ramal D ha podido establecer la unión de los subterráneos del Nº 13 (Antiguo cuartel de soldados) y del Nº 11 (Casa de Expósitos) con el sistema principal.

*"Subterráneos hallados bajo la casa del Sr. Aguirre" (La Nación, agosto 17 de 1909).

*La Nación, 29 de agosto de 1909.

La galería C que se desprende de la A en el punto T, también muestra una sección inferior y apenas alcanza 1,80 metros de altura en s t y v w. El ancho de la misma disminuye de 1,30 metros en s t a 1,10 metros en v w.

El ramal B pudo haber estado en comunicación de orden militar entre el Fuerte y el cuartel de soldados, en lugar de la comunicación interconventual que se ha supuesto. Su objetivo militar se robustece si observa que la rama C que parte de esta galería en T ha debido indudablemente conducir a la casa de la Virreina (Perú y Belgrano) (23). La construcción de esta galería C ha sido indecisa, ha tropezado con cimientos de edificación y por ello las sinuosidades que acusa. Tal vez un error de 10 metros entre el punto T y la calle Perú ha hecho definir esta configuración irregular. Si había que evitar la calle en un comienzo no se explica por qué luego toma directamente esa dirección.

Luego, este conjunto de galerías A, B, C y D forma en la Manzana de las Luces un sistema de túneles, porque se cortan francamente las ramas A y B en el punto H y porque los pisos de ambas tienen el mismo nivel y se encuentran a 3,70 metros del nivel de la vereda de la calle Bolívar. El ramal A que parece netamente obra de los Jesuitas, por partir de su bodega y dirigirse hacia San Ignacio, se vinculará más tarde con comunicaciones oficiales secretas.

Es difícil decir cuál de las dos ramas, la A o la B se construyó primero. Las Obras de Salubridad con sus ramales modernos han interceptado con cortes a la prolongación de las diversas galerías, fuera de los límites de esta manzana. Tal vez en sus expedientes podríamos encontrar muchos datos y reconstruir el sistema en el resto de la ciudad. En esto ha consistido el estudio del profesor Outes, que desconocemos. Este trazado nos diría, que en aquellas épocas de incertidumbre, frente a las amenazas de los indios y posible ataque de los piratas, constituyeron estos túneles un necesario medio de defensa según se observa en el subsuelo de todas las antiguas ciudades de América.

El examen del plano de 1780 nos dice que este sistema bien pudo existir en esa fecha porque a cada ramal del mismo, prolongado de acuerdo a la dirección que lleva, se le puede asignar un objetivo, un edificio público, los únicos que existían. Además sobre este plano no existen otros números de referencias para los diversos edificios que más tarde albergará esta manzana.

He quedado en el terreno puramente descriptivo. Mi propósito fue dar término a este trabajo con la colaboración de orden histórico del Doctor Rómulo D. Carbia. Según me lo había confiado, existe en el archivo

de la Nación un expediente relacionado con la construcción de la prolongación que le hicieron los ingenieros catalanes.

En realidad muy pocos objetos han sido encontrados en el interior de éstas galerías. En verdad, por mi parte, diré que no encontré nada en absoluto, y esto se explica porque en el año 1909 estas fueron limpiadas y desinfectadas por la Asistencia Pública. Ya habían sido visitadas anteriormente en 1904. Se imaginó la existencia de tesoros y se creyó que en algunos escondrijos estaría oculto el tesoro del Virrey Sobremonte, al huir por estas galerías, según la leyenda. El director de los trabajos del Nacional Buenos Aires, arq. José Espinosa, tenía en su despacho algunos objetos encontrados: parece que cerca de la entrada de la galería D, por la pared correspondiente al Museo, a unos 50 metros, en el lugar que corresponde a los cimientos de la antigua Sala de Profesores de la Facultad se encontraron algunas bayonetas de hierro forjado, midiendo unos 557 mm de longitud promedio, de los cuales 97 son del dispositivo de enchufe. Las hojas eran de sección triangular de 21 mm de ancho máximo. El enchufe es a guillotina, quedando asegurada al fusil al girar un cuarto de vuelta a la derecha, otras en cambio tienen el enchufe al revés. Algunas están quebradas y su extremo vuelto a afilar. Las vainas eran de cuero, con costura en la mitad lateral. Las puntas estaban protegidas por una punta de metal.

Algunos ladrillos del interior de las galerías median 45 cm de largo por 21,5 cm de ancho y 6,5 cm de espesor con un peso de 7,80 kilos. También tuve oportunidad de estudiar un pequeño escudo ovalado, mide el eje mayor 111 mm y el menor 81 mm. Tiene un mm. de espesor y es curvado en la porción convexa del motivo. Presenta un par de agujeros para asegurarlo al morrión. Era de bronce y el motivo estaba estampado. También se encontraron 5 azulejos cuadrados, de 120, 195 y 198 mm de lado, y son similares a los incluidos en el libro de Vicente Nadal Mora sobre los azulejos en el Río de la Plata. Todos miden 15 mm de espesor.

Ya hemos visto, según lo muestra el plano, la ubicación de los subterráneos de la Manzana de las Luces sobre un plano de Buenos Aires, del año 1780. Queda en evidencia, en primer término, que las galerías A y B de esta manzana pertenecen a dos sistemas diferentes de subterráneos, que llamaremos el A y el B. Este se deduce lógicamente de la casi perpendicularidad de ambas ramas y por el corte franco de sus paredes en el cruce de ambas en el punto H, donde se comprueba el ajuste de la rama B con la A, perdiendo altura. Que el nivel del piso de ambas ramas sea prácticamente el mismo en consecuencia, según se dijo, de haber sido

construidas en un mismo momento, cuando el terreno pertenecía a pocos propietarios y además la superficie se hallaba despoblada, lo que hacía innecesario profundizar más la obra.

Del examen del plano surge evidentemente que la prolongación de cada una de las ramas de estas galerías, es decir, sus cortes extremos y además el de los ramales C y D, conducen a edificios oficiales o a importantes conventos e iglesias que se hallan indicados en el plano de 1780. Y no existen otros edificios importantes en esta época que hagan desviar la dirección de la prolongación de estas ramas o multiplicar los ramales que se desprenden de las mismas. Nos encontramos con la dificultad actual de la interrupción de estas galerías de la manzana, tanto de los cinco extremos principales como de los chicotes de la galería secundaria D, desprendida de la B.

El señor Blas Vidal en el número 286 de Caras y Caretas dice haber recorrido los subterráneos que describimos "habiendo podido comprobar que esa comunicación se extiende por el oeste, partiendo de Piedras y Alsina, en dirección al convento del Salvador; siguiendo de allí, por la esquina de Riobamba y Paraguay hasta el antiguo convento de los irlandeses".

La afirmación de el Señor Blas Vidal vendría a demostrar que estas galerías definen un sistema en la ciudad colonial. Pero no estamos en condiciones de adherirnos a ella o de comprobar tal afirmación, debido a los numerosos cortes que ha efectuado Obras Sanitarias en todas las calles.

Debemos si dejar constancia que en 1928 el túnel descubierto en la calle Victoria entre Bolívar y Defensa, terreno que corresponde al Banco de Hacendados, puede pertenecer a la red que uniría Santo Domingo y San Ignacio con la Catedral. La entrada estaba a dos metros del suelo. Tenía un metro de ancho por 1,50 metros de altura. A los dos metros de la entrada, existía una bóveda circular de 4 metros de diámetro y de 2 metros de altura, con ramificaciones. La entrada estaba confeccionada en ladrillos, mostrando forma abovedada. Podía comunicarse con la calle Defensa. Todo esto confirma una parte de la afirmación de Vidal. (24)

Ultimamente, en el número 2469 de la revista Mundo Argentino, del 25 de junio de 1958, el señor Carlos Tero nos da noticias, con plano a la vista, de otras posibles comunicaciones subterráneas, como ser la del túnel que en 1806 había planeado Sentenach desde la casa de Alzaga hasta el Fuerte. La llamada "Cueva de Maza", que comenzaba en Bernardo de Irigoyen 684 y terminaba en Paseo Colón 1031. Aún se supone la existencia de otros ramales a Palermo y Villa Crespo. *

La tradición ha jugado un factor importante en estas leyendas de los subterráneos de Buenos Aires. El arquitecto Gallardo opina que por los subterráneos se podían enviar tropas al Fuerte, y dice: "Lo confirma el relato de un tambor inglés, que, durante las invasiones aseguraba haber oído el rumor subterráneo producido por tropas en marcha debajo del edificio ocupado por el cuartel en la manzana de enfrente y habilitada luego para mercado del Centro".**

Hemos tenido noticias de numerosos hallazgos de túneles y pozos, entre ellos aquel que comunicaba la vieja Asistencia Pública con la Catedral. Además, a la altura de la calle Belgrano al 500 fue hallado el 30 de abril de 1950 un túnel que a 20 metros de su entrada presentaba ramificaciones que fueron tapiadas. El túnel tenía 1,60 metros por 1,30 metros de ancho. Podría ser el subsuelo de un cuartel en la época de Rosas.

Yo mismo he tenido ocasión de reconocer pozos profundos que se hallaban en obras en construcción. Eran de secciones ovaladas, de dimensiones como para ubicar una persona extendida. Ofrecían algunos detalles de cortes en las esquinas que demostraban la intención del prisionero de practicar una escala para fugarse. No hay duda de que se trataba de prisioneros. (25)

Un ejemplo moderno que puede parangonarse en técnica y en propósitos con los subterráneos que acabamos de describir es la guarida de contrabandistas descubierta en mayo de 1934, en el bajo Belgrano, a poca distancia del Río de la Plata. Esta guarida establecía comunicación con las obras de entubamiento del arroyo de Vega, también llamado Blanco Escalada al que se llegaba por medio de un túnel (26). Así, se podía llegar en bote desde el Río de la Plata hasta la guarida atravesando el arroyo entubado hasta una finca que quedaba a 500 metros de la ribera.***

**Tero, Carlos "Los túneles secretos de Buenos Aires" (Mundo Argentino, Nº 2469, 25 de junio de 1958).*

***Gallardo, Angel León. "Los subterráneos del Colegio Nacional de Buenos Aires" (La Nación, 10 de octubre de 1918).*

****"Una guarida de contrabandistas comunicaba con el río por un túnel" (La Nación, miércoles 23 de mayo de 1934).*

Notas del apéndice

1. Ya hemos visto que Carbia nunca llegó a presentar esa documentación salvo lo adelantado en la nota periodística firmada por ambos en 1920.
2. Ese libro tampoco nunca fue publicado, pese a que muchas veces fue anunciado. Hemos visto la disparidad de las ideas sostenidas por Outes, basadas en su interpretación de esos túneles como una obra moderna.
3. Debe tenerse en cuenta en la lectura que el artículo es la sumatoria de notas hechas por el autor a lo largo de medio siglo, de allí algunas contradicciones y repeticiones.
4. Hemos hablado de ese grupo a través de una nota publicada por Gallardo y de como ninguno de los que se dedicaban a la historia escribiera nunca una página al tema, incluso hubo quien los negara.
5. En la época de Rosas ese túnel no existía ya que fue una obra hecha en 1865.
6. Se desconoce el paradero de ese estudio.
7. Esta observación es casi la única en la que se trata de correlacionar las construcciones sobre el piso con el trazado de los túneles, pese a la importancia que esto tendría, tal como lo demuestra más adelante con la Iglesia de San Ignacio.
8. Es de lamentar que tampoco Greslebin haya incluido ese tramo de túnel en su plano.
9. Tal como Greslebin indica, la dirección del túnel es hacia la Casa de la Virreina, pero ya hemos planteado que no puede asumirse que sea ese su destino.
10. Esta observación es interesante y abre la puerta para un estudio que correlacione la fecha de construcción de cada cimiento, del edificio superior y de los túneles.
11. Esta hipótesis, también atractiva, no tiene ningún sentido en una ciudad colonial tan pequeña, más aún si recordamos que no había ningún puerto cercano a las barrancas o a la costa, salvo en el Riachuelo, único puerto hasta fin del siglo XIX. Los pasajeros y mercaderías descendían con carros de ruedas altas para llegar a la costa.

12. La facilidad con que los barcos atracaban en las afueras de la ciudad sin siquiera ser vistos es cosa habitual en las crónicas de la época, no se necesitaban esos depósitos en una costa sin vigilancia y un territorio casi despoblado incluso en los límites mismos de la ciudad.

13. Hoy sabemos que ésto es sólo un mito sin ningún asidero real. El estudio por medio de la radiestesia del trazado de un túnel sólo nos hace sonreír.

14. Nada hay en Palenque que pueda tener relación con esto.

15. Desconocemos de que se trata esta referencia; es más probable que sean los trabajos del ingeniero Martínez para las obras de saneamiento ya estudiadas en el capítulo inicial.

16. Para una síntesis del conocimiento de lo descubierto en Córdoba véase el artículo de Efraín Bischoff (1975) citado en la bibliografía general.

17. También ya se ha discutido el porqué de la negación de Udaondo pese a que el mismo había estado en el interior poco antes. La foto con Ayerza citada se reproduce aquí también.

18. Este es un pequeño error, se trataba de uno de sus hijos ya que el padre había fallecido en 1892. Era una cisterna, hoy a la vista, sin conexión alguna con un túnel.

19. Por lo estudiado anteriormente no hay evidencias de que lo descubierto en la casa de Ezcurrea—Rosas sean túneles.

20. Lo del Cabildo tiene sentido por lo allí descubierto por Benoit años antes; lo de la Catedral no puede probarse de ninguna manera.

21. Recalcar en esto es importante ya que, de unir el túnel de San Ignacio con el del Cabildo, sería necesario pasar por lo de Aguirre; eso demuestra que el tema debe tomarse con cuidado ya que lo encontrado en dicha casa eran obras aisladas.

22. La nota periodística citada insiste en que era sólo un pozo y que las excavaciones hacia los lados no permitieron encontrar ningún túnel, por lo que debe tratarse de un error de lectura de Greslebin, o de una hipótesis demasiado aventurada.

23. En la nota 9 hemos recordado que no hubo túneles bajo la Casa de la Virreina. Si efectivamente iba en esa dirección, y si llegó a algún lado, debió ser a otro edificio cercano.

24. Al parecer este dato implica una lectura errónea de lo publicado y si bien no deja de ser interesante lo descubierto, no puede usarse para demostrar las fantasías del viaje de Vidal, más influido por Julio Verne que por la razón.

25. Esta idea es un poco desconcertante en especial por la falta de citas concretas. Recordemos que en los *pozos de balde* y en los *pozos ciegos* era parte de la obra el dejar en la pared pequeños escalones para facilitar la salida del pocero.

26. Esto es verdad, pero el entubamiento del arroyo Vega es moderno y la vigilancia en el puerto para la descarga de mercaderías no es la colonial, ni la ciudad es la misma. Es una analogía con poco valor histórico.

IX

Apéndice II

Pablo López Coda

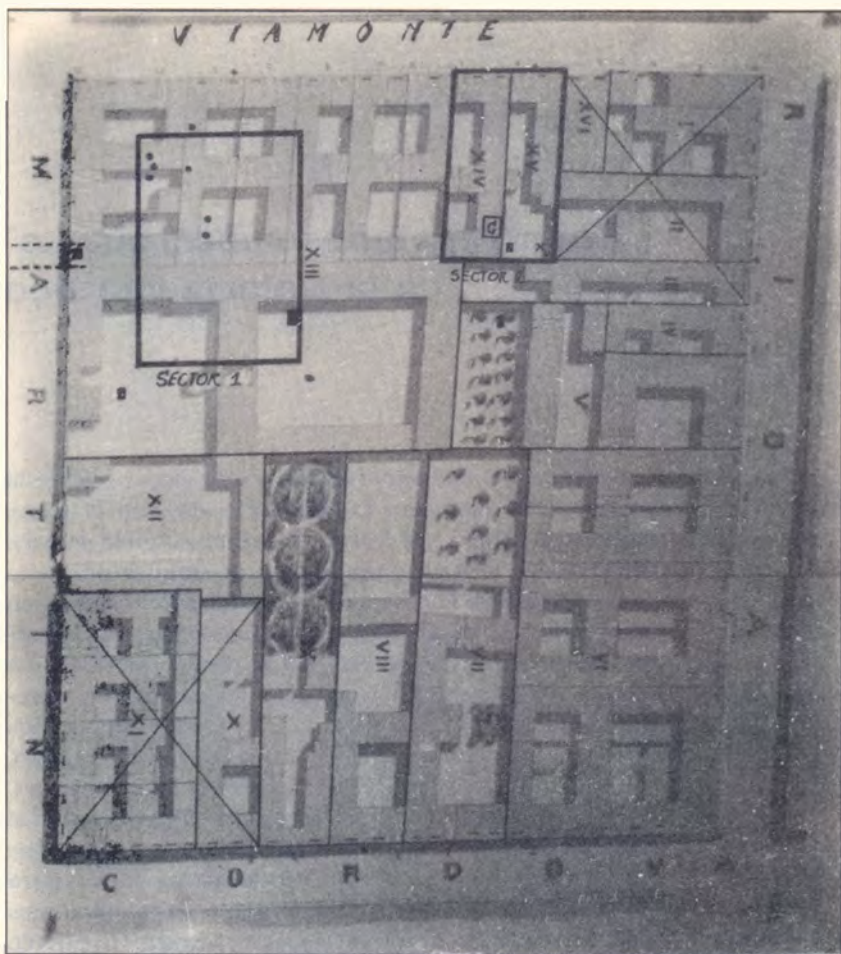
Construcciones subterráneas` en la Galería Pacífico

El edificio conocido como *Galerías Pacífico* ocupa gran parte de la manzana comprendida entre las calles Córdoba, Florida, San Martín y Viamonte. Fue construido en 1891 por el arquitecto Emilio Agrelo para los *Almacenes Bon Marche* de París, inspirándose en la arquitectura de la Galería Victor Emanuel de Milán. Esa tienda nunca llegó a instalarse, y en 1908 pasó a ser la sede de los ferrocarriles denominados *Buenos Aires al Pacífico*, de donde toma su nombre actual. En la década de 1940 fue modificado para ser usado nuevamente como galería y oficinas del ferrocarril San Martín. El edificio cuenta con tres plantas de altura y dos subsuelos; uno de ellos llega a los 3,35 metros bajo el piso, y el segundo, que sólo ocupa un 30% de la superficie, llega a los 8 metros de profundidad.

Al construirse el edificio se procedió a la compra de 51 parcelas, casi todos los terrenos de la manzana, luego se demolió lo construido y se cegaron los pozos y cisternas que allí habían. Cada lote tenía su pozo para agua o una cisterna de aljibe, su pozo ciego u absorbente, varios albañales para conducir las aguas, e incluso, pozos para quemar basura. Un cálculo estimativo es que bajo el edificio quedaron unas 150 obras de ese tipo como mínimo.

En 1990 se comenzó el reciclaje (*) de esta enorme construcción por lo que se hicieron varias excavaciones mecánicas en sectores que fueron demolidos: el llamado Sector 1, cercano a la esquina de San Martín y Viamonte, y que mide 900 m². La otra zona excavada fue la llamada Sector

* La restauración del edificio estuvo a cargo de Marcelo Magadán y el proyecto interior es del estudio de J.C. López y Asociados y de Emprendimientos Galerías Pacífico..



- X pozo de aljibe ■ pozo de basura • pozo ciego
 C cisterna X sector fuera de estudio

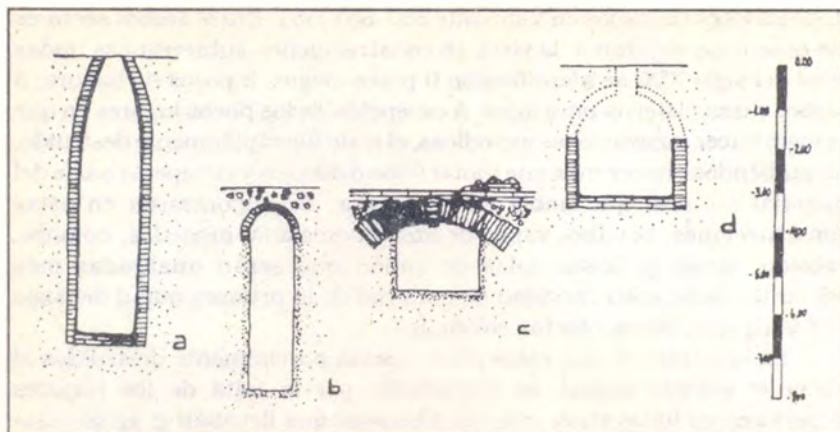
Manzana actualmente ocupada por la Galería Pacífico tal como se encontraba hacia 1865. Las viviendas del plano fueron destruidas en 1891 para la nueva construcción. Lo indicado es lo descubierto bajo el sótano actual y se muestra la correspondencia con las casas originales.

2, en los lotes ubicados en Viamonte 557-553-551. Entre ambos sectores las máquinas dejaron a la vista 18 construcciones subterráneas, todas ellas del siglo XIX; se identificaron 9 pozos ciegos, 5 pozos de basura, 3 aljibes y una cisterna para agua. A excepción de los pocos lugares en que se logró hacer excavaciones metódicas, el resto fue rápidamente destruido, no pudiéndose hacer más que tomar fotos o dibujos y recuperar parte del material cultural que había en el interior. Se encontraron en estas construcciones, botellas, vajilla de loza y porcelana, monedas, botones, calzado, pipas, y hasta balas de cañón que serán analizadas más adelante. Hubo gran cantidad de material de la primera mitad del siglo XIX y algunos pocos objetos coloniales.

La hipótesis de que éstos pozos fueron parcialmente destruidos al hacer el edificio actual, se comprueba por la falta de los remates superiores en todos ellos, y de los albañales que llevaban el agua hasta allí. Al hacerse los sótanos se niveló el terreno cortándose los pozos y cisternas, y luego se los cubrió con artificios interesantes. La solución ideal fue hacer cúpulas de ladrillo pegado con cal y encima de ellos un contrapiso de 30 cm de cascote y más arriba el piso propiamente dicho. Únicamente se rellenó y se apoyó construcciones encima en los casos en que las dimensiones eran mayores en ancho que en profundidad, para evitar los lógicos asentamientos.

Pozos ciegos: también denominados pozos negros o pozos absorbentes, son excavaciones de planta circular, de entre 1 y 1,50 metros de diámetro y profundidades entre 3 y 8 metros. Ni sus paredes ni su fondo tienen recubrimiento alguno. Es común que la tosca esté impregnada con color verde producido por la putrefacción de los líquidos allí arrojados, lo que puede tener un espesor de 20 cm. Por lo general poseen en su interior poco material cultural predominando los de construcción como baldosas, clavos cuadrados, sunchos de barril y fragmentos de artefactos sanitarios.

Pozos de aljibe: de los tres encontrados sólo pudo estudiarse uno de ellos antes de que sea también destruido. Se logró excavar 1,50 metros de profundidad hasta llegar al piso, recuperándose así mucho material muy interesante. El diámetro irregular oscilaba entre 1,50 y 1,60 metros y su profundidad total era de 5,85 metros. El piso era de baldosas cerámicas; las paredes estaban revocadas con cemento como era habitual. En uno de los aljibes se pudo observar aún la existencia de una cúpula peraltada con boca de acceso de 50 cm. de diámetro.



Corte esquemático de los distintos tipos de construcciones bajo Galerías Pacifico:
 a) pozo de aljibe, b) pozo ciego, c) pozo de basura, d) sistema de aljibe. Todos muestran su estado actual, después de haber sido parcialmente destruidos en 1891.



Aspecto de dos pozos ciegos rellenos y cubiertos con bóvedas de ladrillos al ser clausurados, en el momento de su descubrimiento.

Pozos de basura: eran pozos rectangulares de 1 a 2 metros de lado y unos 8 metros de fondo, donde se arrojaba la basura. La excavación de estos pozos permitió encontrar un número increíble de objetos de los más variados tipos y en perfecto estado de conservación: botellas de vidrio soplado, frascos de farmacia, vajillas, perfumeros, etc. El mayor de los pozos midió 1,20 por 2 metros y se excavó hasta los 5,35 metros de profundidad. Curiosamente coincidía con una pared portante de la Galería, lo que fue solucionado en su época con un arco de descarga de 4 metros de luz.

Cisterna para agua: si bien la identificación de este recinto es hipotética, se basa en la presencia de un escobillado de cemento sobre el piso de baldosas y las paredes, la falta de capa asfáltica en los muros y un hierro forjado de brocal de aljibe arrojado en el interior. Las dimensiones eran de 3 metros de lado y la altura mínima de 3,60 metros. Se suponen que el cerramiento superior debió ser abovedado. De su interior se rescataron 50 botellas de vidrio y gres en perfecto estado, posiblemente salvadas gracias a la presencia de agua en el momento en que fueron arrojadas al fondo.

Como curiosidad debo citar una extraña construcción que existía en el sótano del primer subsuelo. Se trataba de dos recintos contiguos hechos con paredes ciegas de 45 cm de espesor, la que desde siempre dieron lugar a imaginar un túnel que conectaba con la iglesia cercana de Santa Catalina. Al hacerse la submuración de ese sector esta parte fue demolida, encontrándose que las paredes sólo tenían atrás la tosca misma del terreno, la que ocupaba todo el interior, sin pruebas de otras intervenciones. Debió ser parte de la construcción misma del edificio que, al ser desmontada, dejó estos cimientos a la vista en el sótano.

Notas y bibliografía

1. Manuel Bilbao, *La Prensa* 24 de abril de 1932, Buenos Aires.
2. Ernesto Sábato, *El túnel*, Sudamericana, Buenos Aires, 1948.
3. Beatriz Guido, *Escándalos y soledades*, Losada, Buenos Aires, 1970, págs. 65-66.
4. Daniel Schávelzon, *Arqueología de Buenos Aires; la cultura material porteña de los siglos XVIII y XIX*, Corregidor, Buenos Aires, 1991.
5. *La Gaceta Mercantil*, nos. 7352 y 7358, 17 de abril y 16 de marzo de 1848, págs. 1-2, Buenos Aires; *El Comercio del Plata*, 29 de febrero de 1848, Montevideo.
6. Idem. pág. 2 (17 de abril)
7. Pedro Benoit, "Casa de Justicia, antiguo Cabildo", *Memoria del Departamento de Gobierno (1881-1882)*, pp. 197-204, Imprenta del Siglo, Buenos Aires, 1882.
8. Idem. pág. 199
9. Dirección de Arquitectura, Ministerio de Obras Públicas, plano de 1936
10. En el Cabildo se conserva un cuchillo de hoja ancha, una caja de caudales, varios objetos cerámicos, etc. que son atribuidos a esos descubrimientos; pero no hay documentación probatoria alguna. Salvo el cuchillo, lo demás no presenta evidencias de haber estado enterrado o expuesto a la humedad.
11. Blas Vidal, "Una excursión por los subterráneos de Buenos Aires", *Caras y Caretas* 26 de marzo de 1904, Buenos Aires.
12. "Buenos Aires subterráneo", *PIBT* no. 162, págs. 3-4, Buenos Aires, 1907.
13. "Los subterráneos de Buenos Aires, una serie de hallazgos curiosos: la tradición y la realidad", *La Nación*, 17 de agosto de 1909, Buenos Aires.
14. Si se proyecta sobre un plano el trazado del túnel del Cabildo y el extremo del túnel de San Ignacio, estos debían unirse en lo de Aguirre; el que eso no sucediera lo transforma aún en más importante. La primera referencia publicada fue en "Portfolio de curiosidades", *Caras y caretas* N° 16, 21 de enero 1899.
15. "Los subterráneos de Buenos Aires, la casa de Juan Manuel de Rosas: escondrijos misteriosos", *La Nación* 18 de agosto de 1909, Buenos Aires.
16. Es evidente tanto la tautología establecida como la tergiversación en que se cae.

17. "En el Mercado Central, las grandes cámaras ocultas". *La Nación* 19 de agosto de 1909, Buenos Aires.
18. "El pozo de la calle Belgrano. El túnel de San Ignacio", *La Nación* 20 de agosto de 1909, Buenos Aires.
19. Ese sótano, ya que no cabe otra explicación, es indudablemente extraño y su función sólo puede ser entendida como una rareza de su propietario. No tuvo comunicación alguna con túneles cualesquiera.
20. "Los subterráneos de Buenos Aires", *Caras y caretas*, 26 de agosto de 1909, Buenos Aires.
21. Angel Gallardo, "Colegio Nacional de Buenos Aires, visita a los subterráneos", *La Nación* 10 de octubre de 1918, Buenos Aires.
22. M.O.P., Dirección General de Arquitectura, *Plano general de las galerías subterráneas encontradas en la manzana comprendida entre las calles Bolívar, Moreno, Perú y Alsina*, escala 1: 100, Buenos Aires, 1915.
23. Este plano está citado por Greslebin y por Krieger, se remontaría a 1890. No hubo posibilidad de acceder a él en la Municipalidad.
24. Beatriz Patti y Daniel Schávelzon, *Héctor Greslebin, biografía*, manuscrito en prensa en Cuadernos de Historia del Arte, Mendoza, 1991.
25. Héctor Greslebin y Rómulo Carbia, "El subsuelo porteño, detalle de los subterráneos de la manzana delimitada por las calles Alsina, Perú, Bolívar y Moreno", *La Unión* 11 de octubre de 1920, pág. 3., Buenos Aires.
26. Francisco de Aparicio, "Félix Outes", *Publicaciones del Museo Etnográfico*, Facultad de Filosofía y Letras, Vol. IV pp. 253-299, Buenos Aires, 1940-42.
27. Félix Outes, *Nómina de sus publicaciones (1897-1922)*, Imprenta de Coni, Buenos Aires, 1922.
28. Félix Outes, "Hallazgo de un lago subterráneo en la Capital, cuatro manzanas en peligro", *La Unión*, 6 de octubre de 1920.
29. Luis Macheroni, "A propósito del lago subterráneo, alguien que recuerda algunos interesantes antecedentes". *La Nación*, 15 de octubre de 1920, Buenos Aires; "Sobre el Tercero antiguo, una alarma infundada". *La Nación*, 13 y 14 de septiembre de 1920, Buenos Aires.
30. Todo esto comprueba la tremenda falta de memoria colectiva sobre los hechos urbanos importantes de la ciudad.
31. Enrique Udaondo, *Reseña histórica del Templo de San Ignacio: 1722-1922*, Buenos Aires, 1922.
32. Leopoldo Lugones, "El hundimiento de Buenos Aires", *La Nación*, 9 de julio de 1922, Buenos Aires.
33. Manuel Oliver, "Buenos Aires a través de 56 años. Cuartel de Plaza Lorea". *La Razón*, 16 de junio de 1926, Buenos Aires.
34. Félix Outes, "En un terreno céntrico se comprobó la existencia de una galería subterránea", *La Prensa* 26 de noviembre de 1927, Buenos Aires.
35. "Se ha descubierto un nuevo subterráneo o es una ramificación de otros ya conocidos", *La Razón* 2 de octubre de 1928, Buenos Aires.
36. "Una guarida de contrabandistas comunicaba con el río por un túnel", *La Nación* 23 de mayo de 1934, Buenos Aires.
37. Bilbao (1934), op. cit.
38. Félix Outes y Dardo Cúneo, "Los subterráneos misteriosos de la Casa de Gobierno", *Mundo Argentino*, No. 1416, 9 de marzo de 1938, Buenos Aires.
39. Enrique Peña, *Documentos y planos relativos al periodo edilicio colonial de la ciudad de Buenos Aires*, Peuser, 1910, Buenos Aires.
40. Julián Vilardi, "El cabildo de Buenos Aires y el arquitecto Pedro Benoit", *La*

- Prensa 15 de septiembre de 1940, Buenos Aires y *El Cabildo de la ciudad de Buenos Aires, ensayo histórico*, edición del autor, Buenos Aires, 1940.
41. José A. Pillado, *Buenos Aires colonial: estudios históricos*, Editorial Bonaerense, Buenos Aires, 1943.
42. Guillermo Furlong, *Arquitectos argentinos durante la dominación hispánica*, Editorial Huarpes, Buenos Aires, 1946.
43. Stella Genovese Oeyen, *La iglesia de San Ignacio*, Instituto Libre de Enseñanza Técnica, Buenos Aires, 1946.
44. Vicente Nadal Mora, "Los subterráneos secretos de Buenos Aires", *Historia* No. 8, Buenos Aires, 1957.
45. Carlos Tero, "Los túneles secretos de Buenos Aires", *Mundo Argentino* No. 2469, 25 de junio de 1958, pp. 22-24, Buenos Aires.
46. "El peligro de derrumbe de una casa en San Telmo", *La Prensa*, 14 de agosto de 1960, Buenos Aires.
47. *Museo de la Casa de Gobierno, sus antecedentes y características*, Presidencia de la Nación, Buenos Aires, 1957.
48. Héctor Greslebin, "Aspectos de los antiguos subterráneos secretos de Buenos Aires", *La Prensa*, 9 de septiembre de 1964, pág. 13, Buenos Aires.
49. Héctor Greslebin (1966-67) véase el *Apéndice* de este libro.
50. M.F. Ronnow, *La casa de la Virreina*, relevamiento original depositado en la Biblioteca del Instituto de Arte Americano, Universidad de Buenos Aires.
51. Mario J. Buschiazio, "La Casa de la Virreina", *Anales del Instituto de Arte Americano*, vol. 4., pp. 83-91, Buenos Aires, 1951.
52. Jorge Larroca, "El misterio de los túneles coloniales de Buenos Aires", *Todo es historia* No. 2, pp. 84-91, Buenos Aires, 1967.
53. Carlos Krieger, *Túneles con misterio*, Ediciones República de San Telmo, Buenos Aires, 1971.
54. *Homenaje en el centenario del doctor Pedro N. Arata, 1849-1949*, Facultad de Agronomía y Veterinaria, Buenos Aires, 1950. Humberto Burzio, *Museo Histórico Nacional*, Dirección General de Cultura, Buenos Aires, 1962.
55. Claudio Faccio, "Túneles" (carta de lectores), *Todo es historia* no. 252, pp. 96, Buenos Aires, 1988.
56. Jorge Larroca, "El misterio de los túneles coloniales de Buenos Aires", *Crónicas de Buenos Aires II*, Buenos Aires, 1977.
57. Federico Kirbus, *Guía de turismo y aventuras*, edición del autor, Buenos Aires, 1982.
58. Carlos Scavo, "Misterios en la plaza Roberto Arlt", *Clarín* 25 de febrero de 1986, Buenos Aires.
59. Ruth Tiscornia, "Túneles sin misterio", *La política económica rioplatense a mediados del siglo XVII*, pp. 229-234, Ediciones Culturales Argentinas, Buenos Aires, 1983.
60. E. Mayochi, N. Poitevin y J.E. Gazanco, *Manzana de las Luces. Túneles del siglo XVIII*, Manzana de las Luces, Buenos Aires, 1984 y *Manzana de las Luces, 400 años de historia*, Manzana de las Luces, Buenos Aires, 1983.
61. *Manzana de las Luces, Iglesia de San Ignacio, XVII-XX*, Instituto de Investigaciones Históricas, Manzana de las Luces, Buenos Aires, 1983.
62. Guillermo Furlong, "Labor apostólica, pedagógica y cultural de los Jesuitas en el Colegio", *Manzana de las Luces, Colegio Grande de San Ignacio, 1617-1767*, pp. 16-79, Manzana de las Luces, Buenos Aires, 1984.
63. Alberto de Paula, "Aspectos arquitectónicos del Colegio, sus anexos y establecimientos auxiliares", *Manzana de las Luces, Colegio Grande de San*

Ignacio, 1617-1767, pp. 81-153, Buenos Aires, 1984.

64. Carlos Krieger, *Los Terceros*, Instituto Histórico, Municipalidad de la Ciudad de Buenos Aires, 1988.

65. Daniel Schávelzon, "Los túneles de Buenos Aires, 140 años entre la memoria y el olvido", *Todo es historia*, No. 251, pp.8-35, Buenos Aires, 1988.

66. Furlong (1946), op. cit.; Mario J. Buschiazzo, "La construcción del colegio e iglesia de San Ignacio en Buenos Aires", *Estudios* No. 324, pp. 537-568, Buenos Aires, 1938.

67. Carlos de Alvear, "Observaciones sobre la defensa de Buenos Aires, amenazada de una invasión española al mando del Tte. Gral. Don Pablo Morillo, conde de Cartagena", *La Revista de Buenos Aires* No. 61, pág. 188, Buenos Aires, 1865.

68. La existencia de un túnel bajo la Sala de Representantes fue publicada en *Manzana de las Luces: Sala de Representantes 1822-1883*, Buenos Aires, 1981 (foto Marcela Garrido). Esto resultó ser un pozo ciego aunque quedó cubierto por las obras allí hechas; información de Carlos Moreno.

69. Florián Paucke, *Hacia allá y para acá*, 3 vols., Buenos Aires, 1944.

70. *Actas de la Comisión Municipal de la Ciudad de Buenos Aires*, 1867 (edición de 1911), pp. 176-177, Buenos Aires.

71. "Desagüe de la Ciudad", *Memoria del Honorable Ayuntamiento*, pp. 147-169, 1862-1864, Buenos Aires.

72. Idem.

73. El trabajo de la excavación mostró una secuencia ininterrumpida de estratos correspondientes a la depositación del relleno. Se arrojaron toneladas de tierra, escombros de demolición y objetos de la vida cotidiana en desuso. Lo que se desprende es que no fue usado como basurero, sino que se procedió a su relleno completo hasta que quedó cegado.

74. D. Schávelzon, S. Caviglia, S. Aguirre Saravia y M. Magadán, *Excavaciones arqueológicas en San Telmo, informe preliminar*, Instituto de Investigaciones Históricas, Buenos Aires, 1987. Véase "Una investigación deparó valiosos hallazgos históricos: arqueología urbana en San Telmo", *La Nación*, 1 de diciembre de 1986, pág. 16, Buenos Aires.

75. D. Schávelzon, A.M. Lorandi, S. Fantuzzi y C. Plá, *Excavaciones arqueológicas de la Imprenta Coni (Perú 684), presentación de los trabajos de la primera temporada*, Programa de Arqueología Urbana, publicación No. 14, Buenos Aires, 1989.

76. *El Nacional*, 15 de octubre de 1859, pág. 2 y 7 de mayo de 1870, Buenos Aires.

77. Este fue el primer proyecto de los varios que hubo para ese arroyo. Si bien luego modificado, fue la idea rectora de toda la obra posterior.

78. Los cambios se fueron haciendo no sólo en el papel, sino que eran introducidos a medida que las obras avanzaban; esto produjo varias suspensiones temporales lo que se puede ver bien en el *Catastro Beare*, con sectores ya terminados y otros aún descubiertos.

79. La noticia fue difundida por *Clarín* en su nota "Hallan restos indígenas en San Telmo, objetos de cerámica cerca de un túnel del siglo pasado", pág. 42, 5 de septiembre 1987, Buenos Aires.

80. Véase el tomo I de esta serie.

81. Idem, nota 75.

82. José Wilde, *Buenos Aires desde 70 años atrás*, Eudeba, Buenos Aires, 1969.

83. Vicente Nadal Mora, *La herrería artística del Buenos Aires antiguo*, Direc-

- cción General de Cultura, Buenos Aires, 1957.
84. Alberto de Paula y Ramón Gutiérrez, *La encrucijada de la arquitectura Argentina: 1822-1875*; Santiago Bevans y Carlos E. Pellegrini, Departamento de Historia de la Arquitectura, Resistencia, 1973.
85. Peña (1910), op. cit.
86. A.M. Lorandi, D. Schávelzon, S. Fantuzzi, *Excavaciones arqueológicas en Parque Lezama, Buenos Aires. Informe Preliminar (1988)*, Programa de Arqueología Urbana, Publicación No. 12, Buenos Aires, 1989. Museo Histórico Nacional, plano del Ministerio de Obras Públicas, noviembre de 1914.
87. El tema se discute en un capítulo anterior.
88. Esas extrañas piezas cerámicas no fueron vueltas a encontrar en ningún pozo o aljibe de Buenos Aires.
89. Daniel Schávelzon, *La excavación de un aljibe en San Telmo, transformación edilicia y cronología arquitectónica (1865-1895)*, Programa de Arqueología Urbana, publicación No. 7, Buenos Aires, 1988.
90. En 1991 se excavó la Residencia de Nuestra Señora de Belén en San Telmo, el informe de ese trabajo aún no ha sido editado.
91. Informe de esa excavación en prensa.
92. La bibliografía es muy vasta; como resumen véase a Iván Grondona, *Imprenta Coni, apuntes para la historia de una imprenta y una dinastía*, San Telmo, Buenos Aires, 1990.
93. Investigación realizada por Graciela Silvestri y Gladys Arce.
94. Las excavaciones se hicieron en dos etapas, una preliminar en 1989 y descripta en la publicación citada en la nota 72 y otra temporada más larga en 1990.
95. *Homenaje en el centenario del doctor Pedro N. Arata*, Facultad de Agronomía y Veterinaria, Buenos Aires, 1950.
96. D. Schávelzon, "La exploración de los túneles de Palermo". *Clarín* sección arquitectura, 7 de febrero 1986, Buenos Aires; y *Arqueología e historia de la Usina Eléctrica de Palermo: informe preliminar*, Programa de Arqueología Urbana, publ. No. 2, Buenos Aires, 1987.
97. Este fue citado por Félix Luna, *Soy Roca*, Sudamericana, Buenos Aires, 1987. De todas formas no es un dato efectivo, ya que por la descripción podría ser un aljibe hundido simplemente.
98. Jorge P. Fumiere, *Origen y formación del partido y pueblo de Almirante Brown (1750-1882)*, Archivo Histórico de la Provincia de Buenos Aires, La Plata, 1969. "El misterio se agazapa en los túneles de Adrogué", *La Nación* 16 de julio 1988, Pág. 7.
99. *Underground Lines*, Buenos Aires Western Railway Ltd., London, 1913.
100. Daniel Schávelzon, *El Polvorín de Cueli en el Jardín Botánico: informe preliminar*, Programa de Arqueología Urbana, publ. no. 5, Buenos Aires, 1987; en *La Nación*, "Ubican en Palermo los restos de un antiguo polvorín", 21 de octubre de 1986, Buenos Aires; y "Excavación arqueológica del antiguo Polvorín de Cueli en el Botánico", *La gaceta de Palermo*, no. 4, pp. 4-9, Buenos Aires, 1986.

Indice

Agradecimientos	7
Prólogo por Alberto de Paula	9
I. Introducción	11
II. Historiografía de los túneles de Buenos Aires	16
— Túneles de tradición y túneles nuevos : las primeras noticias (1848)	17
— Los primeros descubrimientos y las Obras de Saneamiento Municipal (1881-1920)	19
— Mucho ruido y pocas nueces (1920-1930)	37
— El olvido y la destrucción (1930-1957)	42
— Recuperando la memoria (1957-1967)	50
— Volver a comenzar (1967-1985)	53
III. El estado actual del conocimiento de los túneles	69
IV. Los Terceros en la topografía de la ciudad	81
V. Cisternas, pozos y aljibes	93
VI. Las cisternas de la Impresa Coni	107
VII. Túneles de diversos propósitos	117
VIII. Apéndice I: Los subterráneos secretos de la Manzana de las Luces por Héctor Greslebin	129
IX. Apéndice II: Cisternas y pozos de las Galerías Pacífico por Pablo López Coda	163
X. Notas y bibliografía	169

Esta edición se terminó de
imprimir en Artes Gráficas Delsur,
Stgo. del Estero 1961, Avellaneda,
en noviembre de 1992.



La ciudad de Buenos Aires está cruzada por varios túneles bajo tierra que despertaron la curiosidad durante más de un siglo; también existieron construcciones subterráneas de

diversos tipos que han creado una notable mitología urbana. Este libro presenta en forma ordenada los avances en el tema, las excavaciones arqueológicas, los descubrimientos y nuevas interpretaciones sobre este curioso tema y en especial clarifica los objetivos, fechamiento y autoría de esos túneles que se remontan en algunos casos hasta el siglo XVII.

Este libro es parte de la serie que presenta los resultados de la investigación arqueológica que en la ciudad está llevando a cabo Daniel Schávelzon, director del Centro de Arqueología Urbana, del Instituto de Arte Americano e Investigaciones Estéticas (Universidad de Buenos Aires). Es investigador del Conicet, miembro de la Comisión Nacional de Museos, Monumentos y Lugares Históricos y ha publicado varios libros sobre el tema en el exterior y en el país. Ha sido galardonado en varias oportunidades por iniciar esta actividad interdisciplinaria entre historia, arqueología y arquitectura. Este proyecto de investigación iniciado en 1985 y aún en curso ha permitido descubrir la importancia que los restos arqueológicos tienen bajo la ciudad y la imperiosa necesidad de su preservación.